

William Saroyan

Un día en el  
atardecer del mundo

PLAZA & JANES, S.A.

EDITORES

BARCELONA · BUENOS AIRES · MEXICO D.F. BOGOTA



Título de la obra original:  
ONE DAY IN THE AFTERNOON  
OF THE WORLD

Traducción de  
J. FERRER-VIDAL

Portada de  
J. PALET

Primera edición: Setiembre, 1967

© 1967, PLAZA & JANES, S. A., Editores  
Enrique Granados, 86-88, Barcelona  
Este libro se ha publicado originalmente en inglés con el título de  
ONE DAY IN THE AFTERNOON OF THE WORLD

Printed in Spain - Impreso en España

Depósito Legal: B. 27966-1967

*En recuerdo de los «Dodgers» de Brooklyn*

*Un día, en el atardecer del mundo, la muerte displicente llegará y se instalará en ti, y cuando quieras levantarte para caminar te sentirás tan malhumorado y hosco como la misma muerte; pero, si te asiste la fortuna, todo será para bien, pues tu alegría se hará más profunda y tu amor se robustecerá*

UNA MAÑANA A FINALES DE SETIEMBRE del año 1955, un hombre descendió de un taxi ante la puerta de un hotel de Nueva York, pagó al taxista y depositó tres bultos de equipaje sobre la acera.

Un ordenanza salió del hotel, miró al hombre y dijo:

– ¿Yep Muscat?

– ¿Cómo estás? – preguntó el otro—. Temo haberme olvidado de tu nombre.

– Bert.

– Eso es, Bert. ¿Crees que podré encontrar una habitación?

– Hay algunas habitaciones libres.

– Me gustaría una de los pisos altos, con vista sobre la Calle 56.

– Val está en la recepción. Te dará la mejor que tenga.

– ¿Val?

– Valencia. El compañero de Cario. Ahora, se encarga de la recepción.

– ¿Qué ha pasado con Cario?

– Se fue hace mucho tiempo. Este lugar ya no es el que era. Pasa delante.

Yo llevaré las maletas.

Los escalones de la Calle 56 eran los mismos de siempre, la puerta giratoria era la misma, el recibidor era el mismo, el mostrador de la recepción, en uno de los rincones, era el mismo; y tras él, Valencia, era casi el mismo. Por lo menos seguía sonriendo a todo lo que veía, con su cara estrecha y bien rasurada y sus ojos alegres y brillantes aún.

– Bienvenido a casa, Yep.

– ¿Cómo te encuentras, Val? Me gustaría que me dieras una habitación de los pisos altos sobre la 56.

– Todas son habitaciones dobles. Salen por unos ocho dólares al mes. ¿Vas a quedarte un mes?

– Es posible. ¿Qué tal son?

Valencia cogió una llave del casillero.

– Sube y échales un vistazo. Si te gustan, telefona, y diré a Bert que suba el equipaje.

– De acuerdo.

Cogió la llave y se dirigió hacia los dos ascensores, que estaban frente al mostrador. Ambos funcionaban en aquellos momentos pero, tras una breve espera, uno descendió hasta el hall. Dos señoras mayores, desconocidas entre sí y cuidadosamente maquilladas, salieron con lentitud del ascensor, seguidas por un chiquillo gordinflón que corrió al mostrador de la recepción. La ascensorista era una mujer rechoncha y pequeña, vestida con un uniforme verde oscuro. Yep

penetró en el ascensor, dio el número de su piso y la mujer permaneció inmóvil, en espera de algún posible rezagado.

Bert se metió en el ascensor con el equipaje y, después, el pequeño que había corrido hacia el mostrador, regresó de nuevo. El niño gordo se apeó en el séptimo piso y nuevamente corrió escaleras abajo hacia el recibidor. El ascensor llegó al último piso, Bert abrió la marcha, torciendo por el pasillo a la izquierda, después, a la derecha y, por fin, avanzó por un corredor largo y estrecho, hasta la última puerta de la izquierda: 1.207.

Entraron en la habitación, y Bert le mostró el refrigerador, la cocina de dos fogones a gas, la pila de lavar platos, el armario de los utensilios de cocina y las dos pequeñas estanterías para la vajilla, situado todo ello en una esquina, tras unas cortinas.

– Te traeré los cacharros de cocina. ¿Quieres alguna cosa más?

– Una mesa para escribir.

– De acuerdo. ¿Qué te parecen las colchas de las camas? Será mejor que te traiga unas nuevas. ¿Verdes?

– Verdes. Me parece bien.

Le entregó a Bert un billete de un dólar,

– ¿Te acuerdas de Enesco? – preguntó Bert.

– Sí, desde luego.

– Se marchó de aquí para volver a su casa, a Europa. Cuando nos enteramos de que había muerto, todos los chicos nos emborrachamos. Antes, solíamos tener gente como Enesco, pero las cosas han cambiado. Voy a ocuparme de traerte todo lo que necesitas.

Se sentó en el sillón verde, desteñido, y observó las paredes, el techo, el suelo. Después, a través de la ventana, distinguió el «Edificio Paramount», con el reloj en el centro de la torre.

«Vuelvo a estar en casa, a salvo – pensó—. Vamos a ver, ¿por dónde empiezo?»

SE ACERCÓ AL TELÉFONO Y COGIÓ EL auricular. Casi inmediatamente, la telefonista le saludó por su nombre.

– No me diga que también estaba usted aquí hace veinte años – dijo él.

– Oh, sí – dijo la mujer, riendo—. Ahora, soy jefa de telefonistas. Cuando Val me dijo que habías vuelto, apenas pude dar crédito a mis oídos. Me llamo Linda.

– Claro. ¿Cómo estás, Linda?

La mujer rió, siguió hablando unos instantes y, después, él le dio el número. Al otro extremo de la línea, oyó sonar la llamada tres veces, antes de distinguir una voz de mujer que le resultó desconocida. Preguntó por su hijo.

—Está en el campeonato mundial de béisbol, pero su hermana se ha quedado aquí. Yo soy Jenny MacDougal. Rosey tiene un ligero resfriado y he creído conveniente que se quede todo el día en casa, viendo la televisión. ¿Quiere usted hablar con ella?

—Sí. Pero, dígame, Miss MacDougal, ¿cómo es que Van no está en el colegio?

—Ha sido la amiga de su madre, Kitty Delmonico. Ha venido en avión desde California para asistir al campeonato del mundo. Imagino que debe usted saber lo aficionada que es a ese deporte, lo mucho que admira a los «Yankees» de Nueva York y su odio hacia los «Dodgers» de Brooklyn. Consiguió dos localidades excelentes para presenciar todo el campeonato y se ha llevado a Van con ella, porque el chico conoce la vida y milagros de todos los jugadores.

—Es una atención muy de agradecer por parte de Kitty.

—Ha hecho de Van el chico más feliz de Nueva York.

—Pero, ¿qué hay del colegio?

—Oh, lleva muy bien los estudios y puede permitirse perder una semana. Al principio, su madre se resistía a dejarle ir, pero Kitty y Van y yo, los tres juntos, logramos convencerla. Aquí está Rosey, avasallándome para hablar con usted.

—¡Papá! —exclamó la chica—. ¡Estaba deseando que llegases a Nueva York y te tenemos aquí!

Hablaron durante tres o cuatro minutos. Él le prometió visitarles por la tarde, cuando ya Van estuviese de regreso del segundo partido del campeonato del mundo.

«Pronto cumplirá diez años», pensó.

Deshizo las maletas, mientras Bert colocaba los utensilios de cocina y una joven y hermosa criada negra ayudaba a una vieja sirvienta a cambiar las colchas. Al mismo tiempo, el mozo del hotel introdujo una mesa-escritorio en la habitación y la colocó junto a la ventana.

La muchacha negra se movía con rapidez y sonreía a la vieja explicándole cómo debían hacerse las cosas. La mujer, de baja estatura, era nueva en el hotel, se mostraban lenta, tímida, quizás un poco asustada, y repetía sin cesar:

—Gracias, muchas gracias.

El mozo preguntó que qué había de las sillas y se acordó que sustituiría el viejo sillón por uno nuevo o, al menos, por uno recientemente tapizado y que, además, subiría también dos sillas de respaldo alto, una para la mesa y otra para el dormitorio.

Antes del mediodía, estaba todo dispuesto. Se encontraba sentado en una de las camas, después de afeitarse y de tomar una ducha, cuando sonó el teléfono.

– Bienvenido a Nueva York. Creía que no ibas a venir. ¿Qué ha ocurrido?

– Tres meses es mucho tiempo para estar separado de los niños.

– No es por eso por lo que estás en Nueva York.

– Bueno, sólo en parte. He venido para hablar con cierta persona que quiere que le escriba una comedia. También me han salido algunas ofertas para la televisión.

Conversaron largo rato, porque a ella siempre le había gustado hablar por teléfono y tenía muchas cosas que decirle acerca de sí misma, de sus amigos y de Van y Rosey.

– ¿Por qué ingresaste en el hospital? – preguntó, por fin—. Lo leí en el periódico. Sin embargo, se lo oculté a los niños. No habrás sufrido un ataque de corazón, ¿verdad?

– No, fue un simple reconocimiento general. Tengo ya cuarenta y siete años, ¿comprendes?

– Ya lo sé y, como puedes imaginar, no me gusta pensar en ello por lo que significa para mí. No se lo digas a nadie. Yo siempre afirmo, muy seria, que tengo veinticinco años y todos me creen.

Rió a carcajadas, como había reído el primer día en que se conocieron, cuando ella contaba escasamente diecisiete años.

– ¿Quieres que esté en casa cuando vengas a ver a los niños, o prefieres que no esté?

– Me gustaría que estuvieses. Les gustará vernos a los cuatro juntos. ¿Cuándo se estrena tu comedia?

– El lunes próximo. Estoy asustada de muerte. Me han dado un pequeño papel que apenas merece ese nombre. Por lo tanto, tengo que trabajar y esforzarme diez veces más que el resto de los que toman parte en la obra.

– ¿Qué opinas de ella?

– Apesta. Pero espero que triunfe, porque sería una manera de empezar. Es un trabajo como otro cualquiera. Un modo de obtener un pequeño ingreso todas las semanas. ¿Quieres que te proporcione un par de buenas butacas para el estreno?

– No, compraré una de gallinero.

– No te olvides de mandarme un telegrama deseándome suerte la noche del estreno.

– Te lo mandaré.

Por fin, se despidieron. Se dirigió hacia la mesa y se sentó ante ella. Tenía que escribir tres o cuatro cartas.

Escribió seis, todas ellas breves, y una más extensa, dirigida a un escritor de San Francisco que le había enviado su primera novela y que leyó en el tren.

Después, se levantó y se acercó al radio-fonógrafo colocado en el escritorio de la habitación. Sintonizó la emisora *Times*, de Nueva York. La música resultó ser la *Segunda Rapsodia Rumana*, de Enesco. Recordó a Enesco, mientras paseaba por el estrecho pasillo que formaba su mesa escritorio y la fachada del cuarto que daba a la Calle 56. Aunque nunca se habían hablado, se consideraban amigos, como suele ocurrir entre gente que comparten el mismo hotel. Alguna vez, subiendo o bajando en el ascensor, se habían sonreído con una leve inclinación de cabeza, y cuando llegaban al recibidor, Cario y Val, que se encontraban trajinando el equipaje de algún recién llegado, hablando rápidamente en español, se detenían ante ellos para observarles y hacer muecas de muda admiración. Cario y Val habían llegado a Nueva York desde Cuba, con el propósito de hacer fortuna.

Llamó al agente literario, que le había escrito, telegrafiado y telefonado a San Francisco con la intención de hablarle del individuo que quería que le escribiese una comedia.

—Estoy dispuesto a reunirme con él.

—¿Cuándo podemos vernos antes usted y yo? —preguntó el agente—. Todo este asunto es nuevo para mí. He buscado informes en «Dun y Bradstreet» y sus referencias son buenas, es decir, tiene dinero. Pero creo que, antes de sentarnos a hablar de negocios con él convendría que usted y yo nos entrevistásemos.

—Estoy a su disposición.

—¿Qué le parece dentro de quince minutos, en el salón de su hotel?

—De acuerdo.

Empezó a vestirse. Luego descendió al recibidor del hotel. Aún no era la hora, pero quería comprobar si sería capaz de reconocer al agente, aunque sólo lo conocía por su voz. Se acercó al mostrador de periódicos y compró un paquete de «Chesterfield» y un ejemplar del *Post* de Nueva York. Estaba intentando dar con la columna de Leonard Lyons, cuando alguien pronunció su nombre.

Se volvió y se encontró ante un hombre de unos treinta y cinco años que parecía hallarse en estado de extrema agitación. El hombre le tendió la mano y dijo:

—Soy Larry Langley. ¿Ha comido usted?

—Sí.

—¿Dónde podemos hablar?

—En cualquier sitio.

—¿Un trago?

—No bebo durante el día.

—Quiero comenzar bien este asunto desde el principio.

—De acuerdo, pero quede bien claro que yo no deseo un agente. No lo he tenido desde hace más de quince años.

—¿No cree que debiera servirse de uno?

—No lo necesito. Si decidiese valerme de alguien, echaría mano del primero que tuve.

—¿Quién es?

—Henry Hyam.

—Sí, es uno de los mejores. No es posible negarlo. Pero en la actualidad, tiene demasiado trabajo. Dudo de que disponga de tiempo suficiente para atender debidamente a todos sus representados.

—Sentémonos en el salón y podremos observar a la gente que pasa.

Se sentaron en un largo sofá negro, de imitación de cuero, situado en la mitad del estrecho salón. El agente sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos largos, con filtro.

—Fumo demasiado —dijo—. Por eso me he pasado ahora a los pitillos de filtro.

Encendió el cigarrillo con un encendedor que funcionaba con rapidez y producía una gran llama.

—Si se enciende un pitillo con un encendedor, se nota el gusto a gasolina, ¿verdad?

—Supongo que sí, pero éstos llevan filtro. Además, no creo que me importe mucho el gusto del tabaco. Llámame Larry. Hablando de nombres, siempre concedo gran importancia a cómo se llama la gente. Hay quien posee un verdadero nombre y hay quien no lo tiene. El tuyo es bueno. Yep Muscat resulta apropiado a tu estilo de escritor. Siempre había tenido ganas de conocerte y de poder manifestar lo mucho que admiro tu literatura. He leído todo lo que has publicado. Por cierto, no sé si estás enterado de que cierta universidad requiere tus servicios como profesor.

—Algo he oído.

—Espero que cambies de opinión por lo que se refiere a tener un agente.

—No, no lo necesito para nada.

—Bien, piensa en ello. Y si decides valerte de uno, ten en cuenta que yo produzco beneficios. Mi hermano y yo tenemos un número considerable de escritores en nuestra caballeriza. Un par de ellos, al menos, son verdaderamente famosos. No es que gocen de una reputación como la tuya, claro, pero, de todos modos, no están mal considerados.

—Desde el primer día, le adelanté al empresario que dudaba de que pudiésemos llegar a un acuerdo, pero que si no veía inconveniente en arriesgar un millón de dólares, sin compromiso por mi parte, me arriesgaría a venir a Nueva York.

—Sí, ya lo sé. Me enseñó tu carta. Durante dos meses me ha estado hablando por teléfono cada día acerca de este asunto. Significa mucho para él. En la actualidad, es un simple panadero. Pero quiere iniciar su carrera como empresario. Desea que su nombre llegue lejos. Y su máximo empeño es comenzar con una buena comedia que le proporcione mucho dinero.

—Has dicho que ya tenía una fortuna.

—«Dun y Bradstreet» le consideran como a un fuera de serie.

—Estoy dispuesto a hablar de negocios con él en cuanto tú lo creas conveniente. ¿Por qué no ahora mismo?

—¿Ahora?

—Sí. He venido a Nueva York a hablar de negocios con él. Aquí estoy. Llámale por teléfono y dile que iremos a verle ahora mismo.

—Ese era uno de los motivos por los que deseaba entrevistarme antes contigo —dijo el agente—. Me ha colocado en una situación delicada. Cuando me mostró tu carta, me preguntó si debía enviarte o no un cheque de mil dólares. Debes reconocer que la carta no resultaba muy alentadora.

—No deseaba en absoluto venir a Nueva York y estaba convencido de que mi carta le desilusionaría. Casi albergaba esperanzas de que así fuese. Pero, ya que no logré mi objetivo, cogí el primer tren.

—El creía que vendrías en avión.

—Prefiero el tren. Y, aún más que el tren, no viajar.

—Confidencialmente, Yep, voy a confesarte algo. ¿Querrás contestarme? ¿Qué ha pasado con tu literatura? ¿Qué te ocurre *a ti*? Espero que no te moleste mi pregunta. Desde hace unos diez años, tu estilo ha cambiado.

—Supongo que lo que ha sucedido es, precisamente, eso: que ha cambiado, y nada más. En primer lugar, comencé a escribir porque esperaba que todo cambiase y quería reflejar en mi literatura las cosas tal como eran antes de producirse esos cambios. Me refiero a las pequeñas cosas de la vida cotidiana, claro. A lo menos importante de todo lo intrascendental. Estaría escribiendo día y noche, sin parar, si pudiese plasmar con fidelidad el mayor número posible de esas minucias. Pero es imposible. Siempre he tenido la convicción de que era imposible. Si no te decides a llamarle, me iré a dar un paseo.

—¿Adónde?

—Al Bowery.

—¿El Bowery?

—Sí, es un largo paseo. Me agrada visitarlo siempre que vengo a Nueva York.

—Hay más de cuatro o cinco kilómetros hasta el Bowery.

—Creo que son seis o siete.

—Está bien, le llamaré. Cogeré el toro por los cuernos. Sé que le gustaría hablar contigo en condiciones desfavorables para ti. Pero, al mismo tiempo, confía en mí para llegar a un acuerdo.

—Le escribí comunicándole que veía difícil ese acuerdo.

—¿Por qué razón?

—Puede disgustarme su modo de expresarse.

—¿Qué tiene que ver eso con el asunto? Mientras te pague...

—No me avengo a ser alquilado. También puede disgustarme su manera de pensar.

—No habrás venido a Nueva York para decirle a ese hombre que no estás dispuesto a llegar a un arreglo, ¿verdad?

—He venido a Nueva York porque me envió un cheque de mil dólares, incondicionalmente. He venido a conocerle, a oírle y a examinar el contrato.

—¿Qué clase de contrato deseas?

—¿Qué clase de contrato quiere él? Todo este asunto es idea suya, no mía. Lo único que él tiene que hacer es establecer un compromiso por escrito. A mí me corresponde leerlo cuidadosamente y decir sí o no. Creo que ese punto quedó bien claro en mi carta.

—¿Qué hay de la comedia?

—Que hay, ¿de qué?

—¿De qué clase de comedia se trata?

—Si el contrato me satisface y lo firmo, de eso depende cómo será la comedia que escriba.

—Pero, repito, ¿qué tipo de comedia te propones escribir?

—La obra no está escrita. Ya veremos a qué clase de comedia corresponde cuando esté hecha.

—Él quiere que escribas algo con cierta semejanza a una de las comedias de Shaw. He olvidado cuál de ellas. Está convencido de que eres el único autor en el mundo capaz de escribir una obra como esa.

—No me gusta escribir cosas parecidas a lo que han escrito otros. Simplemente, escribiré una obra.

—¿Tienes alguna idea?

—No necesito ideas. Durante quince años he escrito, como mínimo, una comedia al año. No he ganado un céntimo con ninguna de ellas. Te has informado acerca de este hombre en «Dun y Bradstreet» y es acaudalado. Quiere que le escriba una comedia. Quiere que, por dinero, haga algo para él cuando, en realidad, vengo haciendo lo mismo durante años, sin ver ni un dólar. Yo no le pregunto a él como ganará su próximo millón. No le pregunto nada. Hasta que tú me escribiste, me telegrafaste y me telefoneaste y hasta que él me telegrafió y me telefoneó, ni siquiera sabía que estaba vivo. Ahora resulta

que está vivo y, por una razón u otra, quiere que le escriba una comedia. Todo lo que tiene que hacer es enseñarme el contrato.

– Imagina que el contrato no te gusta.

– No lo firmaré.

– ¿Me dirás cuáles son las cláusulas que no te agradan?

– Si no me ocupa demasiado tiempo, sí.

– Yep, ¿puedes darme una idea de qué clase de contrato te avendrías a firmar?

– Desde luego. Si el contrato dice en forma sencilla y clara y con buena aritmética que me embolsaré, como mínimo, los mismos beneficios que él obtenga de la obra, lo firmaré.

– ¿Y el riesgo que él asume al invertir cien mil dólares o más en la producción de la obra?

– No le he pedido que asuma riesgos.

– ¿Quieres la mitad de los beneficios?

– Después de que él haya cubierto gastos, sí. Mientras tanto, lo único que exijo son mis derechos de autor. El quince por ciento de los ingresos en taquilla.

– ¿El quince por ciento? Sólo Shaw ha cobrado ese porcentaje.

– Shaw ha muerto y ha dejado una fortuna ganada, exclusivamente escribiendo.

El agente miró a su alrededor y fijó la mirada en unos cuantos ancianos diseminados en el salón.

– Yep, ¿puedes permitirte el lujo de exigir esas condiciones?

– No puede resignarme a aceptar otras. Llama a ese hombre.

El agente se levantó para dirigirse al mostrador de la recepción. Preguntó a Valencia dónde estaban los teléfonos. Valencia le señaló las cabinas con el dedo y el agente pasó al pequeño recibidor con fachada a la Calle 56.

Llamó a su oficina y habló con su hermano mayor.

– Quiere ver a Zamlock ahora mismo. Me ha pedido que le llame y formalice una entrevista. No necesita agente. El único contrato que está dispuesto a firmar tiene que garantizarle el cincuenta por ciento de los beneficios, además del quince por ciento de los ingresos brutos.

– ¿Quién sabe? – contestó el hermano del agente –. A lo mejor, Zamlock acepta un contrato en esos términos.

– Entonces, ¿le llamo?

– No. Dejemos que Zamlock espere un poco más. Está impaciente y conviene que se ponga aún más nervioso. Ya conoces a esa clase de gente. No es prudente mezclarle ahora en el asunto. Quizás a mediados de la semana próxima será mejor.

– Zamlock sabe que está en Nueva York.

—¿Y qué? Llamaré a Zamlock para decirle que hemos tenido con él una entrevista importante y que nos ha pedido un par de días de tranquilidad para pensar en la obra. El miércoles, a las diez de la mañana, podremos reunirnos juntos.

—¿Por qué el miércoles a las diez de la mañana?

—¿Por qué no? Será la fecha decisiva. Yo me ocuparé de Zamlock y lo prepararé para lo peor. Es posible que acepte sus condiciones y, si lo hace, el diez por ciento de su parte no resulta despreciable para nosotros.

Cuando el agente regresó al sofá del salón, los dos viejos que se estaban allí sentados llenaban sus pipas y charlaban. Se acercó al mostrador.

Valencia le entregó una nota, escrita en una cuartilla con membrete del hotel: «Si quieres verme, estoy paseando por la Quinta Avenida. En caso contrario, puedes telefonarme cuando gustes.»

El agente dobló el papel y se lo metió en el bolsillo de la chaqueta. Observó el descuidado salón del hotel y, después, comenzó a caminar por la Calle 56.

«Está arruinado —pensó el agente—, está completamente arruinado. Pero, al parecer, no le importa en absoluto.»

MIENTRAS PASEABA POR LA QUINTA Avenida, le constaba que el segundo partido del campeonato del mundo se estaba celebrando en aquellos instantes, en el «Yankee Stadium», pero ignoraba quién iba ganando y cuál era el tanteo que figuraba en el marcador.

Las fechas en las que tenía lugar el campeonato del mundo constituían la mejor temporada del año en América. ¿Sería capaz el viejo Casey Stengel de repetir su hazaña? ¿Saldría al campo con un equipo plagado de reservas y, aún así, se alzaría con el triunfo? ¿Podrían los viejos y agotados «Yankees» superar a los potentes «Dodgers», ganar la copa, quizá con cuatro puntos de ventaja, como habían hecho el año pasado frente al equipo de los «Cleveland Indians»?

Llegó hasta un pequeño grupo de viandantes que creyó que estaban viendo el partido en un aparato de televisión.

—¿Cuál es el tanteo? —preguntó.

—¿Qué tanteo?

Sonrió y siguió caminando calle abajo. «Hay infinidad de seres que no se interesan lo más mínimo en el béisbol, que les trae sin cuidado los grandes dramas de su tiempo», pensó.

Cuando alcanzó el número 630 de la Quinta Avenida, se acordó de pronto de Harry Baragaray. Entró en el edificio y subió al piso treinta y tres. Jessica, la secretaria de Harry desde hacía más de veinticinco años, se encontraba detrás de su mesa.

—Harry ha ido a Long Island a jugar al tenis.

- ¿A los sesenta y seis años?
- Mr. Baragaray tiene sólo cincuenta y siete, se encuentra joven y animoso y le gusta el tenis. Le complacerá saber que estás en la ciudad. ¿Quieres que le diga que te llame a «Hampshire House»?
- Estoy en el «Great Northern».
- ¡Dios mío, Yep, allí te hospedabas cuando escribías *Tiempo de partir!* Nunca olvidaré el modo como entrabas en nuestra vieja oficina, junto a «Sardi», y comenzabas a contar aquellas descabelladas historias acerca de la gente de California, mientras te obstinabas en callar cuando se te preguntaba sobre la comedia.
- No me gusta hablar sobre lo que estoy escribiendo.
- ¡No me digas que has vuelto al «Great Northern»!
- He vuelto.
- ¿Se está bien allí después de tantos años?
- Es cómodo. Un poco más viejo, un poco más sucio, pero todo el personal sigue trabajando en el hotel.
- Me imagino por qué has vuelto allí.
- Porque no puedo pagar.
- No, no es por eso, sino porque escribiste en ese hotel tu primera obra, que fue la mejor.
- *Tiempo de partir* no fue mi primera obra. Ni siquiera la segunda. Fue la quinta o la sexta, aunque la segunda que se representó. Tengo una buena cantidad de comedias inéditas, eso es todo.
- Bien, de todos modos, *Tiempo de partir* es tu obra más famosa. Obtuvo todos los premios, ¿no? Así, pues, has vuelto al lugar donde la escribiste, porque quieres otra que obtenga el mismo éxito. Me consta.
- Bien, quizá tengas razón. Pero he venido aquí para hablar con Harry acerca de *Mi dinero*. Me refiero a la obra, naturalmente.
- Harry le cambió el título y le puso *Bésame, bésame, bésame*, ¿verdad?
- No me importa que lo cambiase. Lo que deseo saber es la causa de que impida que sigan los preparativos para representarla y si se va a representar algún día o no.
- Yo creí que tú y Mr. Baragaray habíais llegado a un acuerdo. Harry no es muy dado a colaborar, pero cuando lo hace espera que sus sugerencias sean observadas al pie de la letra, y tú no lo has hecho.
- Sus ideas no servían para nada.
- ¿Cómo puedes decir eso, Yep? Harry es el empresario de comedias musicales más importante de América. Siempre lo ha sido. Harry intentó ayudarte para que escribieras algo realmente sensacional y tú te negaste. Ahí radica el problema. Tú te negaste. Te fuiste sin dar explicaciones.

- De acuerdo. Me gustaría que me devolviérais el manuscrito.
- ¿Y qué pasa con las ideas de Harry que hay incorporadas en él?
- Acabas de confesar, me imagino que por boca de Harry, que no representa mi comedia porque no hice caso a sus observaciones. Por lo tanto, no comprendo qué ideas tuyas puede haber en el original.
- Bien, no estoy muy bien informada acerca de los detalles, pero, en mi opinión, Harry se sintió terriblemente defraudado ante tu negativa a escribir algo que constituye un verdadero éxito.
- Escribí la mejor comedia que sabía y podía escribir en aquel tiempo. Si a Harry no le interesa, a mí sí.
- Yep, le diré a Harry que te llame mañana por la mañana. Así podréis discutir los dos el asunto.
- No hay nada que discutir. A él no le gusta la comedia. A mí sí. Quiero que me la devuelva.
- Habla con Harry mañana por la mañana.
- Hablaré con él, pero adelantale mi opinión, ¿quieres?
- Sabes que una buena secretaria no debe hacer semejante cosa. Además, estoy segura de que ya nada le decidirá a representar *Bésame, bésame, bésame*.
- El título de la obra es *Mi dinero*.
- No es un buen título para una comedia musical.
- Pero fue así como titulé mi comedia.
- *Bésame, bésame, bésame* es más taquillera. Entraña sentido del sexo, sentido del humor y otras muchas implicaciones. Harry siempre insiste en eso de las implicaciones. *Bésame, bésame, bésame*. Piensa en la enormidad de implicaciones que lleva consigo ese título.
- ¿Qué son implicaciones?
- Todo. Sabes perfectamente que las implicaciones lo son todo. La mayor parte de las cosas que suceden en el mundo comienzan con un beso: amor, matrimonio, hijos. ¿Por qué tienes que mostrarte siempre tan obstinado?
- Si lo que queréis son implicaciones, el título de la comedia debería ser *Asesinato*. No repetido tres veces, sino una sola. Es suficiente. Dile a Harry que quiero que la ponga en escena o que me la devuelva.
- Salió de la oficina y siguió caminando por la Quinta Avenida, pero pronto se le acabaron las ganas de pasear.
- «Entraré en el “Veintiuno” y tomaré un trago», pensó. Mas cuando se encontró frente al establecimiento optó por no entrar. Tomó la Sexta Avenida y se dirigió hacia la Calle 56 para regresar al hotel.
- Valencia le dio la llave y dijo:
- Le entregué la nota.

Linda asomó la cabeza por la ventanilla de la pequeña habitación en la que trabajaba ante el panel de teléfonos.

—Hay una llamada para ti, Yep. ¿Quieres que te la ponga en el teléfono del recibidor o prefieres que le diga que llame de nuevo dentro de cinco o diez minutos?

—Hablaré ahora.

Caminó alrededor del mostrador de la recepción hacia las cabinas telefónicas y levantó el auricular hasta la oreja izquierda. Era un poco sordo del otro oído.

—Yep —oyó que alguien le decía—. Bienvenido a Nueva York, viejo pependenciero.

—¿Quién es?

—Pipper. ¿Quién quieres que sea?

—¿Cómo estás?

—No importa cómo esté yo. ¿Tú que tal te encuentras?

—Bien, gracias.

—Mira, Yep, tú sabes que tienes buenos amigos aquí, en «El mundo vivo»<sup>1</sup>, pero, hablando claro, tienes que ser razonable. No podemos pagarte quince mil dólares por un *En un principio*. Nos gusta la obra, queremos lanzarla al aire dentro de dos domingos, pero nos resulta imposible pagar *a nadie* una cantidad como esa. Sabes que nuestro precio máximo es de tres mil dólares para todo el mundo, excepto para ti que son seis mil. ¿Por qué insistes, pues, en lo de los quince mil?

—Porque la obra vale quince mil.

—No digo que no los valga, sino que no podemos pagar tal cantidad. Acepta, una vez más, los seis mil, Yep.

—No.

—¿Cuánto quieres?

—Quince.

—No podemos pagar eso.

—¿Cuánto podéis pagar?

—Seis.

—No hay nada que hacer.

—Es una comedia deliciosa, Yep, y pertenece a «El mundo vivo» y a nadie más. Acepta siete mil y da una alegría a tus viejos amigos.

—Conozco bien a mis viejos amigos. Tengo buena memoria. Cuando, hace tres años, estuve a punto de tragar el anzuelo de los inspectores de impuestos, y escribí a mis viejos amigos ofreciéndoles para su «Mundo vivo» seis nuevas comedias en un plazo de dos años por veinticinco mil dólares, lo cual viene a

---

<sup>1</sup> Cadena de Televisión de Nueva York. —*N. del T.*

resultar a unos cuatro mil por cada una, y les expliqué lo importante que era para mí obtener ese contrato, ni siquiera recibí contestación. Un año más tarde, cuando envié tres obras a mis viejos amigos para que escogiesen la que más les agradase o las tres, a tres mil dólares cada una, porque necesitaba dinero con urgencia, tampoco tuve noticias de ellos hasta transcurridos seis meses, en que me devolvieron las tres comedias, acompañadas de una nota escrita y firmada por una secretaria. Hace ocho o nueve días, me escribiste pidiéndome una obra. Me dijiste que la necesitabas inmediatamente. La escribí, llegó a tu poder en un plazo de horas y no acepto por ella seis o siete mil dólares.

—De acuerdo, Yep. Ocho mil. Es a lo más que podemos llegar. Te ofrezco el presupuesto de toda una semana. Di que sí, lleguemos a un acuerdo y comenzaremos a trabajar.

—No hay acuerdo.

—Entonces, ¿cuánto pides?

—Pido quince mil. Te escribí diciendo que era mi último precio. Tengo que elegir el elenco de actores, dirigir la obra, realizarla, y eso representa un trabajo considerable, aunque sólo sea *trabajo*. Prescindo de aquello que no tiene precio, que no puede ser comprado, que no es susceptible de encargarse como si se tratase de una mercancía cualquiera. Es decir, no tengo en cuenta la obra escrita en sí misma. No quiero regatear, deseo mostrarme comprensivo y, por lo tanto, voy a formularte una oferta, una oferta importante que tienes que aceptar o desechar en este mismo instante. Aceptaría diez mil.

—Tengo que hablar con mis socios.

—No hay acuerdo.

—Yep, sabes que no puedes colocar la obra en ningún otro sitio. Si pudieses hacerlo, dudo que nadie te pagase más de dos mil. Te consta que es así.

—Aunque tuvieses razón, tenemos que cerrar el trato ahora y por teléfono. Diez mil o nada.

—De acuerdo. Trato hecho. ¿Puedes venir por aquí mañana por la mañana, a las diez?

—Estaré ahí. ¿Qué hay de la denuncia por impuestos impagados? ¿No ha prescrito después de tres años?

—Esta cuestión se nos ha ocurrido antes de llamarte por teléfono y tengo que hablar aún con nuestra asesoría jurídica. Parece ser que la acción ha prescrito. Lo cual significa que podemos entregarte los diez mil inmediatamente después del estreno.

—No quiero dinero. Me limitaré a mandarte al inspector del fisco.

—¿Cuánto quieres que le entregue? ¿Dos mil?

—La totalidad. Tengo que liquidar mis impuestos de una vez, eso es todo.

– Como quieras, Yep. Esperamos poder ayudarte a reducir el importe de tus débitos al fisco.

– ¿Cómo?

– Buscaremos alguna fórmula.

– La única fórmula posible es que me encarguéis que os escriba algo y que os mande al inspector a cobrar mi trabajo. Es el único modo de arreglar el asunto.

– Bien, ya pensaremos algo. Nos veremos mañana, a las diez.

– De acuerdo.

– Ah, Yep... Hablando de otra cosa. Me alegro de que hayas regresado a la ciudad, a pesar de nuestras discusiones y todo lo demás. Me satisface tenerte de nuevo en nuestros programas.

– Gracias.

Colgó el auricular y se dirigió hacia el café-bar, situado enfrente de las cabinas.

Había nueve o diez personas bebiendo y mirando la televisión.

Whisky irlandés con limón, hielo y un poco de agua. ¿Quién ganó el partido?

– Otra vez los *Yanks*.

Tomó un trago de su whisky irlandés y pensó que a Van no iba a gustarle aquel resultado.

CONSUMIÓ DE UN TRAGO EL RESTO DE SU bebida y salió del salón. En el recibidor, se encontró a Bert, charlando con el viejo barrigón encargado del quiosco de la Prensa, en el que vendía periódicos, revistas, cigarros, cigarrillos, barras de azúcar, aspirinas, hojas de afeitar, muñecas pequeñas y cajas de chokolatinas.

– No puedo beber más – dijo.

– Yo tampoco – contestó Bert –. Sólo agua. Es lo único que puedo pagar. Te presento a Mr. Acres. Ha regentado el quiosco durante estos últimos diez años.

– ¿Qué clase de literatura prefieren los clientes del hotel, Mr. Acres?

– Las revistas de escándalos. Antes se vendían más las de cine, pero ahora han sido desplazadas por esos nuevos semanarios en los que se explica con detalle la vida sexual de personajes famosos.

– Ya; debe de tratarse de un género muy interesante.

Salió del recibidor y se halló en la Calle 57. Distinguió a dos mecanógrafas públicas, probablemente hermanas, sentadas ante pequeñas mesas, bajo la protección de la arcada de un edificio. Ambas escribían frenéticamente. ¿Qué

estarían escribiendo? ¿Cartas? ¿Reportajes? ¿Listas? ¿Una comedia? ¿Una novela?

El hotel disponía ahora de los servicios de un portero, vestido con un uniforme rojo.

— ¿Taxi?

— No. Sólo voy hasta el «Automático».

— ¿Cuándo llegó usted?

— Esta mañana.

— ¿Va a estar mucho tiempo en el hotel?

— Es posible.

— ¿Negocios teatrales?

— Autor.

— No quiero pasar por entrometido, pero ¿le importaría decirme su nombre?

— Yep Muscat.

— ¿Es usted Yep Muscat? Mi nombre es Dana. Stanley Dana. Me dijeron que había estado usted en este hotel hace muchos años, pero jamás pensé que podría verle saliendo de este lugar. Mi hijo mayor es pianista, pianista de conciertos, aunque ahora forma parte de la orquesta de la NBC<sup>2</sup> para ganarse la vida. Mi hijo mediano trabaja en una gran empresa de inversiones mobiliarias de Wall Street. El pequeño es quien se entusiasmará cuando le diga que le he conocido. Es escritor. Bueno, quiere ser escritor. ¿Creerá que es usted su autor preferido?

Permaneció en pie, hablando con Stanley Dana durante unos instantes; después, avanzó unos cuantos pasos, calle abajo, hasta llegar al «Automático», donde se sentó y tomó un pedazo de pastel de carne y una taza de café. Cuando hubo comido, se dedicó a observar a la gente.

Aunque pasasen los años, la gente no parecía cambiar. Continuaba acudiendo al restaurante el ruso pesado y de movimientos lentos, de barba negra, teñida de pardo en las comisuras de los labios a causa del tabaco. Con él seguía aún el joven nervioso, de aspecto prudente y extremadamente delgado, que se encargaba de pagar la comida y la bebida a su compañero. Y con aquellos dos hombres, permanecían también las dos mujeres, la más joven, atenta, hermosa y comedida en sus palabras, y la mayor, alegre, sonriente y sencilla. Nunca había entrado en el «Automático» sin que ellos estuviesen allí. Pero cada vez semejaban ser distintos, a pesar de que su número no aumentaba ni disminuía y de que hablaban siempre en lengua extranjera, como si se encontrasen en su cafetería preferida de Moscú, Varsovia, Budapest, Berlín o

---

<sup>2</sup> *National Broadcasting Company*. — Compañía Nacional de Radio. — *N. del T.*

París. Se sentía satisfecho y feliz siempre que tenía oportunidad de contemplarlos.

Solía estar también la elegante mujer negra que se sentaba sola y tomaba una taza de té.

Y, asimismo, el hombre grueso que tomaba siempre alimentos para no engordar, como queso fresco y desgrasado.

Dejó, por fin, el restaurante y paseó, por la Sexta Avenida, hacia el parque. También Central Park aparecía sin cambio alguno, tal como él lo había dejado: las losas de roca de Manhattan, los árboles, la hierba, la gente, los niños en sus cochecitos... Después del paseo, regresó a su habitación y se echó en la cama, porque, pronto o tarde, llega un día, en el atardecer del mundo, en que el hombre sólo desea tumbarse sobre una cama y cerrar los ojos.

El teléfono le despertó en el preciso instante en que comenzaba a alcanzar la región del sueño, en la que los espíritus inquietos hallan, al fin, la paz.

– He pensado que si no tienes nada mejor que hacer, podrías venir un poco antes y cenar con nosotros, en lugar de limitarte a hacernos una simple visita. ¿Te agrada la idea?

– Sí, me agrada. ¿A qué hora voy?

– Ahora mismo.

– ¿Está Van en casa?

– No, pero llegará pronto. ¿Qué pasa con los «Dodgers»? Si no empiezan a ganar pronto, van a volver loco al chico.

– Es el mejor equipo. Comenzarán a ganar en seguida.

– Ven cuando quieras. Si llegas antes que Van, se llevará una gran sorpresa.

– Ahora mismo me encamino hacia ahí.

– ¡Por amor de Dios, coge un taxi!

– No, necesito hacer ejercicio. De cualquier modo, no tardaré mucho.

Llegaré antes que Van.

Se levantó, se estiró, se roció con agua la cara, se alisó el traje y abandonó la habitación.

Comenzó a caminar lentamente, pero, al poco rato, aceleró el paso. Recordó sus largas caminatas por San Francisco.

SONRIÓ AL VER APARECER A WINCHELL por la esquina del St. Moritz. Sin duda debió de sonreír, porque Winchell le devolvió la sonrisa. Ambos se saludaron con la cabeza, pero no se detuvieron. Siempre había respetado a los hombres que iban a pie. Nunca se había atrevido a detener a un paseante. Si algún paseante le obligaba a detenerse a él, se paraba, pero nunca más de un segundo. Winchell había envejecido un poco, aunque se mostraba aún ágil y

caminaba con la soltura de un hombre joven que tiene cosas que hacer. Probablemente, jamás haría nada que valiese la pena, pero lo que había ya realizado resultaba, en su estilo, imposible de ser superado por nadie.

Paseó por Madison, en lugar de atravesar el parque, porque el parque no revestía interés. Después de seis o siete bloques de casas, enfiló uno de los extremos del parque y tras dejar atrás dos manzanas de aquella calle, llegó a la casa y subió en el ascensor al tercer piso.

Cuando pulsó el timbre del apartamento oyó gritar a Rosey y la sintió correr hacia la puerta. De pronto, apareció ante él. Allí estaba ella, su propia hija, una niña morena, de ojos y boca grandes y con la nariz pequeña de su madre. Rosey se arrojó en sus brazos y se estrechó a él con todas sus fuerzas.

— ¡Oh, papá...!

— ¡Oh, Rosey...!

En el recibidor estaba la madre de la niña, Laura y, detrás de ella, la mujer con la que había hablado por teléfono, Jenny MacDougal.

Dejó a la niña en el suelo y saludó a Laura con un beso. Después, Laura le presentó a la mujer.

— Oh, Van y Rosey me han hablado tanto de usted que ya no me resulta un extraño — dijo.

— Ciertamente, Rosey tiene buen aspecto.

— Sí, ¿verdad? — dijo Laura —. Tenemos que agradecersele a Jenny.

— Gracias, Miss MacDougal.

— Los quiero mucho a los dos — replicó la mujer —. Y me alegra pensar que ellos también me quieren a mí un poco.

— ¿Quieres tomar algo? — preguntó Laura.

— Sí. Me gustaría un «Martini» bien seco, si es que tienes los ingredientes necesarios.

— Desde luego que sí. Yo también tomaré uno.

Jenny MacDougal trajo las botellas, el hielo, la jarra mezcladora y los vasos, y Laura le invitó a que preparase la bebida.

Mezcló «Martinis» para cinco vasos y sirvió tres, pero Jenny MacDougal dijo que no bebía nada, excepto café.

— Tomo una taza de café lo menos cada media hora. Sin embargo, no me pone nerviosa; al contrario, me calma.

Laura le enseñó el apartamento. Era de su tía Elsa, que estaba en Europa. Elsa lo había alquilado a Laura y a los niños prácticamente gratis, pero los muebles antiguos de la tía permanecían enfundados y los niños dormían en el cuarto de estar, en camas plegables metálicas. El piso era agradable, aunque no tenía comparación con la casa nueva en la que los había instalado durante la

tramitación del divorcio, una especie de rancho sobre una de las colinas de San Francisco, desde la que se divisaba el Golden Gate.

Habían seguido viviendo allí hasta hacía tres meses, en que a Laura se le presentó una oportunidad de tomar parte en una comedia en Nueva York.

Se encontraba mezclando la segunda tanda de «Martinis», cuando sonó el timbre de la puerta. Laura dijo:

– Bien, aquí llegan tu hijo y mi vieja amiga Kitty Delmonico.

El chico debió de oír sus voces porque empezó a saludar a gritos, antes de que la puerta se abriese. Yep la abrió, saludó a Kitty con un rápido abrazo y besó la cabeza de su hijo.

Sirvió un «Martini» a Kitty, se sentaron y charlaron un rato, hasta que Kitty se despidió para acudir a una cita para cenar.

Mientras Laura y Rosey ayudaban a Jenny a poner la mesa, comentó con Van la marcha del campeonato del mundo.

– Espero que te quedes una temporada – dijo el niño.

– Yo también lo espero. Al menos, tengo que resolver algunos asuntos.

– ¿Marchan bien las cosas?

– Sí, marchan bien.

– ¿De verdad, papá? Ya puedes hablarme con claridad. No es como el año pasado. He cumplido doce años y comprendo mejor las cosas. ¿Te molestan mucho los inspectores de impuestos?

– No. Se limitan a cumplir con su deber. Eso es todo.

– ¿Cuánto les debes actualmente?

– No mucho. Además, dentro de unos días podré enviarles un buen pellizco.

– Eso es bueno. ¿Sabes?, no creía que Nueva York me iba a gustar, pero, después de tres meses, me he acostumbrado y me agrada.

– Naciste en Nueva York, hace doce años y cuatro días. Te traeré un regalo de cumpleaños, naturalmente.

– No quiero regalos, papá.

– Pues te compraré algo que realmente quieras. Dentro de un día o dos descubriremos qué será.

– No me gusta que gastes dinero en regalos.

– Como quieras.

La cena consistió en una pata de cordero asada, patatas cocidas, ensalada, vino tinto, helado y café.

A las siete y media, Laura se marchó a coger un taxi para poder llegar al teatro con tiempo suficiente para el ensayo general, y él, el niño y la niña pasaron a una pequeña habitación contigua al cuarto de estar y se sentaron para ver la televisión. Jenny MacDougal, después de terminar su trabajo en la cocina,

se unió a ellos y se puso a hacer punto. También Rosey sacó su labor, mientras observaba su programa preferido, cuyo asunto eran las aventuras de un indio y su hijo adoptivo.

A las nueve, abrazó a su hija, después a su hijo, y para que pudiesen acostarse con la puntualidad acostumbrada comenzó a caminar de regreso al hotel.

«Están bien, su madre está bien. Todo marcha bien», pensó.

Al mismo tiempo, sintió que le embargaba un sentimiento de fracaso y de inutilidad.

Consideró si no sería mejor meterse en el «Oak Room» del «Plaza», sentarse y beber; y así lo hizo. Pero, ya en el bar, echó un rápido trago y se marchó en seguida. Tampoco se sentía capaz de permanecer sentado y de beber con tranquilidad.

De nuevo en la calle, se encontró con que no sabía adónde ir. ¿Por qué no podía acostarse a las nueve?

En la conserjería del hotel le entregaron una nota con un recado telefónico: «Zak telefoneó. Por favor, llámeme al “Plaza” .»

En 1935, durante el cálido mes de agosto, cuando acababa de regresar al «Great Northern», después de su viaje a Europa, estaba deshaciendo las maletas y oyó a alguien cantando *La donna é mobile*. Se acercó a la ventana, escuchó, se asomó al vacío y gritó: «¿Zak?». El canto cesó, la ventana de la habitación, al otro lado del patio, se abrió y apareció Zak, gritando: «¿Eres tú, narizotas? Subo inmediatamente.»

Así, pues, veinte años más tarde, Zak se encontraba en el «Plaza». Llamó al hotel desde las cabinas del salón.

— Te espero en el bar, Zak. Ven hacia aquí.

En menos de diez minutos, Zak penetró aparatosamente en el bar. Era un hombre de corta estatura, vestido con un traje caro y que llevaba varios pedruscos en una cartera. Le informó que aquellas piedras contenían uranio. La «Jean Aljean Uranium Corporation» era una de las más importantes que existían en Utah, lo que equivalía decir en el mundo. Las oficinas de la empresa radicaban en Salt Lake City. Zak acababa de coger el avión para Washington con el fin de solventar algunos asuntos de la Compañía y había aprovechado la ocasión para realizar algunas gestiones en Nueva York. En Nueva York, no tenía mucho que hacer y se proponía regresar pronto a Salt Lake City, para trasladarse, desde allí, a sus tierras y a sus minas.

Seguía sin fumar ni beber.

— Voy a convertirme pronto en un hombre rico — dijo Zak —, y te ruego que recuerdes esto, narizotas: tendrás tu participación.

Zak era uno de los diez o doce amigos que aún le llamaban por el mote de sus tiempos juveniles.

—No tienes por qué darme parte alguna en tus negocios.

—Sí, me siento obligado a hacerlo. Si yo adquiero una mina, tú tendrás también la tuya.

—Yo he hecho una fortuna escribiendo y jamás te di ni un céntimo.

—Nunca te lo pedí, eso es todo —replicó Zak—. Fue mía la culpa. Sin embargo, no creo que aquello te perjudicase mucho. Me querellé con la revista, no contigo.

—La narración no se refería a ti, Zak.

—¿A quién, entonces?

—Todo lo que un escritor escribe se refiere a sí mismo. ¿Qué te parece si lo olvidásemos?

—¡Estupendo! Nos estamos haciendo viejos. Ahora tenemos el deber de hacer todo lo que esté en nuestras manos a favor de los hijos.

—Por esto estoy aquí, Zak. No tengo muchos hijos, sólo dos. Pero estoy aquí a causa de ellos.

—Yo no tengo ninguno —dijo Zak—. No obstante, mi mujer me ha endosado a dos de su primer matrimonio. Ambos casados y, a su vez, con hijos. En la práctica, viene a resultar como si fuesen propios.

—Es posible. ¿Te gustaría dar un paseo por Broadway, como solíamos hacer en nuestros viejos tiempos?

—Sí, me gustaría.

PASEARON POR BROADWAY HASTA LA Calle 42. Zak habló sin interrupción, como si quisiese resarcirse de los veinte años que ambos no habían tenido oportunidad de conversar.

—Tú y yo somos los dos únicos individuos del barrio que abandonamos Fresno para venir a Nueva York. El resto de nuestros amigos creían que estábamos locos, pero mírales ahora y compáralos con nosotros. Yo no canto en la ópera como esperaba haberlo hecho, pero lo intenté. Aún conservo una bonita voz, aunque reconozco que nunca llegaré a cantar. Fracasé. No obstante, me consuelo pensando que no me quedé en casa, comiendo los exquisitos guisos de mamá. Pobre mamá, ¡siempre se preocupó tanto por mí...! Yo era incapaz de permanecer fijo en un empleo durante más de dos horas. Me aburría, eso es todo. Yo no nací para ejercer un empleo, ni tampoco para negociar en uranio, pero la vida no es más que una continua e inacabable concesión. Lo único que de verdad deseaba era tener una familia. Mi primera mujer estaba demasiado ocupada para tener hijos, aunque disponía de tiempo suficiente para salir con el primero que creyese que podía ayudarla en su

carrera. Era de Nuevo México y había llegado a Nueva York para debutar en el teatro. Una muchachita mexicana encantadora. Juanita Sánchez. ¿Por qué diablos habrá tantas chicas guapas que quieren ser actrices? Amaba a aquella muchacha. Pasé días, años, hablándole, intentándole explicar que si me quería, que si estaba dispuesta a ser mi mujer y a formar una familia conmigo, conocería la verdadera felicidad. Pero no, se empeñó en ser actriz. Ahora es una figura famosa de la escena en Nueva York.

— ¿De veras?

— Sí, es famosa. Es una actriz perfecta. No quería formar una familia, pero ahora tiene un hijo, aunque no sabe quién es el padre. Ocurrió después del divorcio, que ella ganó; me escribía continuamente a San Francisco. Y al fin, hace diez o doce años, cuando estaba en el Ejército, vine a Nueva York. Hubiese deseado no haberlo hecho. Me puso malo. Aún la seguía amando. Y el niño me partía el corazón. Podía haber sido mío, pero no lo era. Fue una gran suerte que tuviese que embarcar a los pocos días. Me hubiera casado con ella otra vez. Su patetismo y la soledad del niño me impresionaron. El mundo está lleno de madres como ella y de padres como él, quienquiera que sea. Y de niños y niñas como aquél, a quienes, sin duda, Dios debe amar con especial cariño. Después del canto, lo que más deseaba era poseer una familia, quizá incluso antes que el canto. Es posible que pensase que, dada mi corta estatura, mi robusta salud y mis fuertes músculos, podía tener en el canto más probabilidades de éxito que en cualquier otra actividad. Aparte de músculos y salud, no tengo nada. Pero si con la primera mujer no me fue bien, con la segunda me fue peor.

— Recuerdo haber oído algo sobre ese matrimonio.

— Dos años de infierno. Volé a México y obtuve el divorcio. Te contaré por qué. Una noche estuve a punto de estrangularla. No te dejes engañar nunca creyendo que una mujer sencilla no puede ser tan perra o más que una guapa e inteligente. Comenzó por volverme casi loco, burlándose de mi voz, de mis clases de canto y de mi empleo. Hacía cajas para E. Y. Foley. Hacer cajas era lo único que me sentía capaz de realizar y que producía algún dinero. Se reía de mí con esas peculiares carcajadas que utilizan las mujeres estúpidas para escarnecer a sus maridos. Expresaba su odio a risotadas, un odio sincero, mezquino. Aguanté porque esperaba que se cansaría de todo aquello y que, al fin, tendríamos hijos. Una noche, Foley me pidió que me quedase a trabajar hasta más tarde que de costumbre. Tenía un cargamento de uvas negras de Málaga y deseaba cargarlas en el último camión refrigerador antes de la medianoche. Le dije que de acuerdo, que trabajaría hasta que el camión estuviese cargado. Nunca le he contado esto a nadie. ¿Cómo iba a hacerlo? Todo el mundo cree, especialmente mis padres, que la culpa del fracaso de aquel segundo matrimonio es mía. Cuando aquella noche regresaba del trabajo, me

detuve en el bar de Auggie para tomar un bocadillo de jamón y un vaso de leche. Al otro lado de las mesas de comidas, estaba el bar, lleno de golfos, charlando. «¿Qué me decís de la encantadora Annie, de Calaveras Avenue?» Risotadas. Palabras gordas. «¿Y de la patizamba Mary, de Mono Street?» «¿Qué opináis de la vertiginosa Dovey, de Maplewood?» Tenía en la boca un buen pedazo de pan y de jamón y me pareció que se convertía en basura.

No podía ni masticar. *La vertiginosa Dovey, de Maplewood*. Mi mujer se llamaba Dovey. Yo vivía en Maplewood. «¿Qué me decís de la vertiginosa Dovey, la maestra?» Mi mujer daba clases en la escuela. No conocía a ninguno de los que hablaban. Eran, simplemente, golfillos y vagos de la ciudad.

»Me levanté y me escabullí del local por temor a matar a alguien si permanecía allí un minuto más. Subí al “Chevy”<sup>3</sup>, que había comprado por ciento cincuenta dólares y lo puse en marcha. Al llegar a casa, saqué a mi mujer de la cama e intenté estrangularla. Ella sabía muy bien por qué. Comenzó a gritar y a suplicar y me contuve. Volví a subir al coche y viajé durante toda la noche hacia Los Ángeles. Al día siguiente cogí el avión para la ciudad de México. Lo único que de verdad seguía aún deseando era una mujer y unos hijos.

»Así, pues, esperé mucho tiempo, casi seis años, y me casé con Margaret. Tenía, más o menos, mi edad y dos hijos mayores. Renuncié a cantar ópera y a encontrar una mujer que me diese hijos propios, pero hice lo que pude para lograr ambas cosas. Por lo menos, no me quedé en casa comiendo los guisos de mamá.

Pasaron de la Calle 42 a la Quinta Avenida y llegaron al «Plaza».

– ¿Por qué no desayunamos mañana juntos? – propuso Zak.

– De acuerdo. Llámame en cuanto te despiertes.

– Será demasiado temprano. Te telefonaré hacia las ocho.

– Muy bien.

– Me alegra haberte ido a ver esta tarde – dijo Zak –. Ni siquiera sabía que estabas en Nueva York. Pero cada vez que vengo aquí llamo al «Great Northern» y pregunto por ti. Creo que en recuerdo de los viejos tiempos. Y esta vez estabas allí.

– Yo también me alegro de que me llamas.

Regresó al hotel. Se encontró con un recado de Laura. Marcó el número y sonó la voz de la mujer, diciendo:

– Estoy en un bar, frente al teatro. Aunque no suscitaste la cuestión, te llamo por si deseas que nos veamos para hablar de los niños.

– Parecen estar muy bien.

---

<sup>3</sup> Nombre con que se conocen en América los coches “Chevrolet”. – *N. del T.*

—Desde luego, lo están. Sin embargo, pensé que te gustaría saber qué hacen y todo lo demás. Si no te parece demasiado tarde, podrías venir aquí o ir yo al hotel.

—Lo que tú prefieras.

—Iré ahí, si no te importa.

Subió a su habitación y confeccionó una lista de asuntos que atender a la mañana siguiente. Resultó una lista bastante larga.

Se encontraba aún trabajando cuando sonó el teléfono desde la conserjería.

Cuando ella penetró en la habitación, exclamó:

—Es un lugar agradable, ¿verdad?

—Sí, lo es.

Laura se interrumpió unos instantes y, al fin añadió:

—Resulta algo patético. No puedo resignarme a verte en un lugar como éste. Es deprimente.

—Si vas a comenzar a sentir lástima por mí, ahórrate la molestia. ¿Estás llorando?

Lloraba amargamente.

—Bien —preguntó—, ¿qué te ocurre?

—Me siento desgraciada porque estás aquí, en un sitio como éste.

—Dime la verdad y ahorraremos tiempo. ¿Qué te ocurre?

—Es por ti. Ya no estamos casados. Tú no significas nada para mí ni yo significo nada para ti, pero tenemos un hijo y una hija y estoy harta y cansada de oír hablar a todo el mundo de ti como si estuvieras muerto o loco. Todo lo que oigo del padre de mis hijos son palabras compasivas, en lugar de lo que me decían antes de casarnos.

—Por favor, ¿quieres dejar eso? Dime lo que verdaderamente te preocupa.

—Me preocupas tú. Todo lo demás marcha perfectamente.

—Espero que así sea.

—Lo es.

—Bien, entonces alégrate por ello.

—¿Cómo voy a alegrarme por nada cuando tú estás viviendo en un lugar como éste?

—Vivía aquí hace veinte años. Y he vuelto porque es el único que estoy en condiciones de pagar.

—¿Qué pensará la gente cuando se entere de que te hospedas aquí?

—No me importa lo que puedan pensar.

—Creerán que estás arruinado, y no debes permitir que se enteren de ello.

Es un suicidio dejar que la gente sepa estas cosas. Mañana por la mañana tienes que trasladarte a «Hampshire House».

—Mira, te llevaré al «Morocco» y te sentirás mejor.

- ¿De veras podemos ir allí?
- Claro que podemos. Podemos ir adonde quieras. Hasta a tomar una botella de champaña en «Champagne Room» y, cuando te encuentres mejor, me contarás lo que realmente te preocupa.
- Puedo decírtelo ahora, a condición de que me lleves a algún sitio.
- Cuando quieras.
- Estoy mortalmente asustada. El tiempo pasa con una rapidez inaudita y no estoy llegando a ninguna parte. No es comedia lo que vamos a representar. Me siento vieja y desesperada. Y, por si fuese poco, verte en un lugar como éste... Bueno, creo que ha sido demasiado para mí.
- Olvídalo. Tus cosas marchan bien y yo hago exactamente lo que quiero.
- A pesar de ello, salieron apresuradamente de la habitación.

EL PORTERO DEL «MOROCCO» SALUDÓ A Laura por su nombre. El camarero jefe la llamó «querida» y ella se dirigió a él como Charles. El camarero parecía contento de verla. La gente de las mesas vecinas reconocieron su presencia agitando las manos o con una inclinación de cabeza.

– No es necesario que tomemos champaña – dijo Laura –, pero si quieres que lo hagamos y no llevas dinero puedo firmar un vale.

– Pagaré en metálico. A fin de cuentas, pienso beberme la mayor parte del dinero que llevo encima.

– Te gusta estar aquí, ¿verdad? Quiero decir, en Nueva York.

– No me atrae mucho. Comencé a venir a esta ciudad, poco después que tú nacieses.

– ¡Quién iba a decirlo! Tú tenías diecisiete años y estabas en California, cuando yo nacía en Nueva York, a más de cinco mil kilómetros de distancia. ¿Quién hubiese podido imaginar que un día íbamos a tener un hijo y una hija?

– Nadie.

Llamó al camarero.

– Una botella de champaña. Por favor, descórchela antes de traerla a la mesa. No puedo aguantar el ruido.

Al cabo de unos minutos, el camarero llevó a la mesa el cubo plateado con una gran botella en su interior.

Cogieron los vasos y probaron unos sorbos.

– ¿Cómo te encuentras ahora? – preguntó él.

– Perfectamente.

– Gracias al ambiente y al champaña, ¿no es así?

– Sí, a veces se me antoja que no creo más que en eso.

– ¿Lujo y vino?

– Sí.

- Es posible que tengas razón.
- Estoy segura de que la tengo. Lo he intentado todo. Sencillamente, el mundo no está hecho para mí. Me agrada estar en sitios como éste. Me gusta la gente. Me gusta hablar como lo hago ahora. Sin trabas, incluso ignorando la realidad.
- Es posible que tengas razón. Sin embargo, es caro.
- Las cosas baratas también resultan caras y carecen de atractivo.
- Hace falta disponer de tiempo.
- Sentarse y pensar también ocupa tiempo. Y, además, una se encuentra sola frente a la realidad. Es simplemente patético y no sirve para nada. No puedo aguantarlo.
- Es posible que tengas razón.
- Odio la realidad, aunque esto sea también real. Tan real como el dolor o la soledad.
- En efecto, es posible. Pero, en este momento, no me importa ni una cosa ni otra. A mí también me agrada este sitio, aunque reconozco que no es para mí.
- A ti te gusta todo lo difícil y penoso.
- Esto es penoso.
- Prefieres cosas aún más desagradables.
- No se trata de que yo prefiera o quiera. Las cosas son como son.
- No me atrae tu filosofía.
- Ya lo sé. Hablemos de los niños.
- Están muy bien.
- ¿Son reales? ¿Existen?
- Los dos son un sueño. Todo el mundo lo dice. No obstante, son reales, aunque, a la vez, sean también un sueño.
- Es posible que tengas razón. Pero no olvides que son dos niños tan ordinarios como otros cualesquiera.
- Mis hijos no son como los otros. Están hechos con pompas de jabón.
- Ya.
- Están hechos de risas y de alegría.
- Ya. ¿Cuánto tiempo va estar Elsa de viaje?
- Un año. O quizá se presente aquí mañana mismo. No lo sé.
- ¿Qué ocurrirá cuando regrese?
- Lo ignoro.
- Tenéis una hermosa casa en San Francisco. Os podría ser de utilidad.
- No lo sé.
- ¿No quieres escuchar a alguien que sí lo sabe?
- ¿A quién, por ejemplo?

– A mí, porque yo sé lo que es una casa grande, nueva y espaciosa, llena de cosas que ellos amarán. Me consta que si la vieses nunca podrían sentirse a gusto fuera de ella.

– Sabes que te consta, pero también a mí me consta lo que sé. Jamás me sentiría feliz allí.

– Y fuera de allí, ¿durante cuánto tiempo? Dime la verdad.

– ¿Qué pretendes que diga? Puedes coger a los chicos y llevarlos a San Francisco. Yo permaneceré en Nueva York.

– No quiero que me hagas concesiones, ni a ellos tampoco. Estamos en este club y te ruego que digas lo que sientes, sin contar con nosotros.

– En estos momentos, quiero quedarme en Nueva York.

– De acuerdo.

– No es que odie la casa de San Francisco. Es una bonita casa. Van disfrutaría allí de casi un apartamento para él solo. Rosey tendría un cuarto de estar y un dormitorio individual, aunque creo que compartiría su baño conmigo. Sin embargo, aquella ciudad me resulta el lugar más desagradable del mundo.

– La casa seguirá vacía. A veces, voy por allí, paseo por las habitaciones desiertas y regreso a mi apartamento.

– Nadie te impide instalarte en ella.

– La casa pertenece a los niños. La compré y la estoy aún pagando para que tuviesen un hogar.

– Quiero tener mi oportunidad.

– Ya lo sé.

– ¿Qué pretendes de mí? ¿Que permanezca sentada en una silla en San Francisco?

– Podrías estar de pie. Pasear. Ocuparte, como de costumbre, de todas las pequeñas cosas que te dé la gana hacer. Recuerda que fuiste tú quien me telefoneaste y me pediste que hablásemos de los niños. Eso es lo que estoy haciendo.

– Los niños están muy bien.

– Creo que hemos agotado el tema.

– ¿Qué te ocurre? ¿Te has enfadado?

– No, no estoy enfadado.

– Muy bien, si quieres enfadarte, puedes hacerlo.

– Sabes que hace ya mucho tiempo que dejé de enfadarme.

– No tengo la menor idea de lo que estás hablando.

– No lo dudo.

Llenó el vaso de Laura y después el suyo.

–El problema radicaba en que tú querías que yo hiciese el papel de la mujercita modelo.

–Probablemente.

–Pues bien, no fui la esposa modelo porque no puedo serlo.

–Ahora has obtenido un papel en una comedia de Broadway. Después de tres años de ir y venir a Nueva York, a veces sola, a veces con los niños, al fin se te ha presentado una oportunidad.

–Por favor, no seas malintencionado. Ya te he dicho que el papel es muy breve y que la comedia es deprimente.

–Y, por lo tanto, los niños viven como gitanos en el cuarto de estar de una casa ajena.

–De una casa que pertenece a mi tía. Es muy cariñosa conmigo y también con los niños.

–Todo el mundo es cariñoso contigo. Tú necesitas mucho afecto. Van no quiere estar en Nueva York y Kitty Delmonico coge el avión para llevarle a todos los partidos del campeonato del mundo. Van se reconcilia, al menos en parte, con Nueva York. También has tenido que buscar a alguien que se muestre cariñoso con Rosey para que se avenga a permanecer en esta ciudad.

–Puedes llevarte a los niños a San Francisco.

–Desde luego que no. Yo quiero que mis hijos estén siempre al lado de su madre.

–¡Es mucha nobleza por tu parte! ¿Cuánto dinero nos has enviado durante estos últimos tres meses?

–No demasiado. No olvides que tengo una infinidad de deudas por pagar, incluida la casa, incluidas las innumerables facturas de diversas tiendas por compras que hiciste durante el trámite del divorcio, incluyendo impuestos y recargos de demora, incluyendo honorarios de médicos tuyos y de los niños.

–Volverás a ser rico antes de que te des cuenta de ello. Si quisieras, podrías volver a ser rico mañana mismo.

–Si has acabado, te buscaré un taxi. Yo prefiero ir hasta el hotel a pie.

–Oh, no. Ya que estamos aquí disfrutemos de esto. Se está bien en este lugar.

–No tengo dinero para otra botella.

–Firmaré un vale.

–Cuando te manden la factura, ¿cómo la pagarás?

–Bah, nunca tienen prisa por cobrar.

–No, gracias.

–Aún queda un poco de champaña en la botella, ¿verdad?

–Un poco.

—¿Vamos a ser amigos, no discutir, ni pensar mal el uno del otro, ni enfadarnos, ni hablar de cosas fastidiosas?

—De acuerdo.

—¿Qué has estado haciendo últimamente?

—Escribir, desde luego. Creo que el libro que acabo de terminar puede tener buena salida en alguna de las revistas literarias importantes. Lo he mandado al director de una de ellas.

—Estoy segura de que lo contratará. ¿Con quién has salido?

—Con mucha gente, Cada vez con una chica distinta. Todas ellas tienen una historia que contar, generalmente desgraciada, y yo no puedo hacer nada por ayudarlas. La historia, por otra parte, es siempre la misma. Y tú, ¿con quién has salido?

—Con los de siempre. Yo salgo para reírme. He estado muy ocupada. Preparar una comedia para estrenarla en Broadway requiere mucho tiempo y mucha energía. Me encuentro tan cansada por las noches que sólo me quedan ánimos para coger un taxi y meterme en la cama. Nunca había trabajado en mi vida.

—¿La comedia no es buena?

—Absolutamente despreciable. Lo cual no quiere decir que no constituya un éxito. Por lo que a nosotros respecta, esperamos que lo sea.

Cuando la botella estuvo vacía, se levantaron y salieron a la calle.

Él buscó un taxi, y juntó su mejilla a la de Laura cuando ella se inclinó hacia delante para desearle buenas noches.

—Quedamos amigos, ¿verdad? —preguntó ella.

—Desde luego.

—No te preocupes por los niños.

—No lo haré.

—No te preocupes tampoco por el dinero.

—De acuerdo.

—Te encontrarás nadando en oro sin que te des cuenta.

—Lo único que deseo es poder pagar mis deudas para ser, simplemente, pobre.

—¿Vendrás a mi estreno?

—Sí.

—¿Y me enviarás el telegrama?

—Sí.

—Lo pondré en el espejo de mi camerino, como suelen hacer las grandes estrellas.

— Me parece muy bien.

—¿Volveré a tener noticias tuyas?

—Por favor, ve a casa, ¿quieres?

A Laura le costaba trabajo separarse de cualquier persona. Hubiese deseado permanecer para siempre sentada con él en el taxi y aplazar la separación. Él cerró la puerta del taxi y el chófer arrancó. Ella se volvió, saludó con la mano y le lanzó un beso.

«Bien, así acaba mi primer día en Nueva York —pensó—. He vuelto al “Great Northern”. Me he entrevistado con el agente del empresario. He cerrado un trato con Pipper para una comedia de televisión. He abrazado a Rosey. He sostenido una charla con Van. He cenado con ellos y con su madre en su casa de Nueva York. He charlado con Zak Avakian, después de no verle desde hacía casi veinte años. Mañana, por la mañana, desayunaré con él. Después, a las diez, iré a ver a Pipper. Ya no puedo aguantar la bebida. Es decir, sí puedo, pero no me produce la alegría de antes, y si beber no resulta alegre, ¿para qué seguir haciéndolo y para qué tirar el dinero? He llegado con setenta dólares en el bolsillo y me quedan treinta. No me he comprado un buen par de zapatos, como me había propuesto. Tampoco he comprado una corbata decente. He gastado cuarenta dólares en tonterías, en nada que pueda suponer una inversión. Cuarenta dólares equivalen al doble, desde el punto de vista de un inspector de impuestos. En un par de semanas ha malgastado usted mil dólares. En un año, treinta o cuarenta mil, sin que sepa usted decirme qué ha hecho con ese dinero. Había planeado llevar a Van a uno de los últimos partidos del campeonato del mundo, pero será mejor olvidarlo. Son las dos y media de la madrugada. El dolor de uno de los lados de mi cabeza ha desaparecido, pero me consta que ha sido por efecto del alcohol. ¿Cómo he logrado liberarme de mi dolor de cabeza? Probablemente paseando. Paseando despacio, al principio, y, después, con rapidez. Por el Bowery, a través de todo el Bowery, el hijo de un emigrante, en la actualidad diez años mayor que su padre, sigue en pie, caminando, sobre una nación joven y poderosa.»

Cuando llegó al hotel, encontró al conserje de noche y a la telefonista de noche trabajando juntos en los libros de contabilidad, mientras el ascensorista estaba sentado ante la mesa del portero, leyendo una novela ilustrada.

Recibió la llave del conserje y el ascensorista se levantó de su silla.

—Hola, Yep. ¿Cuándo has vuelto?

—Esta mañana, Tom. Te llamas Tom, ¿verdad?

Se metieron en el ascensor y el hombre hizo correr las puertas.

—Tomás. Como el santo. Nadie me dijo que habías vuelto. Entro en servicio a medianoche y nadie me dice nada. Sé por qué has regresado.

—¿Por qué?

—Por lo mismo que yo volví a La Habana, el año pasado. Para ver dónde había vivido antes. ¿Cuánto tiempo crees que estuve allí?

— ¿Dos semanas?

— Eso era lo que me había propuesto. Pero sólo aguanté dos días. Fui en barco y regresé en avión. Me senté en el avión y comencé a llorar.

El ascensor se detuvo y Tom abrió las puertas.

— ¿Que por qué lloré? Porque mi madre estaba tan vieja que ya no razonaba. Tenía más de ochenta años y yo seguía siendo su bebé. Mis hermanos me escribían todos los años. Por favor, ven a ver a mamá. Así que fui a ver a mamá. Ahora soy súbdito americano. Llevé regalos para todos, especialmente para ella. Y también hice acopio de una buena cantidad de mentiras. Estoy en el mejor hotel de Nueva York. Soy el director. Cuando volví a Nueva York estuve borracho durante dos semanas. Y después me incorporé al trabajo. Me puse el uniforme y me hice cargo otra vez del ascensor. Pocos días después llegaba un telegrama: «Mamá murió la noche pasada.»

Caminó por el largo pasillo hasta su habitación, se metió en la cama y se durmió.

DESPERTÓSE CREYENDO QUE HABÍA dormido durante mucho tiempo, pero sólo había transcurrido media hora.

«Supongamos que este dolor de cabeza no obedezca a causas psíquicas. Supongamos que la maquinaria que tengo ahí dentro está averiada e intenta arreglarse por sí misma, sin conseguirlo...»

Bebió dos vasos de agua fría, volvió a meterse en la cama y comenzó a leer la edición de las cuatro de la mañana de un periódico que había comprado al regresar al hotel. Buscó la columna de Winchell y la leyó, como solía hacer siempre que estaba en Nueva York. Los mismos nombres conocidos, los mismos cotilleos: amor, matrimonio, niños, infidelidades, divorcios, odio.

Leyó un reportaje sobre el segundo partido del campeonato del mundo y, después, los resultados de las carreras. Por último, apagó la luz y volvió a dormirse.

Cuando volvió a despertarse eran las cuatro y media.

«Todo el mundo toma pastillas. Quizá debiera tomar pastillas.»

Bebió otro vaso de agua y cogió otro periódico. Más cotilleo, pero los mismos nombres,

Se durmió una vez más con sueño inquieto y agitado. Primero, era un niño de doce años, corriendo por las calles de Fresno. Después, se vio viejo y caduco, caminando por San Francisco y más tarde, por Nueva York. Pronto, comenzó también a correr por las calles. Corría riendo. Después, dejó de reír. «No tengo más remedio que recuperarme. Mi sueño tiene que renovar mis fuerzas.»

Siempre había albergado alguna preocupación en su cabeza. Aquella constante inquietud era lo que le obligaba a correr. Lo que disipaba la

tranquilidad de su cerebro no era un dolor, sino una idea. Sin embargo, ahora parecía que todo se había convertido en dolor.

Al despertar, se acercó a la ventana y levantó el postigo veneciano. A través de los cristales, contempló el amanecer sobre Nueva York, encendió un cigarrillo y aspiró el humo. El dolor de cabeza continuaba, aunque menos intenso. El cigarrillo le alivió. «Psíquico. De otro modo, no mejoraría con el humo de un pitillo. Este verano, tendré a Van y a Rosey conmigo durante un mes. Vagabundaremos en el remolque. Cazaremos, pescaremos, veremos cosas nuevas, reiremos y hablaremos.»

Pidió a la telefonista que le sirviesen un café en la habitación, pero el servicio de desayunos no comenzaba a funcionar hasta las siete. Se afeitó, tomó una ducha y marchó a una cafetería, donde bebió dos tazas de café bien cargado. Después compró un bote de café en una tienda de ultramarinos, subió a su habitación, hirvió agua y tomó una taza más, mientras hojeaba las páginas del *Times* de Nueva York. Estaba leyendo la página teatral cuando llamó Zak.

— ¿Te he despertado?

— No, hace tiempo que estoy en pie.

— Vente y nos zamparemos un desayuno regio.

— Espérame en el quiosco de periódicos, dentro de cinco minutos.

Se encontró a Zak mostrando una piedra a la mujer que trabajaba en el quiosco.

— Miss Englantine — dijo Zak —. Tengo el gusto de presentarle a Yep Muscat.

— ¿No será el...?

— El mismo — aclaró Zak.

— Bien, es una sorpresa inesperada. ¿Se hospeda también en el hotel?

— No, estoy en el «Great Northern».

— ¿Habla usted en serio?

— Sí.

— Perdone. Nunca sé distinguir si la gente me toma el pelo o no. Me entusiasmó *Jack, the Fake*<sup>4</sup>. La leí dos veces.

— ¿De verdad? ¿Por qué?

— Jack está tan loco y es tan diferente del resto de los personajes de otras novelas, que resulta sumamente divertido., Nunca he leído nada escrito con tanta sinceridad y, al mismo tiempo..., sí, tan intencionado. ¿Pretendió usted que el libro causase esa impresión?

— Sí, creo que sí.

— A pesar de comportarse como un sinvergüenza, no me sentía con fuerzas para odiarle. Si algún día encontrase en mi vida real a un hombre como Jack,

---

<sup>4</sup> Jack, el falsario. — *N. del T.*

estoy segura de que le odiaría, pero en el libro me resultaba atrayente hasta inspirarme amor. Una mujer detrás de otra. No recuerdo haber leído nunca nada tan gracioso como la escena de su séptimo matrimonio, en la que empieza a flirtear en la misma ceremonia con la madre de la novia, con su hermana y con la damita de honor de trece años.

— Jack no flirteaba. Eran las mujeres quienes lo hacían. Las mujeres sienten cierta tendencia a provocar a un hombre próximo a casarse.

— No capté ese matiz. No obstante, toda la ceremonia de la boda estaba escrita para divertir al lector, ¿verdad?

— En cierto modo, sí. ¿Qué le parece este pedrusco?

— Está lleno de uranio — dijo la mujer.

— Hace veinte años, hubiese tenido el valor que le da su aspecto.

— De acuerdo con los cálculos realizados por los geólogos del Gobierno — informó Zak —, poseo en mis minas más de diez millones de toneladas brutas de este mineral. ¿Os dais cuenta de lo que significa?

— Entre nosotros, Zak, quizá llegue a significar que tenemos dinero suficiente para comprar un paquete de cigarrillos a Miss Englantine.

— Yo no fumo — dijo Zak.

Yep cogió un paquete de «Chesterfield» y entregó a la mujer una moneda de veinticinco centavos.

— Son treinta centavos, en el «Plaza».

— El «Plaza» bien lo merece.

Le entregó otra moneda de diez centavos.

— ¿Quiere cerillas?

La mujer le ofreció una caja de cerillas.

— Si le traigo un ejemplar de *Jack the Fake*, ¿vendrá usted a firmármelo?

— Sí.

— Es usted mi escritor americano preferido.

— Me enorgullecen sus palabras. ¿Qué escritor francés goza de su predilección?

— No sé francés.

— Hay traducciones.

— Yo sólo leo los autores de la vieja y buena USA.

— ¿Qué otro autor le gusta?

— Gunther.

— Se lo diré cuando le vea.

— ¿A Estella Gunther?

— Oh...

— Es autora de novelas sobre ciencias ocultas.

— Bueno, mañana pasaré por aquí y le firmaré el libro.

– ¿De veras, lo hará?

– Desde luego. Zak, ¿por qué no firmas en esa piedra y se la regalas a Miss Englantine?

– Me gustaría hacerlo – se excusó Zak –, pero a las diez tengo una cita en Wall Street y he prometido enseñarle el pedrusco a Mr. Weber.

– Paine, Weber, Jackson y Curtis.

– Max Weber.

– ¿Quién es?

– Ingeniero, especialista en minería.

Pasaron al comedor que daba al patio del «Plaza», con su jardín, su fuente, y los pequeños carritos tirados por poneys, cuyos cocheros, formando un grupo, charlaban y fumaban sus pipas.

– Vamos a comer como millonarios – dijo Zak.

– Entonces tendríamos que tomar una taza de café con sacarina.

– No. Un buen filete.

– De acuerdo. No acostumbro a tomar nada sólido para desayunar, pero, de ahora en adelante voy a hacerlo.

– Es mi comida favorita del día.

Se acercó el camarero con dos grandes menús en la mano.

Pidieron lo que deseaban, sin ni siquiera mirar la minuta. El camarero tomó nota en su bloc y se marchó.

– No he logrado pegar el ojo esta noche. ¿Tú duermes bien?

– Como un niño – dijo Zak.

– ¿Tres horas? ¿Cuatro?

– Seis, siete, ocho y, a veces, nueve o diez.

– ¿Seguidas?

– Naturalmente, seguidas. ¿Cuánto duermes tú?

– La única vez que he dormido ocho horas seguidas fue cuando me extirparon el apéndice, hace más de veinte años.

– Te estás perdiendo una de las cosas mejores que tenemos en este mundo. Sólo recuerdo haber tenido dificultades para dormir cuando estuve a punto de estrangular a mi segunda mujer.

– Eres un ser afortunado.

– ¿Cómo puedes pretender dormir bien si estás fumando y tomando cafés continuamente? El cuerpo humano no está constituido para aguantar tantas ponzoñas.

– No lo sé.

– Elimina el café, el tabaco y la bebida y dormirás bien.

– No, no es eso. Me estoy volviendo viejo, sencillamente.

– Tienes el mismo aspecto de siempre.

– Pero no me siento como siempre.

– ¿Cómo solías encontrarte?

– Era un entusiasta de todo.

– Ser entusiasta de todo me parece excesivo – dijo Zak –. ¿Por qué no te limitas a sentirte entusiasta de ciertas cosas?

– ¿Qué cosas?

– Bien, ¿qué pasa con tus niños? Es posible que no te des cuenta de lo afortunado que eres. Ya sabes que los conocí un día, ¿no? Llevé a mi madre a casa de la tuya, en San Francisco, y los niños estaban allí. Entonces, el chico sólo tenía cinco años y la niña tres, pero era un verdadero espectáculo verlos. Creo que nunca he visto dos niños como aquellos.

– ¿Estaba también su madre?

– Sí estaba allí, Si quieres saber mi opinión acerca de ella, es inmejorable. Hay que aprender a valorar a una mujer capaz de producir niños como los tuyos. Pero también en otros aspectos me causó buena impresión. Totalmente distinta a aquella loca Juanita y a la estúpida de Dovey. Esas dos mujeres me hicieron sufrir mucho. ¿Sabes que hasta llegué a tomar dos copas, mientras estuve en México?

– No, no lo sabía. ¿Cómo te sentaron?

– Me mareé como un perro. Cuando éramos niños, cada vez que fumaba un cigarrillo para hacerme el hombre, vomitaba. La única vez en mi vida que fumé un puro me puse verde. El cuerpo humano no está constituido para esos venenos.

– Mi cuerpo humano no puede prescindir de ellos.

– Podría, si le dices una oportunidad. Tu aspecto es magnífico.

– No puedo dormir. No disfruto de la vida en la medida en que debiera hacerlo. Siempre estoy atosigado y con prisas. Es absurdo.

– Averigua la causa.

– Perdí el autobús.

– ¿Qué autobús?

– El mío propio, el intransferible, el que debía haber tomado.

– Estás loco. Estás loco, como siempre. Más loco que nunca. Nunca has perdido ningún autobús. Lo cogiste. Y no solamente viajas en él, sino que lo conduces. Lo tienes todo y aún te muestras insatisfecho. Igual que cuando eras niño. Tómate unas vacaciones.

– Esta madrugada, cuando no podía dormir, pensaba precisamente en eso. Siempre pienso lo mismo cuando no puedo dormir. Pero al levantarme, comienzo a recordar todos los problemas que aún tengo pendientes y llego a la conclusión de que no puedo descansar ni un solo día.

—Sabes que nunca fui muy partidario de la Iglesia —dijo Zak—, pero creo que, a fuerza de trabajar, has perdido la religión. Vuelve a ella.

—En este punto tienes razón. Mi metabolismo ha prescindido del amor. ¿Es eso a lo que te refieres al hablar de religión?

—Sí, al amor y a la salud. Tienes que dejar de fumar cigarrillos. Tienes que respirar aire puro y cristalino para limpiarte los pulmones.

—Cigarrillos... —repitió Yep.

—Tienes que dejar de tomar café. ¿Qué le pasa al agua? El agua fresca es excelente. ¿Para qué tiene que probar nadie el vino y el whisky?

—Supongo que tienes razón. ¿Desde cuándo eres un fanático de la cultura física?

—No soy ningún fanático. Piensa en ello un minuto. ¿Dónde vivimos? Vivimos en el interior de una pequeña casa llamada cuerpo humano. Esta casa puede ser un palacio o puede ser una choza inmunda. Nadie tiene derecho a esperar que el alma sea feliz en el interior de una choza llena de emanaciones mortíferas, ¿verdad?

—Eso parece.

—Si no eres capaz de pegar el ojo por las noches, debes comenzar a revisar tus modos de vida desde el principio.

—Es lo que intento hacer continuamente.

El camarero llegó con los filetes y disfrutaron de un desayuno apetitoso. Después, cada uno por su lado, marcharon a sus ocupaciones.

CAMINÓ POR MADISON AVENUE, EN dirección a «El mundo vivo», para entrevistarse, a las diez, con Pipper.

«Desayunar fuerte me hace daño —pensó—. Me encuentro adormilado. No puedo prescindir del café.»

Algunos de sus dientes, que le habían estado molestando durante años, despertaron de su letargo y comenzaron también a doler.

En cierta ocasión, hacía más o menos un año, aquel dolor se había mantenido constante una semana. El domingo, la parte derecha de su mandíbula inferior se había inflamado. Y el lunes, el dentista le había examinado los dientes y diagnosticado que todos ellos estaban vivos y que no existía razón para extraerlos. Desde entonces solía empujar con la lengua contra los dientes, como si quisiera echarlos de la boca. Ahora volvían a molestarle, aunque parecían estar ya muertos.

«Iré a ver al doctor Levy.»

Pipper estaba en su despacho, esperándole. Al verle entrar, saltó de su silla.

—Me alegro de verte, Yep. Les he dejado a todos esperando en la sala de conferencias, porque he creído mejor que tú y yo cambiásemos impresiones antes.

—De acuerdo.

—Anoche leí otra vez tu comedia. Es decir, la leí por sexta o séptima vez. Siempre me gusta más.

—Yo todavía no la he leído.

—Creo que ya tengo al muchacho que interpretará al protagonista. Pero ya hablaremos luego de eso. Lo que deseo es que ahora me confirmes que son diez mil en total. ¿Es así?

—Es así.

—Bueno. ¿Estás decidido a que se lo lleve todo el inspector de impuestos?

—Estoy arruinado, pero así lo deseo.

—¿Por qué?

—Han estado jugando conmigo a policías y ladrones durante demasiado tiempo. Les he estado diciendo años y años que el primer contrato que obtenga por algo más que unos cuantos cientos de dólares, lo cobrarán ellos íntegramente.

—Es una tontería, Yep.

—No, no lo es. ¿Quién hay en la sala de conferencias?

—Están todos.

—¿También Ted Hack?

—Ted murió hace tres meses de un ataque al corazón. ¿No lo sabías?

—No, no lo sabía. Aún no había cumplido los cuarenta, ¿verdad?

—Treinta y nueve.

—¿Qué le pasó?

—¿Quién puede saberlo? Trabajaba mucho, es cierto. Pero he visto trabajar a otros todavía más. Yo trabajo mucho. He trabajado como un negro desde que tenía once años. Imagino que tú también.

—Yo empecé vendiendo periódicos, antes de cumplir los ocho.

—De lo cual debe hacer por lo menos cuarenta años, ¿no?

—Sí.

—Y aún te encuentras fuerte.

—Voy tirando, pero dudo que me encuentre muy fuerte. He pasado una noche muy mala y ahora me duelen los dientes de la mandíbula inferior que estoy seguro de que están muertos desde hace años.

—Los dientes son criminales. Yo tengo las muelas llenas de puentes. Una petición más, Yep. Dame un poco de beligerancia, ¿quieres?

—¿Acerca de qué?

—No te muestres muy exigente sobre los detalles de la obra. Reparto, música, decorados y todo lo demás.

—Pienso exigir todo lo que requiere la obra.

—Naturalmente. Y te ayudaremos a conseguirlo. Pero no provoques discusiones ni escenas. Es posible que ignores que posees una voz fuerte y que incluso cuando hablas con calma y estás tranquilo, todo el mundo imagina que te encuentras irritado. Ellos no te conocen, pero yo sí. Lo único que te ruego es que bajes un poco la voz. Ten paciencia. Sabes que soy tu amigo. Tengamos paz y tranquilidad.

—Eso de mi voz potente es una idiotez. Me limito a hablar claro, eso es todo. Uno tiene que hablar claro, a menos que se resigne a reconocer que ignora de lo que habla. Yo no discuto de metafísica y, por lo tanto, hablo claro siempre, en especial cuando trato acerca de mi trabajo y defendiendo mi dinero o mi arte.

—Ahora mismo pueden estar oyéndote en la sala de conferencias.

—¿Y qué? Aquí me tienen. He venido desde San Francisco para hablar, no para susurrar palabras amables. ¿Qué importa, por lo tanto, si me oyen?

—Creerán que estás molesto. Compréndelo, Yep. Cada año hay aquí gente nueva, y si no corriges tus modales puedes producir la impresión de que estás acabado y que por eso te niegas a hacer concesiones y a congeniar con nadie. Yo sé que no estás acabado.

—Gracias por tu confianza. Comenzaba a asustarme.

Pipper estalló en carcajadas.

—Bueno —dijo—. Creo que pasaremos por alto la lectura. Estoy preocupado por mi propio prestigio. Considero esta obra como si fuese mi hijo. Insistí ante ellos para que te reintegrases a nuestros programas. Todos opinaban que eras demasiado caro y que provocabas continuas discusiones. Aún así, insistí. Incluso llegué a amenazarles. Les dije que me iría. Sí, es verdad, que me iría. Quería tus obras y te diré por qué. «El mundo vivo» las necesita. Era una especie de juego de azar, pero estaba convencido de que enviarías algo que valiese la pena, y lo has hecho. Vamos.

La conferencia duró una hora.

Escuchó en silencio, lo cual significó para él un serio esfuerzo, porque la conversación resultó anodina y sin interés. Después, comenzó a hablar con absoluta desesperanza, quizá para evitar morir de aburrimiento, y fue escuchado. Cuatro hombres, además de Pipper y él y dos mujeres. Otros dos hombres y otras dos mujeres estuvieron también presentes durante varios minutos y después se marcharon. Todos los que tomaban parte en la conferencia habían pasado por las grandes universidades del Este. Algunos habían sido educados en colegios ingleses y de otras naciones europeas.

Formaban un conjunto de gente agradable, metódica, constante, rutinaria y aburrida.

Sin embargo, dirigen el mundo — pensó mientras hablaba—. Son miembros de las clases privilegiadas que gobiernan el mundo. Son los que hacen las grandes obras de caridad, las grandes reformas, los que edifican los grandes hospitales y asilos. Actúan con lentitud y constancia, con la ayuda de secretarios, contables y recepcionistas. Y logran sus objetivos. Obtienen un éxito tras otro. Se reúnen, cambian impresiones y cada uno de ellos va progresando, siempre con la colaboración de empleados, mecanógrafas y chicos de recados. Trabajan en bonitos despachos situados en edificios hermosos, y realizan su actividad de acuerdo con métodos y sistemas tradicionales. Tienen sentido de los procedimientos formales. Hacen toda clase de negocios, producen riqueza y llegan a culminar transacciones fabulosas que, en definitiva, de nada sirven, resultan totalmente inoperantes.

Después de la conferencia marchó al hotel, subió a su habitación y encontró a la vieja camarera irlandesa acabando de arreglar el cuarto. Comenzó a darse prisa, pero él le dijo:

— Por favor, no se apresure.

Se sentó ante la mesa escritorio. La mujer concluyó de pasar el aspirador por encima de la alfombra desteñida y salió al pasillo. Al cerrar la puerta, dijo con suavidad:

— Gracias, muchas gracias.

Examinó el correo que le había llegado desde San Francisco. Facturas, cartas de lectores, maestros, estudiantes y la invitación de una universidad, proponiéndole una conferencia sobre el arte creativo literario por 250 dólares. Se echó encima de la cama y cerró los ojos. Se había adormilado, pensando en Zak y en sí mismo jugando en el huerto de albaricoques y melocotones del padre de Zak, cuando sonó el teléfono.

Era el agente literario Harry Langley.

— Espero no haberte despertado.

— No.

— ¿Qué te parece si el miércoles, a las diez, nos viésemos en la oficina de Zamlock?

— ¿Por qué no hoy?

— He pensado que quizá te gustaría pensar unos días acerca de la obra. Algo específico, con un principio, un nudo y un desenlace. Es decir, tenerlo todo preparado para soltárselo a él.

— ¿Para qué?

— Estos hombres de negocios quieren saber exactamente lo que van a obtener a cambio de su dinero.

– ¿Y por qué no dejarle que se entere hoy, en lugar del próximo miércoles?

– He creído mejor...

– Si prefieres que le telefonee yo, lo haré con mucho gusto.

– Oh, no. Por favor, no lo hagas. Deja que hagamos nosotros todos los trámites. ¿Tiene que ser hoy?

– ¿Hay alguna razón para que no lo sea?

– Bueno, yo creía que necesitarías algún tiempo para pensar en la proposición de Zamlock. Y debo añadir que en los muchos años que llevo como agente literario nunca me he encontrado con una tan generosa.

– Ignoro cuál es su proposición. Por eso, precisamente, me gustaría verle.

– Créeme, es una proposición fantástica.

– Mira, hablamos ya mucho ayer acerca de todo esto. Quizá pueda significar algo para ti, pero para mí no supone absolutamente nada. He venido hasta aquí para ver a ese hombre y examinar la posibilidad de un acuerdo en la oferta que ha de presentarme en forma de contrato. Vamos, pues, a verle.

– No sé si se encontrará ahora en su oficina. Le llamaré. A lo mejor está fuera de la ciudad.

– Si está fuera de la ciudad, llámale adonde haya ido. Él, que hace dos meses, quería que cogiese el avión para Nueva York, puede regresar a la ciudad en menos de dos horas.

– Le telefonaré y luego te llamaré de nuevo.

Cerró de nuevo los ojos, pero en esta ocasión no apareció el huerto de albaricoques y melocotones, sino que retrocedió aún más en el tiempo y en el espacio. Debía de contar apenas ocho años. El lugar era una pradera de amapolas y otras florecillas silvestres, blancas, azules y rojas. La más pequeña de sus hermanas, que tenía trece o catorce años en aquel entonces, y sus dos mejores amigas, una de ellas una chica asiría y la otra una prima lejana, les habían llevado a él y a Joe, al hermano pequeño de la asiría, a dar un paseo, con los pies descalzos, a primera hora de la mañana. El plan de las muchachas era coger amapolas y después intentar venderlas, a diez centavos el ramillete. Los niños tenían que custodiar a las chicas, ayudarlas a recoger las flores y devolverlas a sus casas sanas y salvas. A las muchachas se les había metido, de pronto, en la cabeza que las amapolas podían recogerse y venderse.

Las chicas hablaban, reían y cantaban canciones californianas. Incluso llegaron a bailar. Imitaban a las coristas que habían visto en el cine y levantaban las piernas como ellas lo hacían. Joe se puso también a imitar a las chicas remedando a las coristas, y Yep tuvo que tumbarse sobre las amapolas, muerto de risa. Fue un momento en la mañana del mundo, de luz intensa y brillante, de colorido inusitado, de perfumes embriagadores de amapolas y de flores silvestres.

¿Dónde estarán ahora?

Su hermana tenía cuatro hijos casados. Hacía quince o veinte años, alguien le contó que Joe se había matado en un accidente de automóvil. La hermana de Joe se había casado con un pintor de brocha gorda de San Francisco, se había divorciado de él y regresado a su casa con sus dos hijos. La prima lejana habitaba en Chicago, donde ejercía de enfermera. En los últimos veinte años le había escrito en diversas ocasiones. ¿Me recuerdas? Desde luego, él la recordaba muy bien. Una muchacha seria y de expresión grave, incluso cuando reía.

Langley le volvió a llamar:

– Zamlock dice que elijas el lugar y la hora – le dijo.

– Ahora mismo en su oficina.

– Es mediodía, Yep.

– ¿Y qué?

– ¿Quieres comer con él?

– No, pero si desea tomar un bocadillo sentado ante su mesa de despacho, puede hacerlo con toda libertad.

– Entonces, ¿ahora mismo?

– Tardaré diez minutos en llegar allí.

– ¿Qué te parece, entonces, a las doce y media?

– Muy bien. A las doce y media.

– Yep, ¿puedo decirte algo?

– Desde luego.

– No te dejes llevar por la primera impresión.

– ¿Qué quieres decir?

– Zamlock no es de la clase de personas con las que tú te asociarías. No es un escritor.

– No me asocio con escritores. Tampoco me preocupo demasiado de mis relaciones con los lectores.

– Quiero decir que es un hombre de negocios de escasa sensibilidad.

– Nunca había imaginado que poseyese talento artístico.

– La primera vez que le vi no pude aguantar su presencia. Sin embargo, cuando se le conoce un poco no resulta tan mal. Quiero decir que no te limites a echarle una mirada y a sacar conclusiones lamentables. Lo que intento hacerte comprender es que se trata de un asunto importante y que todo depende de ti.

– A las doce y media.

– Nos veremos allí.

Quiso hablar con sus hijos por teléfono, pero la niña estaba en el colegio y el chico había ido, en compañía de Kitty Delmonico, al tercer partido del campeonato del mundo. Mantuvo una breve conversación con Miss MacDougal.

—¿Quiere que les diga que le llamen todos los días tan pronto como regresen a casa? —preguntó la mujer.

—No. Sería imponerles una obligación, pero sí me agradecería hablar con ellos siempre que siento el impulso de llamarles. Como es lógico, los tengo presentes con cierta frecuencia. Cuando disponga de tiempo libre, me propongo ir a buscarles para salir juntos. No creo que haya inconveniente en ello.

—Desde luego, no lo hay. Estarán encantados.

Se anudó la corbata y salió para entrevistarse con el millonario.

SALIÓ DEL HOTEL POR LA PUERTA DE LA Calle 56 y caminó lentamente, sin dejar de pensar en la pradera cubierta de amapolas.

Nunca había conocido a fondo a Joe. No habían sido amigos íntimos. Se conocieron accidentalmente, gracias a la intervención de sus hermanas y a la extraña idea de éstas de recoger amapolas y venderlas en ramilletes. Sin embargo, gracias a aquella memorable mañana, que él jamás hubiese llegado a creer que fuese a tener la menor importancia, Joe se había convertido en parte integrante de su vida: un chico moreno, de diez u once años, que constituía una nueva especie de americano capaz de hablar un idioma casi olvidado, un chico de cuya boca salían palabras extrañas y divertidas y que imitaba a su hermana, agitando las piernas en el aire sobre las rojas amapolas, como si con aquella actitud estuviesen ambos diciendo adiós a un mundo y saludando a otro. Un mundo de altibajos, en el que se recogían amapolas y después se vendían, en el que se planeaban cosas prácticas, incluso con flores, en el que solamente se pensaba en hacerse rico, en obtener dinero y en ser, a la vez, algo hermoso, alegre y danzante.

—Éstas son ellas —decía Joe—. Mira, éstas son ellas.

Y levantaba las piernas como lo hacían las chicas, y las chicas se detenían para observarle y reír.

—Van a ser actrices de cine —seguía diciendo Joe—. Van a ser como las bailarinas de las películas que beben vino en los zapatos. Sólo que, por ahora, no tienen zapatos.

La hermana de Joe reía sin cesar.

—Tenemos zapatos, Joe, pero preferimos no llevarlos.

—Vuestros pies son demasiado grandes —exclamaba Joe, rompiendo en carcajadas.

Joe iba un curso más adelantado que él en la escuela y, por lo tanto, nunca tuvieron oportunidad de bromear juntos, como solía hacerlo con sus compañeros de clase. Un chico se colocaba a un extremo de la clase, y otro en el otro extremo —quizás él mismo y Zak—, y se pasaban el día entero gastándose bromas, a espaldas o ante las narices de la maestra que no sabía qué hacer con

aquellos niños venidos del otro lado del mundo y que parecían ser todos unos consumados burlones. Llegaban incluso a reírse el uno del otro. Él se reía de Zak cuando éste cantaba, y Zak le tomaba el pelo cuando caía en sus manos alguno de sus escritos.

Zak se había comportado siempre con cierta presunción. Su risa gutural adquiriría un tono de falsete como si intentase imitar la voz de Caruso. Sus buenas maneras y sus cumplidos hacia gente totalmente extraña entrañaban un evidente fingimiento, como si quisiese poner de manifiesto que siempre había algo en su personalidad que guardaba celosamente para sí mismo, un plan futuro y ambicioso que sólo él conocía, aunque esos proyectos pareciesen haber sido siempre inútiles. Su amabilidad con la gente rayaba en la extravagancia y tenía como único fin el deseo de ser recordado como un chico agradable y poder recurrir a los conocidos, en caso de que algún día pudiesen resultarle de utilidad.

Durante el desayuno, Zak había dicho:

—No puedes hacerte una idea de las maravillas y los tesoros que vamos a proporcionar a la Humanidad, gracias al uranio y mediante la energía y la fuerza de la fisión nuclear.

—No, no tengo la menor idea, aunque estoy seguro de que algunos van a hacer mucho dinero.

—Miles de millones.

—El dinero apesta.

—Sin embargo, tú lo persigues como un loco.

—Sí, y al mismo tiempo persigo cinco o seis cosas más.

—Juegas y ganas.

—Algunas veces.

—Recuerdo aquellos tiempos de San Francisco, cuando los dos estábamos completamente arruinados y te pusiste a trabajar a pico y pala. Después de estar sudando más de una hora, lograste un dólar y lo apostaste a un caballo en las carreras y el caballo ganó. ¿Quieres que te diga el nombre de aquel caballo? *Panther Rock*. Quizá lo hayas olvidado. Yo nunca lo olvidaré. Obtuviste diez dólares por uno que habías ganado con el pico. Después de aquello estuvimos un mes con dinero en el bolsillo, gracias al juego. Sencillamente, no podías perder. Aquel mes vivimos como Lores. Teníamos dieciocho años, ¿recuerdas?

—Recuerdo.

Llegó al edificio de la Quinta Avenida a las doce y treinta y cinco. Era un inmueble viejo y descuidado, con un ascensor destartado y un ascensorista que parecía empeñado en hablar a gritos con alguien situado en el último piso. Mientras subía el ascensor, recordó la historia que Zak le había contado durante aquel mes en que vivieron como reyes en San Francisco. El padre de Zak había

recibido una carta de uno de sus tres hermanos, un sastre de Long Beach, que se encontraba en situación apurada.

«Mi querido hermano Khatchik – había escrito el sastre, en armenio –. Esta carta no va dirigida a ti. Es para nuestro hermano Hagop, pero la he metido en este sobre por equivocación. Necesito dinero con desesperada urgencia. Mi mujer y mis seis hijos carecen de alimento y vestidos. No sé a quién dirigirme en solicitud de ayuda. Me siento avergonzado al pedirte dinero. Y por ese motivo lo pido a nuestro hermano Hagop, aunque haya metido la carta en este sobre por equivocación. Tu hermano que te quiere, Antranik.»

La oficina de Zamlock estaba en el último piso del viejo edificio. El piso consistía en un pasillo al que, aparentemente, sólo podía llegarse en ascensor. Había dos o tres habitaciones pequeñas en uno de los extremos, y en la fachada que daba a la Quinta Avenida una sala de espera, un despacho para la secretaria de Zamlock y, finalmente, la oficina del mismo Zamlock, que era bastante amplia.

Larry Langley y su hermano mayor, Walter –o Walt, como prefería que le llamasen–, se encontraban junto a la puerta abierta, esperándole. Le saludaron con innecesaria afectuosidad, sin duda con objeto de impresionar a Zamlock y dar la impresión de que los agentes literarios comprendían a los escritores y sabían cómo llegar a un acuerdo con ellos. Después, Langley, con cierto formalismo, le presentó a Zamlock. Zamlock era un hombre de mediana estatura, de unos treinta y cinco años, más bien grueso, un poco cargado de espaldas, de cabeza y facciones grandes, lento de movimientos y de palabra, pero de gran viveza interior.

– Espero que haya tenido un buen viaje a Nueva York – dijo Zamlock –. ¿Quiere que ordene a Miss Aronson que le traiga un bocadillo, o un café, o cualquier otra cosa?

– No, gracias.

– Imagino que un viaje en tren debe de producir una considerable cantidad de ideas.

– Más bien unas pocas.

– Larry y Walt me han dicho que está usted entusiasmado con mi proyecto de poner en escena una comedia.

– Siempre abrigo esperanzas respecto a lo que voy a escribir.

– Creo que un hombre es afortunado si le gusta su trabajo. Yo disfruto con el mío.

Larry Langley decidió intervenir en la conversación.

– Y yo puedo asegurarles, señores, que el mío me entusiasma, especialmente cuando me permite presenciar el primer encuentro de dos hombres de inteligencia privilegiada.

—Lo mismo digo —confirmó Walt, con rapidez.

—Mi talento es puramente práctico. Soy un hombre de negocios —dijo Zamlock.

—Me gustaría poder afirmar lo mismo —comentó Yep—, pero creo que un escritor con inteligencia práctica no se molestaría en escribir. La profesión de escritor está basada en una inclinación innata hacia el juego, con grandes probabilidades de perder. Sin embargo, no me importa. Es un precio que pago con satisfacción a cambio de mi libertad y de escribir solamente lo que quiero o debo escribir.

—Seguramente habrá usted escrito, de vez en cuando, algo con el único objeto de salir de deudas o de hacer dinero —dijo Zamlock.

—Muchas veces he deseado hacerlo, pero no me ha sido posible.

—Después de tantos años, me cuesta trabajo creer que no haya adquirido la suficiente experiencia o habilidad para escribir algo que responda a un propósito determinado.

—No, temo que aún no poseo esa experiencia ni esa habilidad.

—No puedo creerlo.

—Es la verdad.

—¿Qué me dice de *Los vagabundos*? Estoy convencido de que la escribió para ganar dinero.

—No fue así. Comencé aquella obra creyendo que iba a ser una comedia ligera, acerca de un grupo de gente reunido en la sala de espera de una estación de una pequeña ciudad, sin que ninguno de los protagonistas tuviese intención de ir a ninguna parte. Se limitarían, simplemente, a permanecer sentados en los bancos. Sin embargo, a medida que la iba escribiendo, la obra adquirió otro sentido.

—Me gustaría que escribiese una comedia para mí —dijo Zamlock.

—Estoy aquí para intentar satisfacer sus deseos.

—Quiero una gran obra. Algo importante. Una comedia entretenida, de acción, capaz de satisfacer al gran público y no sólo a los *intelectuales*. Una obra que produzca dinero.

—Creo que es posible escribir una obra semejante.

—Si alguien puede hacerlo, en mi opinión es usted.

—Podría intentarlo, pero no puedo asegurarle nada. En cualquier caso, usted ya sabe que desearía examinar el contrato que me ofrece.

—¿El contrato? —Zamlock miró a los dos hermanos.

—Sí, Mr. Zamlock —dijo el hermano menor—. Yep quiere conocer las condiciones del contrato antes de comenzar a escribir la obra.

—¿Cuánto tiempo tardará en escribirla? —preguntó Zamlock.

—Quizá me cueste un poco empezar. Sin embargo, una vez en marcha no tardaría mucho.

—¿Seis meses, después de haber empezado?

—No, no tanto. Probablemente unos seis días.

—¿Cuánto tardó en escribir *Los vagabundos*?

—Seis días. Como norma general, una vez empezada la obra procuro concluirla siempre en el plazo máximo de seis días.

—Sé de gente que trabaja con rapidez, pero nunca creí posible tal velocidad.

—Ha habido escritores aún más rápidos. Por otra parte, escribir tiene muy poco que ver con el tiempo y la velocidad. Es, principalmente, cuestión de saber concentrarse. Si un autor tarda una semana en escribir una obra y un año en escribir otra, en ambas existe la misma cantidad de concentración, la suficiente para crear una obra nueva. Yo me aburro en seguida y no puedo tener una comedia inacabada durante mucho tiempo.

—La otra noche estuve leyendo *Los vagabundos* —dijo Zamlock—. ¿Sabe qué defecto encuentro en esa comedia?

—Sí, lo imagino.

—Que todos los personajes sienten, de repente, que están muertos o poco menos que muertos. Eso hiere. No sé cómo expresarme. La felicidad me parece mejor que la tristeza.

—No conozco mucho de la una ni de la otra. Es posible que ni siquiera sepa distinguirlas. Por ejemplo, opino que todos los personajes de *Los vagabundos* son felices.

—Y lo son —dijo Zamlock—. Pero son pobres, son sucios, no tienen absolutamente nada que hacer ni a dónde irse ni en qué pensar. Eso hiere. Quiero que la primera comedia que yo produzca no resulte dolorosa.

—Cualquier cosa puede herir a alguien.

—Yo creo en la felicidad.

—Me parece muy bien.

—La felicidad es buen negocio.

—Sí, lo es.

—¿Cuánto tiempo cree que tardará en prepararse para empezar a escribir mi obra?

—Si los términos del contrato los encuentro conformes, estoy dispuesto a comenzar inmediatamente.

De nuevo, Zamlock dirigió una mirada a los hermanos, como dando a entender que aquella insistencia sobre el contrato le resultaba incómoda e inesperada. La conversación derivó después sobre temas artísticos indeterminados, y solamente de vez en cuando se hizo referencia a los negocios.

Miss Aronson, una joven apropiadamente gruesa, trajo bocadillos y café, y Zamlock y sus agentes comenzaron a comer.

La reunión se prolongó, casi inexplicablemente, durante tres horas, sin que se llegara a ningún resultado. Zamlock parecía de acuerdo en hablar de la obra aún no escrita, pero se mostraba refractario a tratar del contrato, que todavía no había sido redactado.

Hacia el término de la reunión, Zamlock dijo:

—Para mañana por la noche he invitado a unos cuantos amigos a cenar en «Chambord». Me gustaría que estuviera usted presente. Creo que lo pasará bien en su compañía y usted y yo tendremos ocasión de charlar un poco más sobre la comedia.

—No estoy muy seguro de poder aceptar su invitación. He estado separado de mis hijos más de tres meses y había pensado dedicarles toda la tarde de mañana.

—Oh, no nos sentaremos a la mesa hasta bastante después de que ellos se hayan acostado. ¿Qué edad tienen sus hijos?

—El chico, doce, y la niña cumplirá diez dentro de unos meses.

—Bien, comenzaremos a tomar unas copas a eso de las ocho y media y no nos sentaremos a la mesa hasta que usted aparezca.

—Será mejor que no cuente conmigo. Los sábados, los niños tienen permiso para permanecer levantados hasta las once y, a veces aún más tarde.

—Venga a cenar con nosotros, Yep —insistió Zamlock—. Le repito que la compañía de mis amigos le resultará agradable.

En la calle, el mayor de los hermanos le dijo:

—Has hecho bien en no aceptar su invitación. Tenemos que estar presentes uno de los dos en cualquier conversación que tengas con él y no nos invitó a ninguno. Gracias por haberle dado en la cabeza.

—No me gusta tratar de negocios mientras como y bebo.

—Me consta que le has producido una buena impresión —afirmó el hermano pequeño.

—Él también me ha hecho buena impresión.

—¿Qué opinas de él?

—Deduzco que quiere montar una obra y ganar dinero. Yo deseo examinar el contrato y opino que vosotros debierais hacerle saber, lo antes posible, las condiciones que espero acepte.

—Tenemos que trabajar aún un poco —dijo el hermano mayor—. No va a resultar fácil. Debemos planear el modo de presentarle los hechos sin asustarle demasiado.

—No. Asustadle. Eso será mejor.

—Ya veremos.

Los dos hermanos subieron a un taxi y él comenzó a caminar hacia el hotel. Se estaba cómodo tumbado encima de la cama, durante el día.

RECOGIÓ LA LLAVE Y ALGUNOS RECADOS por teléfono y subió a su habitación. Levantó la persiana veneciana, echó otro vistazo al firmamento, al soleado atardecer entre los altos edificios y procedió a repasar las hojas de los recados. Sam Zolotow, del *Times* de Nueva York. Su hija. Zak. La oficina de Henry Hyam. Su hija, de nuevo. Fue al teléfono y la llamó:

— Me alegro de que hayas telefonado, papá. Mañana es sábado y Van irá al béisbol con Kitty Delmonico. Yo no voy a ningún sitio.

— Sí, sí irás, porque yo te llevaré.

— ¿Dónde podemos ir?

— A cualquier sitio.

— Pero, ¿a dónde?

— Podríamos ir a comer y después al teatro. Podríamos ir al zoo de Central Park. Podríamos ir al «Museo Moderno» a contemplar los cuadros y, después, al cine a ver alguna película antigua, ¿sabes?, alguna película que probablemente vi yo cuando tenía tu edad. ¿Me dejas decidir adonde iremos?

— Sí, papá, decide.

— Miraré en el *New Yorker* y averiguaré qué se puede ver. Te llamaré por la mañana.

— No, esta noche.

— Bueno, esta noche. Procuraré encontrar algo realmente interesante y divertido.

— Gracias, papá.

— Gracias a ti, Rose Muscat.

— ¡Oh, vaya nombre! Qué nombre me pusiste papá... Rose, ¡uf! Muscat, ¡uf!

— Sí, son un poco rebuscados, ¿verdad?

— Lo de Muscat no teníamos más remedio que aceptarlo. ¡Pero, Rose...!

Rose no le va en absoluto a Muscat.

— ¿Qué otro hubieses preferido?

— No lo sé. Cualquier otro.

— Piensa un nombre que realmente te guste y te lo pondremos.

— ¿Se puede hacer eso?

— Hay quien lo hace todos los días.

— Entonces, pensaré en ello. Piensa tú también. Tienes más facilidad que yo para encontrar nombres bonitos.

— Haré lo que pueda, pero no creo ser muy hábil en ese aspecto.

— ¿Por qué me pusiste Rose de primer nombre?

— Es el favorito de la familia.

– ¿De veras?

– Sí. Era el nombre de la madre de mi padre.

– ¿Y Van?

– Era el nombre del padre de mi madre.

– ¿Es este el sistema que se sigue para bautizar niños?

– Es uno de los sistemas.

– ¿Cuáles son los otros?

– Hay otras muchas maneras. La oficina del Censo realizó un estudio, hace cuatro o cinco años, sobre este asunto de los nombres. Había una familia, en algún lugar de Alabama, formada por el padre, que era granjero, la madre, que era ama de casa, y seis o siete niños y niñas. Cada diez años, más o menos, la oficina del Censo cuenta los habitantes de la nación y los relaciona por sus nombres. Cerca de ciento setenta y cinco millones de seres van a parar a una lista, cada uno de ellos con su primer nombre y su primer apellido, como mínimo. La mayor parte de ellos figuran también con su segundo nombre e incluso los hay con dos, tres o cuatro nombres patronímicos. Pero esa familia de Alabama adoptó un sistema diferente. Cuando les visitó el hombre del Censo, el padre estaba fuera de casa, trabajando en la granja. La madre se hallaba sentada en una mecedora con el niño más pequeño en el regazo. Otro niño se arrastraba por el suelo. Otro jugaba en el patio. Otro se encontraba subido a un árbol. Otro se hallaba con su padre. Y el mayor prestaba servicio en la Marina. Le pidieron a la madre que diese los nombres de sus hijos, y dijo: «Bueno, aquí tiene usted al niño del regazo. Allí está el niño del suelo. El que se encuentra fuera es el niño del patio. El que sube a los árboles, el niño del árbol. El que acompaña a su padre, adondequiera que éste vaya, es el niño de papá. Y el que sirve en la Marina, el niño de la Marina.»

– Todo eso no es cierto, ¿verdad, papá?

– Lo leí en una revista.

– ¿Y no llamaban a los niños con nombres verdaderos?

– Al parecer, no. Pero era exactamente como si los tuviesen.

– Rose Muscat. No suena muy bien, aunque creo que siempre será mejor que «la niña del teléfono».

– «La niña del teléfono» se me antoja un nombre muy bonito. ¿Por qué crees que te iría bien ese nombre?

– Me gusta telefonar.

– Es divertido, ¿no es verdad?

– Si estuvieses solo y cansado de hablar con tus muñecas y con la vieja y pesada Miss MacDougal, ¡ja, ja, ja!, me está oyendo, papá, lo he dicho a propósito, te divertiría telefonar.

– ¿A quién telefoneas?

- A amigos.
- ¿Niños?
- Claro, papá. Niños. Excepto cuando te llamo a ti.
- Bien, me agrada eso de «la niña del teléfono». ¿No se te ocurre algún otro nombre?
- «La niña del azúcar», porque me gusta el azúcar. O «la niña fea», porque mi aspecto es, ¡ uf!, horrible.
- ¿Desde cuándo?
- Desde siempre. ¡Uf!
- Eres hermosa.
- Oh, no, papá. Tú no tienes la menor idea de lo que es la belleza.
- ¿Qué es la belleza?
- Algo luminoso, como mamá.
- De acuerdo. Pero lo luminoso es lo luminoso y lo bello es lo bello. Son cosas diferentes. Tú eres bella.
- Fea.
- ¿Por qué?
- Porque soy así.
- Rosey, eres muy hermosa.
- ¿De veras lo crees así, papá?
- Sí, porque lo eres.
- ¿Lo dices en serio, papá? Yo no opino igual.
- Lo eres y, por lo tanto, olvida esas cosas.
- ¿Cómo voy a olvidarlas? La casa está llena de espejos. Me estoy viendo todo el día.
- De acuerdo. Entonces, te llamaremos «la niña que se admira a sí misma».
- No, papá. «La niña que se admira a sí misma», no me gusta. Prefiero «la niña que se admira a sí misma». Es más gracioso que «la niña que se admira».
- Muy bien.
- No te olvides de buscar algo bueno donde ir mañana ni de telefonarme esta noche y decirme dónde vamos, para hacer mis planes.
- Te llamaré, Rosey.
- Telefoné a Zam Zolotow, quien le dijo:
- Yep, ¿a qué ha sido debida tu visita a Broadway?
- Nada importante, Sam. ¿Cómo sabes que estoy en el «Great Northern»?
- Laura me lo dijo. La vi en «Sardi». Me informó de que habías llegado a Nueva York para entrevistarte con un empresario y escribir una comedia. ¿Puedes darme alguna información acerca de ello? Has estado ausente de la sección teatral durante mucho tiempo. Cuéntame detalles de tu viaje.

- Bien. He venido a Nueva York a ver un empresario.
- ¿Cómo se llama?
- Te lo diré cuando llegemos a un acuerdo. Por ahora, no hay nada definitivo.
- Yep, no quiero parecerme a Yep Muscat. Pero, ¿quién es tu favorito en el campeonato del mundo?
- Los «Dodgers».
- ¿Por qué razón?
- Es el mejor equipo.
- Han perdido los dos primeros partidos.
- Cosas que pasan.
- Ningún equipo que ha perdido los dos primeros partidos ha ganado el campeonato.
- Ignoro las estadísticas acerca del particular. ¿Qué ha ocurrido en el partido de hoy?
- Las últimas noticias eran de que los «Dodgers» iban ganando, igual que en los dos primeros partidos.
- Si hoy ganan, pueden lograr aún cuatro victorias seguidas.
- Pero tienen que ganar hoy – dijo Sam.
- Sí, siempre hay alguna condición previa. No podría ser de otra manera.

SE ESTIRÓ SOBRE LA CAMA Y CERRÓ LOS párpados. El campo de amapolas volvió a su memoria, como si sus ojos hubiesen esperado a cerrarse para contemplarlo una vez más. El fuerte y embriagador perfume de las amapolas pareció penetrarle por el olfato, y pudo haber jurado que oyó charlar y reír a las muchachas. No en aquel entonces, sino *ahora*.

Sin razón evidente, o por una razón que nadie en el mundo podía jamás llegar a comprender, recordó una carta de su compañero Artie Perch, un chico de aspecto reflexivo y tardo en movimientos, que vivía en Fresno.

«Querido narizotas: No sé si seré capaz de expresar en palabras mi asombro al enterarme de que has publicado un libro.

»Aquí me tienes, con veinticinco años encima, como simple empleado, mal pagado, sin responsabilidad alguna y siempre lleno de temor, a las órdenes de "P. G. & E.". Mis pretensiones de llegar al menos, a apoderado, han constituido un fracaso. Siempre fui mejor en gramática y en sintaxis que tú. Estoy convencido de que tu alto respeto hacia la verdad te obligará a reconocerlo. Con ello no quiero decir que no me haya emocionado tu éxito y que no me sienta orgulloso de haber sido, durante varios años, uno de tus más íntimos amigos, mientras estuvimos en Emerson y mientras cursamos seis meses de prácticas de mecanografía en la Escuela Técnica. Estoy emocionado. Yep, viejo

sinvergüenza; si tú puedes escribir un libro, también puedo hacerlo yo. ¿Leerás las tres muestras de mi arte epistolar que te adjunto?»

Las tres muestras eran cartas de negocios, dirigidas a distintos directores de otras tantas Compañías, en nombre de tres directivos de otras tres Compañías, con sus correspondientes nombres y direcciones.

En el transcurso de los años, poco después de la publicación de cada nuevo libro, recibía carta de Artie, acompañada de muestras de su arte epistolar. Algunas de aquellas cartas tenían una extensión mayor que una novela corta. En cierta ocasión, se las entregó a un editor. Pero el editor manifestó que no encontraba en ellas la menor gracia.

Después de la guerra, recordó que no había tenido noticias de Artie desde hacía años, y decidió escribirle. Unos seis meses más tarde recibió la contestación:

«Querido narizotas: Por favor, intenta perdonarme por ser un corresponsal lamentablemente negligente, pero debo confesarte que he dejado de escribir. ¿Te das cuenta de que he cumplido ya treinta y nueve años? Tengo una hija de diecisiete, otra de quince, un hijo de once y otro de nueve. Y una mujer que me cree aún un genio, a pesar de que sigo como empleado en la “Compañía de Gas”. No obstante, si tuviese algo que decir, volvería a escribir mis cartas de negocios. Pero no se me ocurre nada. En mis buenos tiempos, escribí a todos los directores de toda clase de empresas de América, de parte de todos los restantes directivos. Sin embargo, no me decidí a echar al correo ninguna de ellas, porque sabía que de nada iba a servir. A pesar de todo, sigo convencido de que podía haber sido vicepresidente de cualquiera de las más importantes empresas americanas. ¿Por qué no vuelves a tu vieja ciudad y nos haces una visita?»

En el siguiente viaje que hizo a Fresno, llamó por teléfono a su casa y su mujer le dijo que Artie había sufrido una crisis nerviosa. La «P. G. & E.» le había pedido que tomase un permiso de seis meses, con la mitad del sueldo. Le prometían reintegrarle a su puesto si al término del permiso se encontraba bien.

—Me gustaría que vinieses a cenar —dijo la mujer de Artie—, pero me apena que veas a Artie en este estado. Súbitamente, ha envejecido veinte años.

Sonó el teléfono del hotel. Larry Langley, hablando en un tono más alto que nunca, dijo:

—Yep, me ha estado hablando por teléfono desde que llegamos a la oficina. Me llamó él. No fui yo. Está impaciente, terriblemente impaciente. Quería saber por qué habías insistido en ver el contrato y he aprovechado la oportunidad para hacerle saber, poco a poco, tus pretensiones. Quiere que vayamos de nuevo a su despacho mañana, a las diez. Le he dicho que bueno. Supongo que te va bien la hora, ¿no?

—Allí estaré. Nos limitaremos a hablar del asunto, ¿verdad?

—Sí. También quería que le informase de si irías mañana a cenar con él y sus amigos a «Chambord». Le contesté que lo ignoraba. Añadió algo acerca de una chica que, según él, es muy guapa y que posiblemente te gustaría conocer.

—No puedo ir. Salgo con mi hija. Asistiré a la reunión y estaré con vosotros una hora, eso es todo. Después, me irá y le tocará a él venir a verme con el contrato en la mano.

Colgó el aparato y recordó el encuentro que tuvo con Artie Perch en San Francisco, un año después de haber hablado por teléfono con su mujer.

—Por fin dejamos nuestra vieja ciudad —dijo Artie—. Los chicos insistieron en ello. Hay más oportunidades para los adolescentes en una ciudad como Frisco: estudios, trabajo, amigos. Ahora estoy destinado aquí con la «P. G. & E.». El mismo trabajo de siempre.

Llamó por el teléfono interior y oyó la voz de Bert al otro lado de la línea.

—Bert, ¿quieres comprarme en el quiosco los periódicos de la tarde *The New Yorker*, *Time*, *Life*, *The Saturday Evening Post*, y subírmelos?

Se levantó, se estiró, puso agua a calentar en un cazo, y cuando Bert penetró en la habitación con los periódicos se encontraba tomando una taza de café.

Examinó detenidamente *The New Yorker*, con intención de encontrar algo divertido para Rosey, pero no vio nada que resultase prometedor.

«Lo único que vale la pena verse estos días es el campeonato del mundo. Tendré que llevarla allí. Después del partido podemos ir a cenar y luego al “Palace”.»

Telefonó a Leonard Lyons:

—Mañana —le dijo— quiero llevar a mi hija a Ebbetts Field. ¿A quién puedo encargar las localidades?

—Puedes ver el partido por televisión —contestó Leonard—. Está todo vendido. Tendrás que pagar, como mínimo, cincuenta dólares por dos entradas.

—Pagaré los cincuenta.

—Es una tontería.

—Aunque lo sea.

Leonard le dio el nombre y el número de teléfono de uno de los más importantes revendedores de la ciudad. El precio fue de sesenta dólares las dos entradas. Pero eran las mejores del campo. Detrás de la base, según afirmó el hombre.

—Me las quedo —dijo.

Después, el hombre añadió:

—Le llamaré dentro de unos minutos.

—Pero, ¿no tiene las entradas?

—Creo que podré obtenerlas, pero aún no estoy seguro.

– ¿Cuánto tardará?

– Cinco minutos.

A los cinco minutos, el hombre volvió a llamar. Dijo:

– Me piden cien dólares por las dos entradas, pero son las mejores.

– ¿Quién se los pide?

– Se trata de un amigo personal. La verdad es que no queda ni una sola entrada. Mi amigo se ha puesto enfermo y no puede ir.

– Si le digo que me quedo con ellas, ¿me las dará usted o tendrá que telefonarle otra vez?

– Las tendrá usted.

– En tal caso, le llamaré dentro de cinco minutos. Tengo que asegurarme de que mi hija quiere ir.

Llamó a Rosey e inmediatamente adivinó por el tono de su voz que la idea no le entusiasmaba, aunque pretendió disimularlo.

– A menos – aclaró – de que tú o yo pensemos en algo que resulte más divertido.

– Será divertido, papá. Iremos al campo, tomaremos las entradas y veremos el partido.

– ¿Y si no encontramos entradas?

– ¡Qué más da...! Pasearemos por Brooklyn, admiraremos las vistas, nos sentaremos en un restaurante y si tiene televisión veremos el partido.

– De acuerdo. No comas en casa. Pasaré a buscarte a mediodía y decidiremos dónde ir.

– Me pondré el traje nuevo de verano. Es precioso.

– Por la tarde recogeremos a Van e iremos a algún otro sitio.

– ¿Adonde?

– A cenar a cualquier parte. Y luego quizás al «Palace». Es el único lugar de Nueva York donde aún se pueden ver comedias cómicas.

Le explicó en qué consistían las comedias cómicas y telefoneó al revendedor para decirle que no le interesaban las entradas.

– Va a ser un gran partido – dijo el hombre –. Los «Bums» ganaron su primer partido por ocho a cinco. Mañana tienen que ganar el segundo para consolidar su posición.

– Me gustaría ir, pero mi hija tiene otros proyectos.

Le constaba que, fuesen donde fuesen, se divertirían.

TELEFONEÓ A Henry Hyam.

– ¿Qué quieres? – le preguntó.

– Oye – contestó Henry –, Bloom, de la «Fox», me ha llamado hace un rato. Quería saber si yo era el agente de *Los vagabundos*. He pedido a Margie que

lo comprobase y no lo soy. Se lo he dicho. Después me ha preguntado si iba a verte o a hablar contigo, y le he contestado que, si te encontrabas en Nueva York, lo más probable era que sí. Me ha comunicado que había intentado localizarte en San Francisco y que la «Western Union» le había informado de que tenían orden tuya de mandarte por correo a Nueva York todos los telegramas que llegasen a tu nombre. Me ha dicho que quería adquirirme en exclusiva los derechos de *Los vagabundos*. Espera que hable contigo sobre el asunto y que le vuelva a llamar. ¿Qué me dices?

— No me agrada ceder en exclusiva los derechos de mis obras. Ofrécele una cesión por siete años.

— La «Fox» no acepta cesiones.

— Entonces, no hay acuerdo.

— Telefonaré y se lo diré. ¿Cómo te encuentras?

— Deprimido.

— ¿Por qué?

— He estado recordando el pasado.

— ¿Y qué?

— Parece como si ni siquiera sea yo quien lo haya vivido.

— ¡Claro que has sido tú! ¿Cómo van las cosas en el departamento monetario?

— No pueden ir peor.

— Como sabes, también ha llegado aquí la orden de embargo de la oficina de impuestos. Hay unos ochocientos dólares de derechos de autor abonados en tu cuenta, pero tendré que enviarlos al inspector.

— Me parece bien.

— ¿Puedo prestarte alguna cantidad?

— No. Guardo un cheque de mil dólares en la cartera, y si tengo necesidad de hacerlo lo cobraré. ¿Has oído hablar alguna vez de un tal Adolph Zamlock? Quiere financiarme una comedia. Me ha pedido que se la escriba. Me envió mil dólares para que viniese a Nueva York a entrevistarme con él. Le he visto esta tarde. ¿Le conoces?

— He oído hablar de él. Quiere comenzar la carrera de empresario, ¿verdad?

— Eso tengo entendido.

— Si quieres que te deje dinero, dímelo.

— Gracias.

Llamó a Zak, quien le preguntó:

— ¿Qué planes tienes?

Soltó una frase obscena en armenio acerca de sus planes, y oyó la risa burlona de Zak con su tono de falsete.

– ¿Quieres dar un paseo? – preguntó Zak.

– Sí. ¿Dónde quieres que vayamos?

– A cualquier parte. Siempre me ha gustado pasear, ya sabes. Me hace sentirme feliz. Últimamente he paseado mucho por los desiertos de Utah. Sin embargo, pasear en Nueva York es el único paseo verdadero que conozco. Anda, vamos a estirar las piernas.

– Espera unos minutos y volveré a llamarte.

Se tumbó de nuevo en la cama y siguió recordando.

Él y Zak se encontraban en casa de Foley, observando cómo Shag Shamshoyan ponía clavos en las cajas, trabajando como una máquina; clavo, clonc; clavo, clonc; clavo, clonc: el fondo de la caja, fabricado; clavo, clonc; clavo, clonc; clavo, clonc: uno de los lados de la caja, listo. El otro lado concluido y una caja terminada.

A diez centavos la caja, Shag ganaba diez dólares diarios en tiempos en que un jornal de tres dólares constituía ya un salario apreciable. Shag vestía zapatillas y pantalones de tenis y nada más. Tenía un gran tatuaje en el reverso de su brazo derecho. Era la cabeza de una mujer morena, bajo cuya efigie se leía una palabra, escrita en armenio. Algunos decían que la palabra era *Myr* – Madre –, que, en armenio suele ser sinónimo de «la patria». Permanecían inmóviles, observando, admirando al gran hombre. Shag era uno de los más rudos camorristas callejeros de Fresno, un hombre cuyos mejores amigos tenían fama de ser los matones más agresivos de la ciudad, y, sin embargo, cuando trabajaba no cesaba de cantar nostálgicas y patrióticas canciones armenias. De vez en cuando, señalaba un montón de tablas sujetas con flejes metálicos; Yep y Zak corrían hacia el montón, lo levantaban del suelo y lo ponían encima del banco de trabajo de Shag. Shag rompía el fleje con la hacheta posterior del martillo, situaba las tablas en un lugar donde pudiera alcanzarlas con el menor movimiento posible del brazo y volvía a su trabajo con nuevos bríos: diez centavos la caja. Intentaban descubrir en él un fallo, un movimiento en falso, pero eso no solía ocurrir con frecuencia, y cuando sucedía era corregido con tal rapidez que apenas resultaba perceptible. Era el fabricante de cajas más importante de todo el valle de San Joaquín.

Observándole, ambos aprendían cosas. Yep aprendió a escribir y Zak aprendió a fabricar cajas. Cuando se hallaba en forma, Zak era casi tan bueno como Shag.

«Esos abominables bailarines modernos – pensó – debieran haber visto a Shag haciendo sus cajas, hace cuarenta años. El Museo Moderno debería exhibir el banco de trabajo de Shag, con sus bolsas de clavos, el martillo con la hacheta posterior y los montones de tablones sujetos con flejes. Todos aquellos que hayan deseado admirar una verdadera obra de arte debieran haber visto el

taller de Shag. Shag construyó el banco con sus propias manos. No estudió dibujo en la universidad. Estudió lo que precisaba conocer en el lugar donde se encontrase, y si había algún medio de ganar diez dólares diarios trabajando por su cuenta, en lugar de tres a las órdenes de un patrón que le hostigase todo el día, Shag se consideraba en la obligación de descubrir el modo de ganar dinero manteniendo su orgullo y su libertad.»

Volvió a sonar el teléfono. Henry Hyam dijo:

– Está dispuesto a pagarte el viaje de ida y vuelta, en avión, a Hollywood para hablar contigo.

– En mi opinión, no está interesado en *Los vagabundos*, Henry. No sabría qué hacer con la obra. Lo único que pretende es darse importancia.

– He creído oportuno comunicártelo.

– Gracias. Cuando vuelvas a llamarle, no pagues la conferencia.

– ¡Diablo, no!

– Así me gusta.

– Pero opino que realmente quiere comprar la comedia.

– Pues no está en venta. No estoy dispuesto a cederla, ni a él ni a otro cualquiera. Ya he vendido demasiadas cosas, por ignorancia o por hambre. Ya basta. Ningún escritor honrado tiene derecho a vender su obra.

– Quería saber si podía telefonearte. Le dije que creía que no.

– Gracias. Llámale tú. Si él o cualquier otro quiere adquirir los derechos por un plazo máximo de siete años, el precio es cien mil dólares, a razón de diez mil dólares durante diez años. Así no me devorarán los inspectores de impuestos.

– Le comuniqué que no estabas dispuesto a vender. Añadí que acababas de llegar aquí y que estaba casi seguro de que tampoco te avendrías a coger el avión para ir a verle. Quedamos en que si no le telefoneaba en el plazo de media hora, era señal de que no te interesaba.

– Gracias.

– ¿Cómo van tus viejos recuerdos?

– Bien. Estaba pensando en un hombre de mi pueblo, llamado Shag Samshtoyan, que hacía cajas con el mismo estilo con que bailaba Nijinsky. Recordaba su extraordinaria habilidad cuando me llamaste. Llevaba tatuada la palabra *Myr* en el brazo.

– ¿Cómo?

– *Myr*. Patria. Armenia.

– Ah, ya.

Se levantó y se acercó a la ventana. El sol bañaba aún los edificios, aunque ya más bajo y dispuesto a despedirse hasta el amanecer siguiente.

Telefonó a Zak y le dijo:

– Ven aquí, en seguida. Te espero en la recepción. Iremos a pasear por el Bowery y después a cenar al barrio chino.

Se quitó los zapatos y se puso un par con el que sabía que le era posible caminar durante largo rato, se lavó la cara y bajó a la recepción.

Bert corrió hacia él al verle aparecer por la puerta del ascensor.

– Estuvo aquí Carlo con su mujer y sus hijos. Lástima que no los vieses.

– ¿Cómo son?

– Estupendos. Tomaron el té en compañía de Valencia. Entre esos dos hay tanta intimidad como si fueran hermanos.

Caminó hacia el puesto de periódicos y compró un paquete de «Spearmint» para masticar durante el paseo.

ESTABA MASTICANDO UNA BARRA de chicle cuando Zak apareció por la puerta del largo pasillo que daba a la Calle 57, sonriendo y balanceando su brazo derecho como si siguiese el ritmo de un tema musical o se deleitase en el pensamiento de una idea divertida.

– Esto es vida, narizotas – dijo.

Compró cinco paquetes de chicle.

– Hombre de posibles. Hombre de éxito. Chico de dinero. Individuo que le ha tomado el aire al progreso del mundo. Uranio. Cinco paquetes de chicle.

– Ahora mastico cinco barras a la vez. ¿Recuerdas cuando nos conformábamos con media cada uno?

– ¡Oh...! Entonces éramos pobres, ¿verdad? Fíjate en nosotros ahora. Podemos masticar todo el chicle que queramos.

Acres, el hombre del quiosco de periódicos, escuchaba y sonreía. Una rubia platino, arrastrando de una cadena a un perro pequeño y lustroso, se acercó al quiosco.

– Deme *Escándalo*, por favor.

Bajó la mirada y observó al perrito, que se mostraba nervioso. El perro le miró a la cara, se estremeció todo él y ladró dos veces. Acres le entregó un ejemplar de *Escándalo* y al mismo tiempo cogió media docena de revistas de parecido estilo.

– Acaban de aparecer – dijo –. *Sensación. Desgracia. Pecado. Deshonestidad. Asuntos escabrosos.*

– Me las llevaré todas – dijo la chica.

Y después, volviendo a mirar al perro, añadió:

– *Arp, arp...*

El perro pareció darse cuenta de lo que había oído y no formuló el menor reparo.

– ¿*Life?* ¿*Time?* ¿Desean alguno?

—Esta semana, no. Quizá la próxima. Cuando escriban acerca de mí.

Zak movió la cabeza, se metió otra barra de chicle en la boca y se atragantó. La muchacha pagó sus revistas y echó a andar por el largo pasillo que daba a la Calle 57, mientras Acres, Zak, Bert, Yep, otro botones y Valencia la seguían con la mirada.

—¿De dónde ha salido? —preguntó Zak.

—Viene de Hollywood —replicó Acres—. Es una extra. Suele ir al salón de belleza de la esquina tres veces por semana, a veces cuatro. Ese sitio está abierto las veinticuatro horas del día. Ahora creo que trabaja en una obra de reciente estreno.

—¿Cómo se llama?

—Se llama ¿*Quién es Roxanne Lapolo*? Me refiero al título de la comedia, claro.

—¿Quién es ella? —preguntó Zak.

—Es *ella*.

—Fíjate cómo anda —comentó Zak.

La joven se detuvo a mitad del pasillo para hablar de nuevo a su perro. Todos oyeron cómo el animal volvía a gruñir. Al parecer, podía hacerle gruñir siempre que le viniese en gana. La chica reemprendió la marcha, meneando con magnificencia sus cuartos traseros.

—Es una de mis mejores clientes —dijo Acres—. Cuando sale del salón de belleza siempre se detiene aquí, a comprar algo. Le gusta charlar.

—¿Con el perro?

—Conmigo también.

—¿Cómo se llama?

—No recuerdo. Algo así como Marilyn Monroe, sólo que diferente.

—¿No querrá usted decir Lynn Mooney? —preguntó Yep.

—Sí, eso es.

—¿Es esa Lynn Mooney?

—Seguro que lo es —confirmó Acres—. Le dieron el papel porque sus perímetros son 86, 52, 84, o algo por el estilo. Me lo dijo ella misma.

Enfilaron la Calle 57, torcieron a la derecha hacia la Quinta Avenida y caminaron a lo largo de ella, ya en el itinerario de su paseo.

—El doctor Levy vive por aquí —dijo Yep—. Voy a llamarle para ver si puede hacerme una radiografía de este maldito diente que no deja de molestarme.

Penetraron en una droguería y telefoneó, mientras Zak observaba las mercancías expuestas en el mostrador.

—Está en la consulta. Serán sólo cinco minutos y después seguiremos paseando.

Salieron de la droguería y siguieron caminando a buen paso.

– ¿Qué le ocurre a tu diente?

– Está muerto.

– No se puede ir por el mundo con un diente muerto en la boca.

– Parece como si estuviese muerto. No estoy seguro. El médico me lo dirá.

– Y si está muerto, ¿qué?

– Le pediré que lo extraiga. ¿Cómo están tus dientes, Zak?

– Los tengo todos intactos. Mi boca era una de las cosas que enorgullecían a mi madre. La otra eran los músculos de mi espalda.

– Yo he perdido muchos dientes.

– Yo los conservo todos.

– Es una ventaja.

– Si te gustan los filetes de vaca, sí.

– Resulta también agradable cuando uno sonrío. Se deslumbra a la gente.

Zak le deslumbró con una sonrisa. Lo hizo a propósito, con toda intención, en la Quinta Avenida de Nueva York, el último día de setiembre de 1955.

– Vuelve a sonreír – le pidió Yep.

Zak sonrió de nuevo y mostró sus dientes durante largo rato.

– Zak, pareces un verdadero hombre de negocios, de esos que llevan un traje azul de franela, con chaqueta cruzada, hasta el preciso instante en que comienzas a sonreír.

– Cuando actúo en el mundo me gusta presentar el mismo aspecto de la gente con la que alterno y dar la impresión de seriedad que requieren los negocios.

– Pero en el instante en que sonrías vuelves a ser el muchacho de Fresno de hace treinta y cinco años.

– Intenta deslumbrarme tú con una sonrisa.

Yep le deslumbró con una.

– Será mejor que te hagas poner unos cuantos puentes o que no sonrías jamás. Y cuando hables adopta la actitud de los ingleses. Mueve sólo los labios. Esconde los espacios libres.

– ¿Qué tal van las cosas por Utah?

– ¿Sigues pensando en espacios libres? – preguntó Zak –. Es lo único que hay en Utah. Por el hecho de haber perdido una cantidad considerable de dientes, vas a tener que actuar en adelante con aire de extrema dignidad.

– Yo no visto trajes que presten dignidad como los hombres de negocios.

– Yo sólo lo hago cuando tengo que actuar en el mundo.

– ¿Cómo te encuentras cuando estás en Utah?

– En la gloria. El Oeste, el gran Oeste, el hermoso Oeste.

– El Oeste de las serpientes cascabel.

—Sí, pero es mejor no matarlas. No atacan por odio, sino por miedo. Si pisas a una serpiente, ¿qué esperas que haga?

—¿Has visto alguna?

—Las he visto. Hay que conocer los lugares donde pueden estar, y si procuras no molestarlas ellas no se meterán contigo. Hace tiempo creía que mi deber era destruirlas tan pronto como las viese, pero eso es una tontería, aunque no cambia en modo alguno la situación. Se encuentran donde están porque el lugar que ocupan les pertenece. Aunque uno las mate seguirán estando allí, y si alguien las pisa o se acerca demasiado a ellas, no tienen más remedio que atacar.

—¿Llevas encima algún antídoto?

—No hay más remedio que llevarlo para prevenir cualquier descuido. Ser cuidadoso constituye una segunda naturaleza.

Pasearon a lo largo de toda una manzana de casas sin pronunciar una sola palabra. Cuando llegaron a la Biblioteca Pública, Zak dijo algo que sonó como «Mamá».

—¿Mamá? —preguntó Yep.

—Sí.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a la Biblioteca Pública.

—¿Qué tiene que ver mamá con la Biblioteca Pública?

—La palabra mamá tiene que ver con todo lo que existe en el mundo. Todo lo bueno, claro. Por ejemplo, los libros. Lo aprendí de Carp.

—¿El niño de Sock?

—Me refiero a Carpenter Sully. Sock Soleyman tiene treinta y nueve años. ¿Crees que todo el mundo que es más joven que tú es un niño?

—¿Cuándo viste a Carp?

—Hace seis o siete meses. Sock cogió el avión para Salt Lake con objeto de ver las propiedades de Jean Valjean. Yo me proponía ir a San Francisco pocos días más tarde, para ver a mi mujer, a sus hijos y a sus nietos y a mis hermanos, hermanas y respectivas familias. Así que, después de examinar las tierras, regresamos juntos. Carp se alojaba en casa de mi hermano Dan. Como sabes, tienen la misma edad y han sido siempre íntimos amigos. Esa era la razón por la cual Sock quería que volviese a San Francisco con él.

—¿Qué le parecieron las propiedades?

—Magníficas. ¿Qué otra cosa podían parecerle?

—¿Cómo encontraste a Carp?

—No sé. No creo en esas historias que se cuentan sobre él, ¿comprendes? Me pareció que estaba igual que siempre.

—¿No admites que una mente pueda flaquear?

— Claro que puede flaquear — aclaró Zak —, pero, en mi opinión, eso carece de importancia. Todo el mundo está un poco loco. ¿Y qué? Recuerdo que, una vez, poco después de que saliese tu primer libro, llevé a mi madre a visitar a la tuya. Tú te encontrabas en Europa, o no sé dónde, y coincidimos en el recibidor con uno de esos dignos escritores barbudos, que acababa de llegar de Boston. Aquel hombre le dijo a tu madre: «Debe usted sentirse orgullosa de su hijo.» Y tu madre le respondió: «Mi hijo está loco.» Las cosas son así. Mi madre nunca llegó a comprender aquellas palabras. Le resultaba imposible imaginar por qué había dicho una cosa como aquella a aquel tipo de la barba. He olvidado su nombre. Pero entre los armenios estaba considerado como un gran escritor. Ha muerto ya. Utilizaba un seudónimo, como suelen hacer todos. *Venganza* o algo parecido. Pero no era sólo tu madre la que afirmaba que estabas loco, sino todo el mundo que yo recuerdo, en especial los profesores del colegio. Por lo tanto, ¿qué importancia tiene eso? ¿Para qué pierde el tiempo Carp, ingresando y saliendo continuamente de sanatorios y hospitales? ¿Existe alguien que no haya confesado alguna vez que estaba loco? ¿Y qué?

— Nada. Tú tienes tu traje de franela azul y chaqueta cruzada, ¿verdad? Tú no estás loco.

— Si lo estuviese, si realmente lo estuviese, ¿y quién no lo ha estado?, nadie llegaría a saberlo jamás. Lucharía solo contra la locura, como lo he hecho siempre.

— ¿De verdad has luchado tú solo contra la locura?

— Sí, lo he hecho. Después de permanecer un año en Utah, sin que el horizonte presentara la menor esperanza de éxito, tuve que luchar contra ella durante tres noches. Los días los pasaba menos mal, pero las noches constituían una verdadera agonía. Pasé momentos amargos. Yo sé lo que es estar loco. Por eso siento una gran simpatía hacia todos los que padecen esa enfermedad. Sin embargo, no creo en la eficacia de que acudan a alguien para que les ayude.

— ¿Ni siquiera a mamá? ¿Por eso Carp repetía mamá, una y otra vez?

— Es posible. Dan me dijo que, una mañana, Carp salió de la casa y vio un tomate verde en una de las tomateras de Dan y pronunció la palabra: «Mamá». El tomate estaba seco y podrido y Dan lo cogió, lo arrancó de la planta y cuando lo iba tirar fuera de la huerta, Carp le agarró por el brazo, cogió en sus manos el pequeño tomate podrido, lo miró y repitió: «Mamá». Después se lo metió en el bolsillo. Dan se echó a reír a carcajadas, y Carp también. ¿Es eso estar loco o tomarse las cosas en broma?

— Imagino que se puede estar loco y mantener el sentido del humor.

— No está loco. Ingresa en los sanatorios, sencillamente, porque le gusta hacerlo. Mamá.

— ¿A qué viene eso?

—Es para celebrar nuestro paseo. Me complace sentir patear a mis viejas piernas.

—No hay duda de que somos dos americanos de la más alta calidad. Tú con tus minas de uranio y yo con mis libros y mi enorme nariz.

—Mamá —dijo Zak—. Cuando tu cara era larga y delgada, fue cuando la gente descubrió en ti a un gran hombre, con una enorme nariz.

—Mamá.

En la Calle 33 cruzaron la Quinta Avenida y siguieron caminando por la acera de los números pares hasta rebasar una manzana y media y llegar al edificio en el que vivía y tenía su consulta el doctor Levy, a pesar de que se había retirado de su profesión hacía más de diez años para dedicarse exclusivamente a la enseñanza y a la investigación en Columbia, a escribir poesía y a componer piezas de piano. Yep pulsó el timbre de la puerta y poco después la abrió el propio doctor Levy. Era un hombre de mediana edad — cincuenta o sesenta años —, sonriente y de ojos vivaces.

Yep le presentó a Zak y charlaron los tres unos momentos.

—Vamos a ver —dijo el doctor Levy—. Pasa tú también, Zak.

Entraron en el consultorio, y Yep se sentó en el sillón. El doctor Levy comenzó a examinarle los dientes, golpeándolos con varios instrumentos de metal y presionando con el dedo sobre las raíces. Después, le hizo una radiografía, la reveló, la estudió y dijo:

—Muerto. Está muerto desde hace muchos años. Ese diente debiera haber sido extraído hace tiempo, Yep.

Le explicó la radiografía:

—La infección ha bajado y se ha extendido por el maxilar. ¿Qué clase de dentista tienes en San Francisco?

—Uno que no es poeta.

—Ven cualquier día de la semana próxima y te lo sacaré. Te pondré una inyección de novocaína, porque habrá que raspar la porquería del hueso. Después te cubriré el agujero de la encía con un drenaje para evitar que la herida cicatrice antes de que desaparezca la infección. Tendré que cambiarte el drenaje cada dos días y, por lo tanto, no te quedará más remedio que visitar cinco o seis veces este viejo consultorio.

—¿Tan grave es eso?

—Tu dentista de San Francisco no debiera estar autorizado para la práctica de la profesión.

El doctor Levy le mostró la placa radiográfica.

—Todo lo que ves aquí está infectado. Si no atajamos una cosa de este tipo, puede convertirse en algo muy grave. ¿Cuándo quieres que empecemos? ¿El lunes? ¿El martes?

—Me harías un favor si me lo quitases ahora. Volvería el lunes para la primera cura.

—Regreso de la Facultad un poco más tarde de las cinco —dijo el doctor Levy—. ¿Qué te parece el lunes, a las cinco y media?

—Muy bien. Muchas gracias, doctor.

—¿Estás seguro de que deseas que te lo extraiga ahora?

—Sí.

—¿Qué planes tienes para esta noche?

—Ninguno en particular.

—Entonces, tómallo con calma. Haz una cena ligera. Te daré unas píldoras para el fin de semana. Una cada cuatro horas. Si el drenaje se suelta, llámame, sea la hora que fuere, vente por aquí y te pondré uno nuevo.

El doctor Levy cogió la jeringa de novocaína. Zak dijo:

—Señores, si no os importa, prefería esperar fuera.

—Como quieras —contestó el doctor Levy—. Encontrarás libros y revistas. Coge la que más te plazca. Si tocas el piano, deléitanos con alguna melodía propia para una extracción.

El doctor rió su chiste a carcajadas y fue correspondido por Zak con su habitual risita de falsete.

El trabajo se concluyó en media hora. Se sentaron y charlaron unos minutos. Luego, los paseantes se marcharon.

—Quizá sería mejor coger un taxi, volver al hotel y que te tumbases en la cama —sugirió Zak.

—No, vamos a pasear por el Bowery y después a tomar una buena sopa al barrio chino.

—¿Estás seguro de que te sentirás con fuerzas?

—Estoy perfectamente. Ese dentista estúpido de San Francisco...

—Ese hombre es un gran hombre.

—Uno nunca espera que un dentista resulte un gran hombre, pero el doctor Levy lo es. Aunque, en verdad, es otras muchas cosas además de dentista.

Siguieron caminando con paso irregular que, poco a poco, fue tornándose abiertamente lento.

Cuando llegaron al Bowery, Yep se sentía un hombre viejo.

—Mira, Zak —dijo—, ya estamos en el Bowery. Cesa de comportarte como un hombre de negocios. Camina con un poco más de torpeza.

—No sé caminar con torpeza. Aunque estuviese arruinado, desesperado y hambriento seguiría andando así.

—No es muy delicado por tu parte.

—¿Por qué tengo que mostrarme delicado con el puñado de vagabundos que habitan en Nueva York?

- Es delicado mostrarse delicado sin pedir nada a cambio.
- Entonces, deja que esos vagabundos se muestren corteses conmigo.
- ¿Qué quieres que hagan? ¿Que vayan a Utah a buscar uranio en las piedras?
- Pues déjales que busquen uranio en los adoquines de sus cabezas – dijo Zak, riendo –. Los vagabundos son estúpidos.
- No necesariamente.
- Son estúpidos. No los conviertas en héroes. ¿Cómo está tu diente?
- Es como si experimentase de nuevo el dolor cotidiano de todos los años de mi vida.
- Pronto llegaremos al barrio chino – dijo Zak – y podrás tomar una excelente sopa, beber algo de alcohol y fumar unos cigarrillos. Después cogeremos un taxi, te llevaré al hotel, te darás un baño y te meterás en la cama a leer una novela policíaca. Te entrará el sueño, dormirás y por la mañana te despertarás como nuevo.
- Mamá...
- Así era cómo lo decía Carp, canturreando.
- Pobre muchacho...
- Es feliz. Siempre encuentra buenos sanatorios en los que internarse, con médicos amables y toda clase de drogas y aparatos eléctricos. No te preocupes por Carp. Será mejor que cuides de ti mismo. ¿Acaso tienes tú dónde refugiarte?
- Mamá...
- Contesta: ¿acaso tienes dónde ir?
- ¿Mamá y papá? ¿Es en ellos dónde tengo que refugiarme? ¿En mi pobre madre vieja y en mi pobre padre joven? En 1905, cuando llegó a esta ciudad y paseaba por estas mismas calles tenía treinta y un años recién cumplidos. Seis años más tarde moría en California. Nunca llegué a conocerle. También tengo al «Great Northern» como refugio. Pero nada más.
- Ese hotel no es un hospital moderno para lunáticos.
- Pero está regentado por verdaderos locos que ni siquiera son capaces de intuir lo trastornados que están. Tú tampoco sabes que estás loco y que eso de pasearse por Utah como un chacal vestido con una americana azul cruzada es una excentricidad.
- No, a mí me consta que estoy neurasténico protestó Zak –. Me vuelvo loco con sólo pensar en la buena suerte que he tenido. La buena suerte que me he ganado. Lo merezco y me pertenece porque he trabajado por obtenerla. Vivo solo en una pequeña cabaña con el hermano de mi mujer. Nos turnamos para hacer la comida y la limpieza. Me alegro de no haber echado raíces en la ciudad.

Me alegro de encontrarme al aire libre, en compañía de las serpientes cascabel. Las comprendo. Las prefiero a los hombres.

Zak señaló con el dedo a los hombres del Bowery, que permanecían de pie, en plena calle, charlando en grupos.

— ¿Tú llamas a *eso* hombres? — preguntó —. Son basura. Tienen suciedad en las miradas, en la boca, en las tripas y en el alma, en su manera de pensar y en su manera de vivir. Verdadera basura. Ni siquiera alcanzan la categoría de la limpia suciedad que tenemos todos los habitantes en Utah. Son cloacas humanas. Y no olvides que he sido pobre la mayor parte de mi vida. ¿Me viste sucio alguna vez, ya fuese en la ciudad o en el campo? Estoy loco, de acuerdo. Estoy loco por Dios.

— ¿Por quién?

— Ya me has oído. ¿Crees que hubiese podido hacer algo en este mundo sin haber creído en Él?

— Estos hombres también creen.

— Creen en el vino. Creen en la cerveza barata. Creen en la podredumbre. Creen en la huida. Creen en la muerte. Yo creo en la vida. Yo vine a este mundo con un único propósito: vivir. Vivir como un hombre, no como un gusano.

— Mamá...

De pronto, Zak dio una o dos zapatetas en el aire.

— Hacía treinta y cinco años que no te veía hacer eso — dijo Yep.

Zak volvió a saltar una o dos veces más. Saltos considerables, de zapateta doble.

— ¿Qué es la que te hizo saltar así por primera vez?

— La vida, muchacho. Sentir la vida dentro de mi ser. La vida sagrada de Dios en mi interior.

— Lo hiciste para hacer reír.

— Sí, fue para hacer reír. ¿No opinas que reír es parte de la vida sagrada del Dios que hay en nosotros?

— Quizás habría sido mejor que hubieses intentado el baile, en lugar de la ópera.

Los grandes tenores han sido siempre hombres de baja estatura, como yo. Soy un cantante, no un bailarín, aunque me guste dar saltos.

Zak volvió a saltar una vez más.

Un grupo de hombres del Bowery le observaron y uno de ellos intentó imitarle; saltó, trató de patalear en el aire y cayó de bruces. Sin embargo, permaneció riendo en el suelo, sin darse prisa por levantarse. Nadie se acercó a auxiliarle. Prestar ayuda era una ocupación que no se estilaba en el Bowery.

El hombre saludó con la mano y Zak inclinó hacia su la cabeza con gravedad.

– Sigue intentando – le dijo al hombre caído.

– Mamá... – exclamó Yep.

– Por lo menos lo ha intentado. Nunca es demasiado tarde para probar.

– ¿Qué razón hay para ello?

– La Humanidad.

– Esa palabra no ha sido utilizada en ninguna obra literaria digna desde hace más de un siglo.

– Ese es el problema que tiene el mundo con los escritores. Desconocéis en qué consiste vuestro trabajo.

– ¿En qué consiste?

– En ayudar a los hombres a ser hombres.

– Y ¿qué hay de las mujeres?

– Y ayudar a las mujeres a ser mujeres.

– ¿Y los niños?

– Los niños saben ser niños. No necesitan la ayuda de ningún escritor. Lo único que precisan son padres, y vuestro trabajo consiste en ayudar a los hombres a ser buenos maridos y buenos padres y a las mujeres a ser buenas esposas y buenas madres.

¿Qué me dices de los monos?

– Tampoco precisan de los escritores. Sólo sois necesarios para los hombres y las mujeres, principalmente para los hombres. ¿Crees que si hubiese verdaderos hombres en el mundo nuestras pobres mujeres andarían desquiciadas por el mundo como lo hacen ahora?

– Sí, lo creo.

– Estás loco. Somos nosotros quienes las desquiciamos.

– Entonces, ¿qué tendríamos que hacer para evitarlo?

– Amarlas como deben amar los hombres.

– ¿Partiéndoles la cabeza?

– Si fuese con amor, sí.

– ¿Lo hiciste tú..., con amor? ¿Con Juanita? ¿Con Dovey?

– Lo hice y fracasé. Ignoro el motivo, pero fracasé. Imagino que debió de ser porque sus padres no fueron hombres. Hoy en día, ya no quedan hombres en el mundo. No me refiero a los militares o a los policías, ni a los matones, ni a los delincuentes, ni a los vagos. Eso son puras ficciones. Estoy hablando de hombres que sean hombres de verdad, hombres que demuestren su hombría en cada una de las bocanadas de aire que respiren, pero en especial, con las mujeres. Cuando, hace ya muchos años, estuve en Dakar, uno de los compañeros de mi barco quería que fuese a admirar a algunas de las hermosas mujeres que tienen por allí, negras como el carbón y con un estilete atravesado

en el labio superior. Fui a verlas. Era un chiquillo. Apenas había cumplido los veintitrés. No existen en el mundo mujeres como aquéllas. Tienen padres. De no haber sido por los estiletes, me habría quedado allí muchos años.

— ¿Te cortaste?

— Cuando hablo de hombres, no me refiero a esos lobos que van de una mujer a otra. Eso quizá sea tolerable en chiquillos. Ahora hablo de hombres.

— Mamá... Por lo que veo, te excitaba el calor de África, ¿verdad?

— Me excitaba el calor y aún sigo excitado. Sin embargo, no me avengo a ninguna clase de relación barata entre hombre y mujer. Esa clase de seducción me aburre mortalmente. Sólo hay una excusa que justifique las relaciones íntimas de un hombre con una mujer: dejarla embarazada.

— Y ahora debes tener un hijo en Dakar, un jovencito de veintitrés o veinticuatro años.

— Es posible que lo tenga. Y quizá también una hija, en cualquier otro lugar.

— A lo mejor, en Australia. Un hijo y una hija que nunca has conocido.

— Me casé con mujeres pertenecientes a tribus que no me convenían, eso fue todo. Eran las tribus más inteligentes y cultas. Sabían cómo controlar los nacimientos.

— Salta otra vez. El maxilar me está fastidiando.

— Será mejor que tomes otra píldora.

— Una cada cuatro horas. Salta.

Zak saltó.

— Tomar otra píldora no puede perjudicarte — dijo —. Métela en la boca y traga. Es absurdo que vayas dando tumbos por la calle martirizado por el dolor.

— Odio tomar medicinas.

— Si las odias, ¿por qué no te cuidas para evitar necesitarlas?

— ¿Qué te propones ahora? ¿Darme otra lección de cultura física?

— El dolor es algo físico, ¿no? Y tú vives en tu cuerpo, ¿verdad? ¿Qué mal hay en que procures hacer de tu cuerpo un lugar apropiado y grato en el que vivir?

— Ya es un lugar apropiado para vivir. Siempre lo ha sido.

— Tienes la mitad de los dientes fuera de la boca. El resto están cariados o empastados y las encías roídas por los ácidos del tabaco y del alcohol. Vas directamente al descabro. Tu sangre está envenenada y negra. Tus tripas se resisten.

Zak avanzó unos pasos y se volvió hacia él para estudiarle.

— No obstante, considerando el estado en que te encuentras no dejas de tener buen aspecto.

—Dolores de cabeza, no lo olvides —dijo Yep—. Medio sordo del oído derecho. Vista cansada. Miopía. No puedo ver nada a diez metros de distancia sin la ayuda de gafas.

—Por lo menos, tu nariz está bien, ¿no es así?

—Mi nariz está bien.

—Es una nariz hitita o semítica, una nariz pronunciadamente aguileña, que te ha sido concedida para que recuerdes quién eres. Haz de tu casa un hogar cómodo en el que puedas vivir. Límpiame los pulmones del alquitrán del tabaco que has ingerido durante treinta años. Oxigena tu sangre en vez de envenenarla. ¿Para qué necesitas tomar estimulantes? El aire puro es el mejor que existe. La luz del sol, el único que existe.

—Ah, tú no vives en el mundo, Zak.

—Si identificas la idea del mundo con la del cementerio, yo no vivo en el mundo. Pero tampoco vivís en él el resto de vosotros. Os limitáis a caminar a trompicones por el camposanto en busca de un panteón que no esté demasiado poblado, donde poder tumbaros. Por mi parte, procuro vivir, primero, en un cuerpo limpio y saludable y, después, gozar de todo el Universo. Me gustaría poder diluirme en las estrellas y en el firmamento, lo cual considero aún tan posible como lo creía cuando era un niño. Prefiero eso a perderme entre las malandanzas de los hombres en las calles de una ciudad.

—Mamá. Eres el último hombre sobre la tierra, ¿no es así?

Zak saltó. Uno, dos...

—Lo soy.

Después, estalló en carcajadas.

—¿Crees que no estoy harto y cansado de sentirme tan sano? No sé qué hacer con mis músculos y mi energía. Yo quería cantar, ¿comprendes? Quería que mi vida fuese una canción.

—¿Qué clase de canción?

—¿Conoces *Torna*? Una canción como ésa.

—Cántala.

—¿La conoces?

—No, pero me gustaría oírla.

—La tengo grabada en disco en la cabaña de Utah. Tengo un tocadiscos de pilas. Carecemos de electricidad. En cuanto paro un minuto en casa, pongo el disco y lo canto, a dúo, con el tenor. Canto en una cabaña del desierto, en lugar de hacerlo en el escenario del «Metropolitan» de Nueva York o en la «Scala» de Milán. Al hermano pequeño de mi mujer no le importa oírme. Canto como Jesús. Es lo único que siempre he deseado hacer.

—Bien, cántala, ¿quieres? En estas calles sólo hay almacenes y cobertizos. No molestarás a nadie.

Zak se aclaró la garganta, suspiró profundamente y comenzó a cantar. De vez en cuando, surgía en su canción alguna palabra italiana entonada con voz ronca que se suavizaba al emitir el vocablo *torna*, el cual era repetido tres veces seguidas, en acusado crescendo, hasta alcanzar las postreras posibilidades de su capacidad vocal. Después emitía unas cuantas palabras más, en confuso italiano, que sin embargo, resultaban profundamente emocionantes. Zak se detuvo y escupió.

—Esta es mi verdadera vocación, narizotas. Mi verdadera vida. Mi única ilusión. ¿Quieres que te cante el resto?

—Sí, canta.

Zak cantó el resto de la melodía. Lo hacía como el más gran cantante del mundo, el mejor de todos los tiempos.

Se interrumpió de nuevo y miró a Yep, como si le preguntara:

«¿Qué te parece? ¿Qué tal lo hago?»

Extrajo un pañuelo del bolsillo del pantalón y se sonó la nariz.

Narizotas se encontraba media manzana más allá cuando oyó a Zak cantar de nuevo.

Había caído la noche y estaban solos en la calle. Zak cantaba ante un tinglado en el que se leía: «Copley & Sons». Narizotas se apoyó contra el escaparate del almacén de un comerciante al por mayor llamado Murgenhaver.

Zak cantó la canción entera. Al finalizar, avanzó tres pasos y saludó. Narizotas aplaudió con entusiasmo. Zak volvió a saludar. Narizotas siguió aplaudiendo. Entonces, Zak se encabritó en el aire. Uno, dos saltos. Corrió hacia donde se hallaba Narizotas y le rebasó sin detenerse.

—Te juego una carrera —dijo.

Narizotas hizo acopio de fuerzas en su cuerpo caduco y se lanzó en su persecución, le alcanzó, le rebasó y siguió corriendo, mientras Zak le gritaba a su espalda:

—Has perdido tu salud. Ya no puedes correr como lo estás haciendo.

LLEGARON AL BARRIO CHINO, pasearon con lentitud y encontraron una calle, llamada Doyers, apartada del bullicio de curiosos y turistas en la que se hallaba el restaurante de Wah Kee.

—Me gustaría sentarme en compañía de chinos que *sean* chinos —dijo Zak—. Me agradan sus caras inexpresivas. Me entusiasma el misterio del Este.

—Me entusiasma la sopa.

—Quiero sentarme en una mesa pequeña, rodeado de chinos por todas partes. Chinos que hablen en chino. Quiero ordenar el menú, señalando con el dedo.

Miraron hacia el interior del restaurante de Wah Kee.

– ¿Son chinas esas caras? – preguntó Zak.

– Son americanas.

– Resultan también inexpresivas.

– ¿Qué están haciendo ahí dentro?

– Esperando que quede libre una mesa grande.

– Vamos a otro sitio.

– No. Las otras calles están iluminadas y carecen de autenticidad. Ésta es oscura y misteriosa.

– Hay demasiada gente esperando.

– La comida debe de ser buena. Entremos.

Penetraron en el establecimiento, se abrieron paso entre la gente que esperaba en el recibidor y distinguieron a un chino de rostro misterioso. El chino se les acercó y dijo:

– Si ustedes son más gatos del grupo del banquete de despedida, la mesa grande estará preparada en un minuto.

– Mamá...

– No vamos con el grupo – aclaró Zak –. Solamente pretendemos cenar y no, por cierto, coles y alubias.

– Vengan por aquí, por favor. Conduciré a los gatos a los ratones.

El joven chino les llevó a una mesa para dos, situada en uno de los rincones del comedor. Era, quizás, una de las mejores mesas del restaurante que, en su mayor parte, estaba ocupado por chinos de edad madura. Unos cuantos camareros se afanaban por colocar juntas cinco pequeñas mesas,

– Sopa – dijo Narizotas –. Un plato bien lleno, porque es lo único que deseo tomar.

– El gato que toma nota y sirve estará aquí dentro de un instante. Yo soy el gato que se limita a recibir y a sentar a los clientes.

– ¡Vaya, por Dios...! – exclamó Zak.

Tomó el menú del joven chino, que se alejó, casi a paso de danza. La música que surgía de un altavoz era auténticamente china. Una mujer joven cantaba con voz pura, infantil y chillona, en tono de falsete.

– No sé qué pedir – confesó Zak.

– Dile al gato que sirve y toma nota que te traiga carne de tigre. Te comprenderá.

La multitud de clientes que esperaba comenzó a sentarse en la gran mesa, ya preparada. Tres hombres con botellas llenaron los vasos.

– Bien, temo que vamos a tener que estudiar las caras misteriosas de algunos americanos – dijo Zak.

– Hola, Yep – gritó alguien.

Un hombre con una botella de whisky escocés en la mano se acercó a la mesa, oscilando como si se encontrase ya medio borracho.

—Ray Dale. ¿No me recuerdas? Nos conocimos en Nueva York, hace quince o veinte años. Creo que estuvimos enamorados de la misma chica durante una temporada. Harriet Rochester. Unos amigos me están ofreciendo esta cena. Me pareció reconocerte cuando entraste, pero no estaba seguro. La cena va a ser fantástica. Encargué el menú hace una semana. Tienes que unirte a nosotros.

«Ray Dale —pensó—. ¿Qué diablos habrá escrito este hombre? Ah, sí, narraciones cortas en diversas revistas de poca importancia. Pero no recuerdo a nadie que se llamase Harriet Rochester. ¿O sí? Sí, una chica alta, con una larga cabellera negra, que escribió una novela sobre los recolectores de lechuga en Salinas. Entonces, me gustaba hablar de los cosechadores de lechuga. Ahora, lo único que me interesa es tomar una sopa.»

—Mañana marchó hacia Europa, donde permaneceré un año, con una beca —dijo el hombre de la botella—. Va a ser mi primera visita después de la guerra. Tienes que cenar con nosotros, Yep.

—¿Qué te parece, Zak?

—Como tú quieras.

Pasaron a la mesa grande. El hombre de la botella hizo las presentaciones de rigor y se sentaron.

—Soy una admiradora de usted desde que publicó su primer libro —le dijo la señora que se sentaba junto a él. Era la hija de un escritor.

—¿Qué está escribiendo su padre en la actualidad?

—Mi padre murió durante la guerra. Era ya un hombre de edad.

—Sus libros me recordaban a los de Mark Twain. Me gustaría que alguien tradujese alguna otra de sus obras.

—Eso no es fácil —dijo la mujer—. Mi padre escribía un *yiddish* muy peculiar que resulta difícil traducir al inglés.

—Es el escritor más importante en el idioma hebreo, ¿no es así?

—Sí, creo que todo el mundo está de acuerdo en ese punto. Mi madre le adoraba. No comprendía cómo era capaz de escribir las cosas que escribía, en especial considerando que su vida fue, con frecuencia, difícil. Estaba convencida de que recibía el don de la inspiración directamente de Dios.

—Me alegro de veras de haberle conocido; siempre he admirado a su padre y nunca había encontrado oportunidad de hablar de su obra con nadie. Ahora hablo de él con su propia hija. ¿Era un hombre difícil? Quiero decir... si lo fue para usted.

—Oh, sí, desde luego. Dios mío, aquellas depresiones y desesperanzas que duraban días y días... Mi madre solía leerle siempre su última novela, mientras

él tomaba el té y mascullaba su descontento. Sus novelas eran extrañamente cómicas y, al mismo tiempo, inimaginablemente tristes. No podía prescindir de las situaciones grotescas ni de los chistes. Opino que es precisamente por eso que su literatura resulta tan atractiva, ¿verdad?

—Sí, eso creo. Cuando era usted una niña, ocho, nueve o diez años, ¿le llevaba con él en sus paseos o en sus viajes?

—Sí, y entonces el mundo se convertía en la gloria.

—¿De veras?

—Desde luego. No me importaría confesarle los años que tengo, pero considero suficiente con decirle que soy vieja. He estado casada más de veinticinco años. Dos de mis hijos están casados y tienen hijos. Mi hija mayor está prometida y la pequeña comienza a demostrar un lamentable interés hacia los chicos. Ahí tiene usted el cuadro familiar que, con ciertas variantes, imagino que siempre debe ser el mismo. Sin embargo, los mejores recuerdos que guardo en mi memoria son las excursiones que hacía con mi padre. Siempre estuve convencida de que era un hombre extraño, quizás genial. Probablemente loco.

Rió con tal alegría, de un modo tan sumamente infantil que Narizotas abandonó su buen propósito de beber lo menos posible, dentro de los límites que le imponía la ocasión; cogió una botella cercana a él, llenó su vaso y lo vació de un trago, mientras Zak, al otro lado de la mesa, movía la cabeza como diciendo: «Bueno, ya vuelves a las andadas.»

Narizotas le obsequió con una mueca burlona, con la que pretendía dar a entender que no se preocupase por él.

—¿Se daba usted cuenta de que estaba loco? —preguntó.

—Sin duda. Si se hubiese casado con cualquier otra mujer que no hubiera sido mi madre, estoy segura de que su vida habría sido un martirio. Cuando murió casi contaba ochenta años. Comprenda lo que eso significa en un hombre que podía haber muerto fácilmente a los treinta y cinco, o haberse suicidado, o haber enloquecido. Me consta que a usted puedo confesarle estas cosas. Si quiere que le sea sincera, al acercarse a la mesa, hace un momento, me ha sorprendido lo mucho que se parece a mi padre cuando él tenía su misma edad.

—Sus palabras me enorgullecen.

—En seguida me he dado cuenta de lo terriblemente tímido que es usted. Mi padre también lo era. Sin embargo, todo el mundo opinaba lo contrario. Cuando trataba con la gente se mostraba, a la vez, como un escritor y como un hombre educado, un hombre que se empeñaba en no poner de manifiesto el aspecto desagradable de su carácter, quizá su personalidad más genuina, que guardaba exclusivamente para su familia, porque sabía que, a pesar de todo, le comprendíamos y le amábamos.

—Es natural.

—Cuando Ray Dale se acercó a su mesa, yo me di cuenta de que usted deseaba, más que nada en el mundo, que le dejaran tranquilo. Pero también estaba convencida de que vendría con nosotros. Ray es un chico excelente, aunque no tiene nada de escritor. Escritores quedan muy pocos. Sabía que se uniría a nosotros porque vi hacer lo mismo a mi padre muchas veces. «Solos tú y yo —solía decir—. Solos tú y yo, pequeña. Daremos un paseo y echaremos un vistazo al mundo. Después, encontraremos un buen restaurante y comeremos y beberemos las cosas más maravillosas que puedas imaginar.» Pero cuando nos sentábamos siempre llegaba alguien hasta nuestra mesa, la mayor parte de las veces, desconocidos, para decir a mi padre que habían leído su último libro y que le agradecerían que les permitiera presentarle a sus mujeres y a sus hijos. Pronto se formaba un grupo numeroso, una verdadera reunión. Mi padre comía, bebía y contaba historias. Algunas de ellas eran mejores que cualquiera de los libros que escribió. Se las contaba a perfectos extraños. Comía y bebía y contaba historias durante horas y horas. Al fin, cuando se encontraba ya un poco borracho, me abrazaba, se despedía y nos marchábamos. «Ah, pequeña, no era así como yo deseaba que hubiesen sucedido las cosas. Han leído mis obras, les han gustado, las desean y las necesitan. ¿Qué más puede pedir un escritor? No era posible despedirlos, ¿no te parece? Ya sé que a ti no te ha resultado divertido, pero temo que tu pobre y vanidoso padre lo ha pasado bien.» ¿Tiene usted hijos, Mr. Muscat?

Le habló de Rosey y de Van y dijo:

—Me gustaría que siguiese contando cosas de su padre.

—Oh, ya sé que he hablado demasiado. Ahora le toca a usted.

—¿Contarle cosas de mi madre?

La mujer rió de nuevo con tanta inocencia y alegría, que se vio obligado a llenar el vaso y a beber.

—Me gustaría que me hablase de su madre —dijo la mujer—. Debe de sentirse muy orgullosa de usted.

—Al principio lo estaba, aunque prefería no darle demasiada importancia.

—¿Ha leído algo de lo que usted ha escrito?

—Todo lo que he publicado en libros. Le gustan los libros. La *idea* de un libro le seduce. Pero, por favor, siga hablando de su padre.

—Bien —dijo la mujer—, le contaré una pequeña anécdota que siempre me ha divertido y que le permito explicarla a quien desee.

—No pienso contársela a nadie. Cuando leí la primera obra de su padre, yo tenía trece o catorce años. Desde entonces me he encontrado, de vez en cuando, con otras narraciones, generalmente incluidas en antologías, que he leído con tanto interés como si hubiesen sido escritas por mí mismo. Por favor, cuénteme la anécdota de su padre.

—Es referente a mi madre —comenzó la mujer—. Estaba convencida de que no había nadie en el mundo capaz de escribir, excepto su marido. Desde luego, reconocía la existencia de otros escritores, pero mi madre no los consideraba como verdaderos artistas. Y no sé si estaba equivocada... Cuando vinimos por primera vez a Nueva York, mi padre publicó una novela larga, por entregas, en el *Daily Forward*. Trataba toda ella acerca de él mismo, de mi madre, de mis hermanos, de mis hermanas y de mí, de nuestros amigos y vecinos, de gente real y de gente imaginaria que vivía en Nueva York, en América, en todo el Nuevo Mundo. Creo que es lo mejor de él.

—No pretendo interrumpirla, pero, por favor, dígame su título.

—Bueno, creo que en inglés podría traducirse como *Adiós, ghetto*. Nosotros veníamos de Polonia, del *ghetto*, ¿comprende? Y, como es lógico, había judíos en Nueva York, llegados de otros lugares de Europa. Conocíamos a un joven de Bucarest que quería ser escritor. Por cierto que llegó a serlo, y bueno. Quizá conozca algo de su obra. Parte de ella ha sido traducida. Gyorgi Gloschmann.

—Me suena el nombre.

—Bien, Gloschmann se puso en contacto con mi padre al poco tiempo de llegar nosotros a Nueva York. Era muy joven y, antes de abandonar sus estudios eclesiásticos, había leído todo lo que mi padre había escrito. Había ejercido como rabí, pero decidió convertirse en escritor, como mi padre. Visitas de este tipo eran frecuentes en nuestra casa. «Está trabajando —le decía mi madre a Gloschmann—. Quienquiera que usted sea, siéntese aquí y tome una taza de té. Pronto saldrá de su estudio y se alegrará de verle.» Y así fue. Mi padre charló con Gloschmann durante horas y horas, desde las cuatro o las cinco de la tarde hasta bien entrada la noche. Por fin, el joven se levantó para marcharse. «Me gustaría volver de nuevo, si eso fuera posible», dijo. Mi padre le contestó, en el más cálido tono de voz imaginable: «Muchacho, si quieres ser escritor no vengas nunca más por aquí. Si nos encontramos en la calle, no debes ni hablarme. Límitate a saludar con la cabeza y a sonreír, como haré yo. Si vas a dedicarte a la literatura tenemos que mostrarnos corteses, pero enemigos enconados. Si, por el contrario, no te interesa escribir, ven por aquí cuando gustes.» Gloschmann quedó atónito. Mi padre lo acompañó hasta la puerta y después, fuera de la casa, hasta la esquina. Y así pasaron muchos años. Una vez al mes, como mínimo, mi padre preguntaba a mi madre: «¿Has visto algo de Gloschmann?» Y mi madre invariablemente contestaba: «¿Quién es Gloschmann?» «El joven de Bucarest con el que hablé durante tantas horas y a quien expliqué todo lo que sé sobre literatura, absolutamente *todo*. Nunca ha vuelto por aquí y, por lo tanto, deduzco que se toma en serio la literatura. Pero, ¿dónde están sus obras?» Durante años y años, Gloschmann se convirtió en una especie de miembro invisible de nuestra familia. Y, de pronto, un día apareció

en el *Daily Forward* una pequeña narración de Gyorgi Gloschmann. Era una imitación descarada del estilo de mi padre, pero mi padre dijo: «Oh, lo ha logrado, lo ha logrado. Estoy muy satisfecho.» Pasaron más años y, de repente, Gloschmann llegó a ser un escritor de fama y reputación. Narraciones y narraciones, todas ellas escritas en el mismo estilo que mi padre. Sin embargo, ¿quién puede imitar lo inimitable? Mi padre era ya un hombre viejo. Apenas escribía, pero todo lo nuevo que salía de su pluma se me antojaba aún, y, por favor, perdóneme, *maravilloso*. De pronto, en los círculos intelectuales corrió la voz de que Gloschmann estaba escribiendo una obra monumental. Mi madre se reía. Después, apareció el libro. Trataba de los judíos en Nueva York, estaba escrito en *yiddish* y causó verdadera sensación. Lo leyó todo el mundo. Todos hablaban de él. Todos, excepto mi madre. Yo lo leí y puedo asegurarle que su semejanza con *Adiós, ghetto*, escrita diez o doce años antes, resultaba sorprendente. No obstante, era una buena obra. La titulaba, *Hola, Paraíso*. Aunque mi madre juró lo contrario, estoy segura de que leyó el volumen que yo había comprado. Sea como sea, el libro desapareció de casa. Debió de quemarlo. Un día, mientras iba de compras, vio a Gloschmann en la calle. Lo reconoció inmediatamente, a pesar del tiempo transcurrido y de haberse transformado, de un bohemio, en un caballero con guantes, sombrero, bufanda, bastón y todo lo demás. Bien, aquí radica la gracia de la anécdota. Mi madre, cargada con dos bolsas de papel llenas de productos alimenticios, detuvo a Mr. Gloschmann en mitad de la calle. Él no tenía la más ligera idea de quién pudiese ser ella, lo cual, según mi madre, demostraba claramente que *no podía* ser un escritor. Él la miró el tiempo suficiente para recordarla, y entonces ella le preguntó en inglés: «¿Ha escrito usted *algo*?» Naturalmente, quedó sorprendido, porque le costaba creer que hubiese nadie en el mundo que no considerara una obra maestra lo que acababa de publicar. Cuando estaba a punto de replicar, Dios sabe lo que sería, mi madre dio media vuelta y siguió calle abajo. Al llegar a casa nos explicó el encuentro y nos reímos todos. Sólo mi padre permaneció serio: «Bien, ¿ha escrito algo en realidad?», preguntó. Y entonces fue mi madre quien rió a carcajadas. Ésa es la anécdota. Creí que podía interesarle.

— ¡Qué madre más fantástica y qué padre más maravilloso...!

Se inclinó hacia un lado en su silla de alto respaldo, colocó sus brazos alrededor de la mujer, la besó en la mejilla y contempló con fijeza sus ojos grises, llenos de inteligencia, humor, soledad y orgullo.

Al término de la cena, Ray Dale se levantó y dijo:

— Mis queridos amigos, mañana os dejaré y, creedme, esa idea me parte el corazón.

Siguió hablando durante un minuto o dos, y más tarde se pronunciaron otros breves discursos, seguidos cada uno de ellos por un brindis.

Por fin, Yep se puso en pie y se despidió. Ray Dale le alcanzó en la calle.

– Yep – dijo –. Me gustaría hablar contigo.

– Adelante.

– Bueno, las cosas no me han ido muy bien, ¿comprendes? Dos esposas y un hijo de cada una de ellas... Echo de menos a los chicos, me siento deprimido y derrotado y he decidido obtener una beca y huir a Europa. Tengo un hijo de quince años que debería pasar junto a su padre algunas temporadas, pero apenas le conozco. Lo mismo me ocurre con la niña, de once años. Mi segunda mujer me dejó hace un año. Obtuvo el divorcio el mes pasado. Siempre creí que volvería a mi lado, porque ella sabe que mi hija me quiere y me necesita. Aquí me tienes. ¿Qué es lo que me queda? Una beca. Estupendo, ¿verdad? Lo único que poseo es una inteligencia a punto de agostarse definitivamente y una beca. Todos los que han estado presentes en la cena lo saben. He estado arruinado durante años. Y no he sido capaz de escribir una sola línea que merezca ser leída. ¿Sabes que he estado trabajando tres años en Bloomingdale? Bueno, no quiero tenerte más tiempo en mitad de la calle.

– Estoy en el «Great Northern». Si tienes tiempo, ven a verme y hablaremos.

– Bebes demasiado – le dijo Zak.

– No te preocupes por mí.

– Te estás matando.

– Pretendo matar el dolor de mi maxilar.

– Y, a la vez, te matas a ti mismo. Eres igual que hace cuarenta años. No te comprendo.

– Ah, canta tu canción, ¿quieres?

Mientras caminaban, Zak cantó la canción. Pasó un taxi junto a ellos, Zak lo detuvo y subieron. Yep descendió en el «Great Northern», subió a su habitación y se metió en la cama.

Estaba convencido de que se quedaría dormido en el instante en que se metiese entre las sábanas, y así fue.

LA LLEGADA DE OCTUBRE le sorprendió en la profunda inconsciencia del primer sueño, en el paréntesis de un cuerpo dormido, en el descanso, alejado del mundo, alejado de sus habitantes, alejado de su cuerpo enfermo, de su mente torpe, inundada de alcohol, atiborrada de comida.

– Estamos en octubre. Setiembre murió.

A los cinco minutos estaba otra vez en pie, tambaleándose en su camino hacia el baño, en busca de la píldora olvidada. El maxilar le palpataba y le dolía sordamente. El sabor a éter de la medicina que impregnaba el drenaje se mezclaba en su boca con la aspereza del tabaco y el hedor del whisky. Tragó la

pastilla blanca y redonda, pensando: «Soy invulnerable.» Después bebió unos sorbos de agua, pensando: «Soy eterno.» Se encontró de nuevo completamente despierto y extrañamente dispuesto a no dormir, a pesar de que, cinco minutos antes, al meterse en la cama, había creído que dormiría de un tirón toda la noche.

Encendió un cigarrillo y miró el reloj para comprobar si se trataba todo de un error, para convencerse de que no se había parado, con la esperanza de descubrir que había estado durmiendo toda la noche y que se hallaba descansado y fresco. El reloj permanecía vivo, sus agujas avanzaban con lentitud y con ritmo. Eran las dos menos seis minutos de la madrugada.

Estaba pensando en telefonar a alguien, cuando sonó el aparato con un breve timbrazo, sin duda porque la telefonista deseaba que no lo oyese en caso de que estuviese dormido. Pensó que algo grave ocurría, que no se había despertado a los cinco minutos sin que algo lo justificase. Cogió el auricular.

– Por favor, no te alarmes – dijo Laura –. Te llamo desde casa.

– ¿Qué sucede?

– Van. Se ha despertado hace unos minutos. No ha hecho el menor ruido y no ha molestado a nadie. Se ha metido en el cuarto de baño y le he oído vomitar. Tenía la cara enrojecida. Le he limpiado con una toalla caliente y le he llevado a mi cama. Le caían las lágrimas, pero no lloraba. Se debía al esfuerzo por vomitar. Después, ha vomitado un poco más. Estaba helado y me ha dicho que le dolía mucho la cabeza. De vez en cuando padece jaquecas. He creído que lo mejor era llamar al médico, pero Van se ha negado en absoluto. Como estás aquí, te llamo a ti. Espero no haberte despertado.

– No. La verdad es que he llegado hace unos minutos. Estoy completamente desvelado. Dime, ¿Rosey está bien?

– Sí, duerme como un tronco. Está entusiasmada ante la idea de salir contigo mañana.

– Bien. Y tú, ¿cómo te encuentras?

– Muy bien. Se trata sólo de Van.

– ¿Y Miss MacDougal?

– Por favor, Yep. Estamos todos bien. Se trata únicamente de Van.

– ¿Aún no ha entrado en calor?

– No del todo. Quizás esté menos frío que antes. Está a mi lado, escuchando.

– ¿Puedo hablar con él?

– Desde luego.

– ¿Van?

– Hola, papá.

– ¿Cómo te encuentras?

- Creo que me excité demasiado en el partido.
- Los «Dodgers» *ganaron*.
- Sí, pero también estuvieron a punto de ganar los dos primeros partidos y no lo hicieron. Temía que también fuesen a perder el de hoy.
- ¿Qué opinas? ¿Ganarán el campeonato?
- Si no lo ganan, son una partida de indeseables, papá.
- Así es como se les llama. Se les conoce por ese nombre desde hace muchos años.
- Son los mejores. Tienen el mejor equipo, no sólo en la Liga Nacional, sino en todo el mundo. Pero cuando se encuentran ante partidos comprometidos se achican inexplicablemente. ¿Sabes?, Kitty Delmonico va a favor de los «Yanks». Siempre ha sido una fanática de ellos. No le reprocho que tenga un equipo favorito, especialmente este año. Los «Yanks» son un puñado de jugadores viejos y cansados que, sin embargo, ganan partidos a equipos más fuertes y mejores. Ella me lleva a los partidos, aunque no hay ningún chico de mi edad que los presencie todos. Algunos ven uno o dos, y basta. Me siento profundamente agradecido a Kitty por llevarme a los partidos y la admiro por su entusiasmo hacia su equipo, pero al mismo tiempo no puedo disimular mis simpatías hacia los de Brooklyn. Esa situación me confunde y me intranquiliza.
- No debes preocuparte por una cosa como ésta. Tú anima a tu equipo y Kitty que anime al suyo.
- Me gustaría hacerlo, pero temo cometer una falta de educación.
- No es mala educación.
- ¿Crees que este año ganarán los «Dodgers», ahora que han obtenido su primera victoria? Tuvieron que esperar a jugar en su terreno para conseguirla. Tienen que jugar dos partidos más en Ebbets Field, pero aun suponiendo que ganasen los dos y se colocasen en primer lugar, el último partido debe celebrarse en el Yankee Stadium y parece como si se olvidasen de cómo se juega al béisbol en ese campo. ¿Qué opinas, papá?
- No se puede asegurar nada, desde luego. Sin embargo, tengo confianza en los «Dodgers». Si quieres que te diga la verdad, habría deseado que ganasen seguidos los tres primeros encuentros para asegurarse el campeonato desde el primer día.
- Me preocupa el partido que tienen que jugar de nuevo en el Yankee Stadium.
- Falta aún mucho tiempo para preocuparse por eso. Mañana, cuando asistas al partido, límitate a disfrutar de las jugadas, sin importarte demasiado que ganen o pierdan.
- No, no quiero que pierdan. Si pierden el partido de mañana se ha acabado todo, papá. Se hundan definitivamente, no sólo en el campeonato, sino

para siempre. Ahora poseen el mejor equipo que han tenido jamás, y si se muestran incapaces de derrotar al equipo de viejos del «Yankee» por el hecho de que Casey Stengel los entrene, están acabados para siempre.

—No, nunca se puede asegurar nada. No creo que mañana pierdan. Sin embargo, si así ocurre, no significa necesariamente que no puedan ganar aún el campeonato. Uno de los equipos tiene que vencer en cuatro partidos y, mientras sigan participando todos, yo siempre estaré convencido de que triunfarán los «Dodgers».

—Sobre el papel, así es. Pero cuando uno está presenciando los encuentros se tienen en cuenta los menores detalles. El primer partido lo hubiesen ganado los «Dodgers» a no ser por un estúpido fallo. ¿Qué ocurrió, pues? Que ganaron los «Yanks». Y eso puede ocurrir, y hasta ahora ocurre, en todos los partidos.

—Por esa razón tanta gente es aficionada al béisbol. Creo que es el deporte más bonito que existe en el mundo.

—Yo también opino así. Y estoy seguro de ser afortunado al poder asistir a todos los encuentros del campeonato.

—¿Qué sueles comer durante los partidos?

—Perros calientes y helados.

—¿Están buenos los perros calientes?

—Saben bien.

—Bien, Van. Voy a decirte lo que te sucede. Te gusta el deporte y sientes simpatía por tu equipo, tomes perros calientes y tomas helados, eres respetuoso con Kitty a pesar de su entusiasmo por los «Yanks», comprendes perfectamente la belleza del juego, y entre la intensidad de tus sentimientos, los perros calientes y los helados, te has puesto un poco enfermo. Pero no es nada. ¿Cómo está ahora tu cabeza?

—Ya no me duele. Es psicossomático, ¿comprendes? Nunca tengo dolores de cabeza, a menos de que me encuentre excitado, nervioso o me ocurra algo raro.

—Me sorprenden tus conocimientos médicos. Yo nunca supe que podían existir enfermedades psicossomáticas hasta hace unos años. Tienes una gran facilidad para conocer tus males y diagnosticarte.

—¡Bah!, son cosas sencillas, papá. Me entiendo muy bien a mí mismo. A los que no comprendo, por mucho que me esfuerce, es a los «Dodgers».

Rieron los dos y Laura cogió el teléfono.

—¿Qué le pasa? Le hice ponerse al teléfono para que descubrieses qué le ocurre y lo único que habéis hecho ha sido hablar de béisbol.

—Eso es, precisamente, lo que ocurre. Está bien. Admira a su equipo, como hacen otros muchos, y le pone enfermo ver que no juegan como debieran. Tócale los pies y dime si están fríos.

– Ahora los tiene calientes.

– Está bien. No hay necesidad de llamar a un médico. Me pregunto si puedo sugerirte que pase el resto de la noche en tu cama.

– No había pensado en dejarle volver a su cuarto.

– ¿Cómo ha ido el ensayo?

– Bastante bien. Pero el intento de ensayo general definitivo ha resultado lamentable. He trabajado en el escenario durante una hora, y he venido directamente a casa. Y tú, ¿cómo te encuentras?

– Estupendo. Estoy impaciente por salir con Rosey mañana.

– Ella también lo está.

– De acuerdo. Ahora, meteos los dos en la cama y tratad de dormir.

«Bien – pensó –. Vamos a ver. Sábado. Primero de octubre. Sí, eso es. Dentro de ocho horas habré estado en Nueva York dos días enteros. He obtenido un contrato en toda regla con “El mundo vivo”, pero el dinero irá íntegro a la oficina de impuestos. Me he entrevistado con Larry Langley, con su hermano Walter y con Adolph Zamlock y les veré de nuevo a las diez de la mañana. He visitado la oficina de Baragaray, y Jessica me ha comunicado que le diría que me llamase, cosa que aún no ha hecho. He visto a los niños. He llevado a su madre a “El Marocco”. Zak ha venido a la ciudad y nos hemos encontrado, después de veinte años. El doctor Levy me ha extraído el diente muerto. Harry Hyan me ha telefoneado para decirme que Jack Bloom quiere comprar *Los vagabundos*. He paseado por el Bowery en compañía de Zak. He visto y pateado las mismas calles por las que paseó mi padre en 1905. Zak ha cantado una canción. Hicimos una carrera en plena calle y, a pesar de su ventaja inicial, logré vencerle. Hemos ido al barrio chino. Allí, encontramos un restaurante. Un escritor surgió de las brumas del pasado. Nos hemos sentado a su mesa y he conocido a la hija de un gran autor. Después, he venido al hotel, he intentado dormir y me he despertado al cabo de cinco minutos. Laura ha llamado para decirme que el chico estaba enfermo. He hablado con el niño y está bien. Los “Yanks” llevan dos partidos ganados y los “Dodgers” uno. Después de veinte años, vuelvo a encontrarme en el “Great Northern”. Bert, el mozo de equipajes, aún está aquí y presenta el mismo aspecto de siempre, actúa como siempre, pero no es *el mismo*. No he escrito ni un cuento. No he escrito ni un poema. No he escrito nada, excepto algunas cartas. He llamado a Leonard Lyons, quien me ha puesto en contacto con un revendedor de entradas que podía mucho dinero por dos localidades para el partido de mañana. Mi maxilar me duele y me palpita. No puedo dormir. Cuando era niño, deseaba que me llegasen esos momentos de serenidad. Aquí tengo uno, al fin, y no me cambiaría por nada ni por nadie en el mundo, vivo o muerto.»

Tales pensamientos duraron el tiempo que tarda en consumirse un cigarrillo.

Cogió una cuartilla con membrete del hotel de encima de la mesa escritorio y garabateó: «Tanto el autobús como la bicicleta funcionan gracias al volante»<sup>5</sup>.

Encontró los recados telefónicos que había subido a su habitación y que no se preocupó en mirar siquiera. 8,05: llamó su hija. 9,25: llamó Larry Langley. 10: Larry Langley. Llámeme a su casa, a cualquier hora.

Dio a la telefonista el número de la casa de Langley, escuchó el teléfono dando seis o siete llamadas, comprendió que el hombre estaba durmiendo, pero decidió no colgar. Por fin, contestaron a la llamada. Una voz de hombre dijo:

– Residencia de Mr. Langley

– Mr. Langley me ha dejado recado de que le telefonee a la hora en que llegase a casa. Acabo de llegar.

– ¿Mr. Muscat?

– Sí.

– Está durmiendo, pero me consta que desea hablar con usted. Lo despertaré.

Langley dijo al instante:

– Me alegro de que me hayas despertado. Estaba durmiendo mal. Zamlock me ha llamado a las nueve. Estuvimos hablando por teléfono cerca de una hora. Me dijo que había estado trabajando con su abogado en la redacción del contrato durante toda la tarde. Me ha leído las cláusulas más importantes y no he tenido más remedio que decirle que las aceptarías. Quería saber exactamente tus deseos. No se los he querido decir. No se pueden manifestar de sopetón tus condiciones. Hay que ir dejándolas caer entre otras cláusulas que le resulten agradables a él. Por ejemplo, que te comprometes a escribir una comedia para un hombre que nunca ha producido nada en teatro; por ejemplo, que tu obra será de excelente calidad y que le colocará a la cabeza de todos los empresarios del país. Sin embargo, como sabes, Zamlock no es tonto e insistió tanto en conocer tus condiciones que tuve que decírselas. Permaneció unos minutos en silencio y, al fin, dijo: «Jamás creí que nadie pudiese ofrecer a un escritor semejantes ventajas.» Me mostré de acuerdo con él. De nuevo volvió a callar durante un rato y añadió: «He oído decir que es un jugador. Le diré a mi abogado que redacte un contrato que recoja íntegramente sus pretensiones. Cuando nos veamos mañana, nos lo jugaremos todo a la carta más alta. Si gano yo, él deberá aceptar mi contrato, si gana él yo aceptaré el suyo.» Por esta razón me alegro de que me hayas despertado. Aun cuando no soy tu agente, si tú y Zamlock llegáis a un acuerdo obtendré el diez por ciento de su parte, y debo manifestarte que me opongo a esta solución de la carta más alta. No se puede

---

<sup>5</sup> Refrán o dicho popular americano. —N. del T.

andar jugándose un asunto como éste a la carta más alta. Él no tiene nada que perder. Suponiendo que tú ganases, siempre podrá alegar que no le gusta la obra que le has escrito y saldría del paso perdiendo los mil dólares que te ha enviado. Creo que es preciso retrasar la segunda entrevista con él. Puedo decirle que estás enfermo.

—Es posible que, efectivamente, mañana esté enfermo. Pero, a pesar de ello, quiero verle a las diez de la mañana. Tengo el presentimiento de que no vamos a llegar a un arreglo y prefiero saberlo cuanto antes.

—El parece dispuesto a solucionar el asunto favorablemente.

—Parece preocupado por sus mil dólares. Bien, todavía no he cobrado el cheque. Cuando llegue el momento oportuno se lo devolveré, aunque no exista razón alguna para hacerlo. Os avisé a los dos, a ti y a él, que las cosas deben quedar claras y que no aceptaré cabos sueltos. Puede haber acuerdo y puede no haberlo. Mañana, a las diez, iremos a verle.

—Me gustaría que me dejases decirle que estás indispuerto.

—Indispuerto es lo mismo que enfermo, ¿no es así? Si quiere que le devuelva los mil dólares, necesito saberlo cuanto antes. Mañana por la mañana podría hacerlo. Por la noche quizá resultase imposible.

—Preferiría que no os lo jugaseis a la carta más alta.

—El no pretende jugar nada a la carta más alta. Lo que en realidad desea es firmar conmigo el contrato que ofrecería a un autor desconocido. No fui yo quien le busqué. Lo que sí es cierto es que exijo la mitad de los beneficios. Necesito dinero. En estos instantes no necesito nada más. Nos entrevistaremos con ese hombre mañana, a las diez.

—¿Tienes ya la idea para la comedia?

—Déjate de tonterías. Eso es como preguntar a Zamlock si su dinero es de curso legal o simples papeles de colores. Déjate de tonterías.

—Sólo quería hacerte comprender que si le coges en buena disposición y le hablas de la obra que piensas escribir, habría más probabilidades de que aceptase tus condiciones sin necesidad de jugar a la carta más alta.

—Después de lo cual, como muy bien has dicho antes, podría decirme que no le gusta mi comedia.

—El tipo está entusiasmado y si pones un poco de tu parte acabará por aceptar tu contrato.

—No está entusiasmado. Lo que ocurre es que tengo su cheque en la cartera. Si durante la entrevista de mañana le diese diez minutos para pensarlo, te juego cinco contra uno que aceptaría la devolución del cheque y concluiría todo. Te juego cien contra quinientos.

—Jamás permitiría que me pagases quinientos dólares.

— ¿No aceptas la apuesta? Conoces a Zamlock. Yo no. También te conoces a ti mismo. Yo tampoco te conozco. Tú no me conoces a mí y yo sí. Pero yo te apuesto lo que quieras a que diez minutos después de sentarnos mañana en su oficina, si le ofrezco el cheque lo tomará. ¿Aceptas la apuesta?

— No, Yep. No me gusta el juego.

— Tampoco le gusta a Zamlock. Yo dejé también de jugar hace tiempo, pero, de vez en cuando, me gusta experimentar sus emociones. Nos veremos a las diez. Y le devolveré el cheque a las diez y diez minutos.

— Yep, por favor, ¿me dejas que te diga algo? Este puede ser uno de los más sonados y ventajosos acuerdos en la historia del teatro americano.

— Si con eso pretendes insinuar que puede constituir un buen negocio para un escritor, en lugar de serlo para un hombre cargado de dinero, estoy de acuerdo contigo. Podría serlo si no mediase una circunstancia: el hombre cargado de dinero. Hay que darle una lección, incluso antes de entregarle la comedia. Te veré a las diez.

— Déjame decirle que estás enfermo — insistió el agente —. Por lo que a mí respecta, lo estoy. Mi úlcera de estómago me está martirizando. Deja que las cosas se suavicen durante tres o cuatro días.

— Estaré allí a las diez.

— Bien, creo que cometerás una lamentable equivocación. Consúltalo con la almohada. Yo te llamaré a las nueve. ¿Qué mal hay en esperar tres o cuatro días?

— Si tengo que devolverle el cheque, quiero hacerlo cuanto antes. Dentro de tres o cuatro días ya no lo tendré en mi poder y, en consecuencia, me veré obligado a examinar un contrato tras otro, a celebrar una reunión tras otra y a mantener un sinnúmero de entrevistas que de nada servirán. No tengo tiempo para todo eso.

— Precipitar las cosas hará más difícil que se acepten tus condiciones.

— No conseguiré que acepten mis condiciones. Tú lo sabes. Él lo sabe y yo lo sé. Y tampoco voy a aceptar otras. Tú no lo crees. Él tampoco lo cree. Y por eso conservo el cheque intacto, para que al fin podáis convencerlos los dos.

— Por favor, piénsalo esta noche.

La telefonista cortó para decir que esperaba otra llamada.

— Te veré a las diez.

Cortó la línea y cuando volvió a coger el auricular distinguió las voces de Laura y de Van que reían alegremente.

— Estamos inventando canciones — dijo Laura —. ¿Quieres oír la que acaba de componer Van?

— ¡Claro que quiero oírla! Pero, ¿cuándo vais a meteros en la cama y a dormir?

—Oh, hay tiempo de sobra para dormir. ¿Con quién has estado hablando durante tanto rato, a estas horas de la madrugada?

—Con un agente que se vuelve histérico en cuanto huele algo de dinero. Cantadme la canción.

Sonó la voz de Van.

—Ahí va, papá.

Cantó con voz suave, conteniendo la risa. La canción se refería a alguien que decidía vomitar porque se sentía feliz.

—Magnífica. Ahora, id los dos a la cama.

—Buenas noches, papá.

Colgó el auricular y encendió otro cigarrillo.

«Vine a Nueva York a verle a él y a su hermana pensó—. Fue una idea excelente. Uno nunca puede estar seguro de nada. Cada vez que les veo puede ser la última.»

Consumió el cigarrillo, marchó al baño y tomó otro vaso de agua. Se lavó los dientes, intentando hacer desaparecer el mal gusto de su boca, pero no lo consiguió. Volvió a la cama y apagó la luz.

ESTA VEZ, DESCALZO Y REBOSANDO alegría, corrió directamente al campo de amapolas. Pero pronto desapareció de allí y se encontró de pie cerca de Shag, que clavaba cajas con su habitual rapidez. Después, repentinamente, se vio a bordo de un pequeño vapor, efectuando la travesía de San Francisco a San Pedro. Al fin, había cumplido diecisiete años y se sentía consciente de sí mismo, llevaba en el bolsillo dinero propio, en su cabeza ideas propias y planes propios en su corazón. Experimentaba la sensación de ser dueño de sí mismo y de su mundo.

Benjamín Franklin dijo: «Cuando partas por tu propia cuenta y llegue el momento de responsabilizarte de tus actos, no te entusiasmes ni te descorazonas. Si tienes una misión que cumplir o una vida que vivir, la responsabilidad no debe abandonarte ni abrumarte como una carga, insostenible. Por el contrario, debe más bien aceptarse con alegría en el momento feliz en el que la recibes en tu propia personalidad.»

Pero en el vapor se sentía libre de responsabilidad alguna.

Había una mujer que afirmaba ser la madre de un hombre que le acompañaba, pero nadie parecía interesado en ella. La mayor parte de los pasajeros estaban mareados. Se mantenían vivos en la esperanza de abandonar pronto el barco y encontrarse de pie sobre un sólido pavimento de cemento. El vapor cabeceaba y oscilaba en alta mar.

—Me estoy curando. Estamos en octubre y en ese mes siempre sano. El verano ha terminado. Han llegado los días serenos y soy *aún* un hombre que

duerme y se despierta. Recojo los viejos pedazos de mi vida y los coloco en lugares distintos.

Lo olvidó todo, pero pronto adquirió conciencia de que alguien le llamaba por el mote de *Narizotas*.

— Ese soy yo, probablemente. Pero, ¡al diablo también con él!

Se encontró de nuevo en estado de total inconsciencia, más allá del tiempo, más allá del dolor, en la misma entraña de su madre, profundamente dormido, como si fuese el amasijo de carne y de huesos de un niño no nato.

— Huelo a melocotones.

La anciana, la madre de su madre, le llevaba al barbero armenio de la calle L., enfrente del Auditorio Civil. Al principio, ella y el barbero hablaban y, después, la mujer decía:

— Anda, súbete a la silla.

Se subía al sillón y permanecía allí, sentado, inmóvil, mientras el barbero ejercitaba su oficio sobre una cabeza de cinco años. Contemplaba en el espejo el rostro de un niño de expresión serena, con una nariz como el pico de un halcón. *¡Qué misterioso resulta siempre el rostro de un hombre! ¡Qué extraño es la revelación de su imagen interior!*

El barbero trabajaba sin dejar de charlar con la anciana hasta que concluía su cometido.

En la calle, la anciana metió la mano en una bolsa de papel y extrajo un melocotón grande como una pelota de béisbol.

— Toma, por no haber lanzado ni siquiera un gruñido — dijo —. He visto a niños berrear como si les llevaran al matadero. Eres un digno hijo de mis hijos. Come este melocotón.

Cogió el melocotón y se lo llevó a la boca. El perfume de la fruta transportó el hombre que dormitaba a tiempos extrañamente recuperados y a la contemplación de la increíble gloria que constituía un melocotón.

La vieja le limpió la barbilla con un pañuelo que poseía, asimismo, un perfume peculiar, y mientras caminaban consumió la piel, la carne y el zumo de la fruta. Después paseó por su boca el hueso rugoso hasta dejarlo completamente limpio, y cuando acabó la operación intentó meterlo en el interior de un bolsillo.

— Estos pantalones no tienen bolsillos — dijo la anciana —. Dámelo, yo te lo llevaré.

— No.

— Bueno, pues llévalo en la mano. Parece mentira que en el interior de un melocotón haya una cosa como esa, ¿verdad?

No contestó porque conocía a la anciana demasiado bien, aunque ignoraba que era la madre de su madre. Era una mujer formalista, dogmática, intransigente y sincera. Aquel era el motivo. Aquella era la razón. Le constaba

que ella no aguardaba respuesta a todo lo que decía. Si esperaba un poco, estaba convencido de que todo lo que deseaba saber recibiría la contestación adecuada por parte de la anciana.

—Se planta la semilla... —dijo.

Hizo hincapié en la palabra «semilla».

—Se planta la semilla y crece el árbol. Al llegar el verano, los melocotones cuelgan de las ramas. Entonces es el momento de encaramarse a él, de sentarse en una rama y de ponerse a comer un melocotón.

Él permaneció en silencio. Cuando penetraron en el patio de la casa, se dirigió al granero. La vieja le preguntó.

—¿A dónde vas?

El niño distinguió la pala en un rincón.

—Oh, sí —dijo la mujer—. Es el momento oportuno de plantar la semilla.

La anciana cogió la pala y se dirigieron al amplio jardín para escoger un lugar digno en el que pudiese crecer un melocotonero. La mujer se detuvo en uno de los extremos del jardín, junto a la valla.

—¿Aquí?

—No.

Él volvió al centro del jardín, donde la vieja cultivaba tomates, calabazas, alubias, menta, melones y cebollas verdes que exhalaban el perfume reconfortante de todo lo que crece y medra, con limpieza y prosperidad. La vieja comenzó a cavar la tierra, húmeda y blanda.

—Así es como debe plantarse un árbol —dijo—. Se coloca la semilla en una tierra viviente como ésta, se la cubre con la misma tierra extraída y el tiempo y el sol y la luna y la lluvia y el aire abrazan la semilla hasta que ésta despierta y crece por sí sola, hasta convertirse en un árbol, en un melocotonero que produce muchos melocotones, cada uno de ellos con su propia semilla.

Él echó la semilla en el agujero, se puso en cuclillas y lo cubrió con la tierra oscura y fecunda del jardín. La anciana pisoteó la tierra suelta hasta que se puso compacta. Después arrancó un pequeño esqueje de una planta tomatara y lo clavó en la tierra, cerca del lugar donde ahora yacía oculto el hueso de la fruta, como si se tratase todo de un secreto que solamente él, ella y la semilla tuviesen derecho a conocer. Después dijo:

—Ese esqueje señala el lugar donde Yeprat Moscatian enterró el hueso de un melocotón para convertirlo en un árbol.

Nunca había existido un melocotón como aquel. Nunca había conocido el gran misterio dramático que entrañaba plantar un hueso de melocotón.

—Siento dolor en algún sitio.

Se hallaba inmerso en un inexplicable viaje a otros tiempos y lugares, ya irremisiblemente perdidos, cuando distinguió un ruido que le despertó con un

sobresalto violento. Se sentó sobre la cama, extendió el brazo y agarró el teléfono con la mano. Intentó articular alguna palabra:

—¿Yep? Espero no haberte despertado —dijo Langley—. Si así ha sido, estamos empatados. La secretaria de Zamlock acaba de llamar para comunicarme que nuestro hombre ha salido hacia Boston para un asunto urgente. Si no me crees, puedes llamarla a ella.

—¿Por qué no iba a creerte?

—Quiero decir que yo estaba convencido de que no iba a ser conveniente que nos viésemos hoy. Yo quería aplazar la entrevista, y tú no. El hombre ha puesto fin a nuestras diferencias. En estos momentos, a las diez de la mañana, está ya volando.

—Muy bien.

—Preparemos la entrevista para la semana que viene.

—De acuerdo.

—Te deseo un feliz fin de semana.

—Gracias.

—Yo voy a pasarlo en casa. Veré el partido por televisión. ¿Qué equipo es tu preferido?

—Los «Dodgers». Me gustaría que ganasen los cuatro partidos seguidos.

—¿Estás bromeando?

—No.

—Existe una probabilidad contra diez de que eso suceda.

—Uno contra cincuenta.

—Te juego veinte dólares contra uno a que los «Dodgers» no ganen esos partidos.

—No pienso apostar más. Pero si lo hiciese no sería un miserable dólar. Veinte a uno no me interesa. Y menos aún diez contra uno. Me juego cien dólares contra mil a que los «Dodgers» sacan adelante los cuatro partidos.

—¿Cien dólares?

—Sí.

—No podría aceptar tu dinero, Yep.

—Yo pienso aceptar el tuyo. ¿Por qué no vas a hacer tú lo mismo? Se trata de una apuesta.

—Si los «Dodgers» no ganan cuatro partidos seguidos, contando el de ayer como el primero, me pagas cien dólares. Sí, por el contrario, los ganan, yo te pago mil. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien, Yep, acepto la apuesta. Dejemos de pensar en nuestros asuntos y ya nos veremos.

Colgó el auricular y miró el reloj. Eran las diez y cuarto. Resultaba difícil creer que había estado durmiendo tan profundamente y que no hubiese despertado mucho antes. Se alegró de que Zamlock hubiese salido de la ciudad, porque, después de todo, había mantenido siempre la norma de que ni la enfermedad ni la borrachera eran capaces de impedirle acudir con puntualidad a una cita.

Se sintió encantado ante la perspectiva de poder disfrutar durante todo el día de la compañía de Rosey, sobre todo tras haber dormido seis o siete horas. Sin embargo, no se levantó de la cama. Permanecería media hora más acostado y después se levantaría para comenzar la jornada. La niña no le esperaba hasta mediodía. Lo importante era que se encontraba fresco y descansado en magnífica disposición para disfrutar de un día libre.

Se consideraba afortunado por el inesperado rumbo que habían tomado los acontecimientos: su sueño profundo, la marcha de Zamlock a Boston, su absoluta libertad. Y se sintió especialmente satisfecho al pensar que la pequeña estaba ilusionada ante el hecho inminente de salir con su padre, vistiendo su mejor traje. Se sintió feliz por todo y, después, recordó el melocotón.

Dejaron aquella casa algunos meses más tarde y no tuvo más noticias acerca de la semilla que había plantado. Él mismo llegó a olvidarla durante años, hasta que hacía unos instantes volvió a recordarlo todo en sueños.

DESPUÉS DE VESTIRSE, procedió a contar su dinero. Era poco, pero siempre podía pedir prestado al hotel, si, en realidad, lo necesitaba.

Telefonó a su viejo amigo Archie Sailor, del restaurante «Mar Negro».

— Dos cosas, Archie. ¿Cómo estás?

— Estupendo.

— ¿Conoces a algún corredor que me aceptase una apuesta para el partido de hoy?

— ¿Cuál es tu equipo?

— Los «Dodgers».

— ¿Cuánto pretendes jugar? ¿Mil? ¿Dos mil? ¿Tres mil?

— Todavía no estoy seguro de si apostaré o no. Pero me interesa tener su número de teléfono por si me decido a hacerlo.

Archie le dio el número de uno de los corredores de apuestas conocidos suyos que poseía una tienda de floristería en la Calle 66, del Este.

— Se llama Big Sam<sup>6</sup>, — dijo Archie—. Voy a llamarle para que te acepte cualquier apuesta que le hagas. Volveré a telefonearte inmediatamente.

Cuando volvió a llamar, Archie dijo:

---

<sup>6</sup> *Big Sam*: Gordo Sam. — *N. del T.*

- Arreglado.
- Gracias. Pienso llevar a cenar ahí a mis chicos esta noche, alrededor de las siete.
- ¿Qué mesa quieres ocupar?
- Una del piso de arriba. Junto a la ventana.
- Cuenta con ella – respondió Archie.
- Y después añadió en armenio:
- ¿Tratas a su madre de la manera más conveniente? ¿Tal como te aconsejé la última vez que estuviste en Nueva York?
- Creo que sí, Archie.
- Es el mejor sistema. La simpatía y la comprensión son siempre más agradables que la enemistad.
- Desde luego.
- Ella debe de sentirse más feliz, los chicos también y tú no te amargas la vida. El amor resulta útil para todo el mundo.
- Cuando los niños eran pequeños no podía resignarme. Me sentía continuamente preocupado. Ahora ya son mayores. Están bien.
- Cuando yo llegué a Nueva York, en 1906 – siguió Archie –, era un chiquillo de dieciséis años. Tu padre me tomó bajo su tutela. Conocí a tu padre antes de que tú nacieses. Eres igual que él. De lo único que sabía hablar era de la familia, de su mujer, de los tres hijos que aún permanecían en la vieja patria.
- Lo sé, Archie, lo sé.
- Habría sido un gran escritor si hubiese tenido una oportunidad. Te digo lo mismo cada vez que nos hablamos, ¿verdad?
- Más o menos, lo mismo.
- Sabes por qué, ¿no?
- Sí, tengo una vaga idea.
- Quiero que realices tu obra sin preocuparte por lo que ocurra a tu alrededor. No pierdas tu oportunidad.
- Cumplo con mi trabajo.
- Pero no te canses nunca de hacerlo.
- No pienso cansarme.
- Dile al griego que pase por aquí con mi dinero.
- ¿Por casualidad has ganado alguna apuesta?
- Me estoy volviendo afortunado en mi vejez – contestó Archie –. Aposté por los «Yanks» en los dos primeros partidos y ayer por los «Dodgers».
- ¿Cuánto apostaste?
- Oh, nunca paso de los cien. Y en las carreras de caballos de los diez. Sólo apuesto a un animal.
- ¿Y cómo van tus cuentas?

– ¿Últimamente o desde que comencé a jugar?

– Desde que empezaste.

– Desde 1909, creo que habré perdido medio millón de dólares. Pero me ha compensado. De todos modos, habría gastado ese dinero en cualquier otra cosa. Jugar siempre facilita la llegada del día siguiente y mantiene la ilusión. No te olvides de traer a tus chicos a cenar esta noche.

– No te preocupes.

– Trae también a su madre.

– Está trabajando en una comedia y hoy tienen ensayo general.

– Es una buena noticia, Yep. ¿Se siente satisfecha en el teatro? ¿Es feliz?

– Creo que sí, Archie.

– ¿Vas a asistir al partido?

– Es posible que lleve a Rosey. Vamos a pasar el día juntos.

– ¿Qué hay de Van?

– Van acompaña a Kitty Delmonico a *todos* los partidos del campeonato. Creo que la conoces. Tengo idea de que Laura la ha llevado a comer a tu casa alguna vez.

– Sí, desde luego – replicó Archie –. Las llamo «Las mellizas», no porque se parezcan, sino porque siempre que vienen aquí se pasan todo el rato riendo las dos al mismo tiempo. Por lo visto, se hacen gracia la una a la otra. Parecen colegialas en vacaciones. Que pases un buen día con Rosey.

Colgó el auricular y bajó a la recepción. Valencia le entregó media docena de cartas que le habían llegado por correo. Echó un vistazo a cada uno de los sobres y los devolvió a Valencia.

– Las recogeré más tarde. ¿Puedo firmarte un vale por cincuenta o cien dólares?

– Desde luego – dijo Valencia.

– Sólo quería saberlo. No los necesito por ahora. Quizá más adelante.

Se detuvo ante el puesto de periódicos. Acres dijo:

– Acaba de llegar el último número de *La Gaceta del Teatro*.

Cogió un ejemplar y repasó la lista de las personalidades teatrales recién llegadas. Más de una docena se alojaban en el «Plaza», en el «Pierre», en el «Hampshire House», en el «St. Regis» y en el «Gotham».

– Sale usted ahí – indicó Acres.

– Ya lo veo. ¿Cómo se habrán enterado?

– El «Servicio de Celebridades» telefona a la recepción todas las mañanas.

– ¿También a la recepción del «Great Northern»?

– Naturalmente. De vez en cuando, también aquí tenemos algunas celebridades. El año pasado hasta hospedamos a un inglés.

– ¿Hizo muchas tonterías?

—No pude entenderle una sola palabra. No les agrada mover los labios cuando hablan.

Compró un paquete de «Chesterfield» y otro de chicles «Doublemint». Estaba abriendo el paquete de cigarrillos para fumar el primero del día, cuando apareció la actriz del perrito elegante, de regreso, sin duda, del salón de belleza.

—¿Algo nuevo? —preguntó.

—¿*El escándalo*? —preguntó Acres.

—Sí.

—Los nuevos números de las otras publicaciones no saldrán hasta la próxima semana. Sin embargo, tengo gran variedad de revistas de cine.

—Me las llevaré —dijo la actriz.

Acres salió del interior del quiosco para recoger las nuevas revistas cinematográficas. Reunió siete.

—¿Le interesan también de televisión?

—No lo sé —vaciló la joven—. Sí, supongo que sí.

Acres seleccionó, asimismo, seis revistas de televisión entre las muchas exhibidas en la delantera del quiosco. La muchacha dirigió unas palabras al perrito, que permanecía inquieto a sus pies, y el animalito gruñó.

—Es su mejor amigo —comentó Acres, mientras la actriz se alejaba por el largo pasillo.

Observó a la muchacha. A mitad del camino de la puerta se detuvo, se volvió hacia ellos y sonrió. Él correspondió con otra sonrisa y después la chica siguió su marcha hasta el final del corredor. Resultaba agradable contemplar su manera de andar: contoneo, tirón, contoneo.

—No lo hace a propósito —dijo Acres—. No puede evitarlo. Le han inculcado ese hábito en el teatro.

—Resulta agradable.

Cuando llegó a la puerta del hotel vio que la joven charlaba con Stanley Dana, el portero. Se apresuró para terciar en la conversación, pero cuando llegó a la acera la muchacha seguía ya su camino. Calle 57 arriba, hacia «Carnegie Hall».

—Precisamente estábamos hablando acerca de usted —dijo Dana—. ¿La conoce?

—Sólo de verla en el quiosco de periódicos.

—Me ha preguntado quién era el hombre del hotel que tenía..., bueno, espero que no le moleste el modo como me lo ha dicho..., *esa nariz*.

—¿De qué otra manera podía preguntarlo?

—Mire usted, llevo nueve años en este trabajo y he aprendido una cosa. No debe darse nunca información alguna, a menos de que se esté convencido de que es exacta. Me limité a decirle que había llegado al hotel desde California.

Ella ha contestado: «Sí, es Yep Muscat, conozco a su ex mujer. Trabaja en mi comedia.» Le dije que lo ignoraba. ¿Me autoriza usted para que le diga la verdad?

—Naturalmente.

—Le conté a mi chico que le había conocido. Quiere saber si sería posible verle en alguna ocasión. No ahora, claro. Cuando tenga usted un rato libre. Le gustaría que leyese una narración que acaba de escribir.

—Estoy a su disposición.

—Gracias.

Caminó por la Calle 57 hacia la plaza Madison y después enfiló la 63. Torció a la derecha y encontró en seguida la tienda de flores. Había un jarrón de rosas amarillas y rojas en el escaparate. Percibió al griego, detrás del mostrador, afanándose en una corona, en forma de herradura, de claveles blancos y rojos. Por el interior de la tienda iba y venía un muchacho de dieciséis o diecisiete años, probablemente el hijo del dueño.

Pensó en comprar un ramillete de rosas para la pequeña y decidió no hacer la apuesta y ni siquiera hablar del asunto.

Al entrar en la tienda, el griego le sonrió y le ofreció la mano.

—Encantado de conocerle, Mr. Muscat. Soy Socrat Pantifilo. Mi hijo, Plato. Sin embargo, todo el mundo nos llama Big Sam y Little Sam<sup>7</sup>. Archie es un viejo amigo mío.

Estrechó la mano del padre y después la del hijo. Se acercó al escaparate y extrajo del jarrón un ramillete de rosas.

—Son para mi hija —dijo—. Es posible que la lleve al baile.

Colocó un billete de cinco dólares sobre el mostrador, pero el griego se negó a aceptarlo. Metió el ramillete en una pequeña caja de plástico y la ató con una cinta encarnada.

—¿Qué equipo es el suyo?

—Los «Dodgers».

Big Sam extrajo de un cajón una tarjeta y un sobre en blanco y los puso sobre el mostrador.

«Rosas para la pequeña Rosey», escribió el padre. Introdujo la tarjeta en el sobre. Big Sam pasó uno de los extremos de la cinta roja por el agujero que la tarjeta y el sobre presentaban en una de sus esquinas y los ató sobre la caja de plástico.

—Gracias. Ha quedado bonito. Es posible que le telefonee más tarde, o mañana, o pasado mañana.

—Cuando usted guste.

---

<sup>7</sup> Gran Sam y Pequeño Sam. —N. del T.

—El próximo lunes quiero que me reserve unas rosas para la madre de la niña. Una docena de tallo largo. Las mejores que pueda usted obtener.

—Las tendré preparadas —dijo Big Sam—. No tiene más que telefonarme y me encargaré de todo.

Salió de la tienda, satisfecho de haber conocido a aquel hombre y a su hijo.

CUANDO SALIÓ DEL ASCENSOR, la puerta del apartamento estaba abierta y Rosey de pie en el recibidor. Miss MacDougal, de rodillas, cosía con aguja e hilo la falda del vestido nuevo de la niña.

—¡Papá! Cuando he oído subir el ascensor, sabía que eras tú, porque dijiste que a las doce y son las doce.

—Está junto a la puerta desde las once y media —dijo Jenny.

—Si lo hubiese sabido habría procurado llegar antes.

Le entregó a la niña la caja de plástico transparente. Rosey dio cuatro o cinco saltos —saltos pequeños y ágiles—, y después arrancó el sobre de la cinta, sacó la tarjeta, la leyó y se echó en brazos de su padre,

Van llegó desde el cuarto de estar.

—¿Por qué armáis tanto alboroto?

—Mira lo que me ha traído papá —dijo Rosey.

Levantó la tapa de la caja y mostró a su hermano el pequeño ramillete.

—¿Te lo prendo en el vestido con un alfiler? —preguntó Jenny.

—Desde luego —contestó Rosey—. Oleré las flores todo el día y al volver a casa las colocaré en un jarro. Después, las dejaré secar y las guardaré siempre.

—Buena idea —terció Van.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Muy bien, papá.

—¿Pasó ya todo?

—Sí, pero no puedo evitar sentirme continuamente preocupado por los «Dodgers». Hoy tienen que ganar y temo que alguno falle y se nos vaya el partido.

—Bueno, el béisbol es así, y cuando uno es partidario de algún equipo hay que sufrir un poco. Tienes buen aspecto.

—Por fuera estoy bien. Por dentro, no. Me consumen los nervios.

—¿Se ha levantado mamá?

—¿Que si se ha levantado? Hoy tenía ensayo a las diez.

—¡Pobrecilla! No podéis imaginar lo que le cuesta levantarse temprano.

—Cuando quiere que la despierte a las nueve —dijo Jenny—, le llevo una taza de café a las ocho y media y se la coloco en la mesilla de noche sin hacer ruido. Ella me oye, pero no me dirige ni una palabra. Huele el café. Vuelvo a su

habitación a los cinco minutos y comienzo a hablarle del tiempo. Entonces responde adormilada. Hacia las nueve está medio despierta.

—Sí, es un verdadero problema. ¿Cómo se las arregla usted, Miss MacDougal? ¿Tiene despertador?

—Desde luego. Siempre utilizo el despertador. Y siempre me despierto un minuto o dos antes de que suene el timbre. No obstante, me encontraría perdida sin él. Después de colocar el timbre a la hora deseada, duermo tranquila porque estoy segura de que sonará cuando deba hacerlo. Eso es todo lo que necesito saber. ¿Le gusta el garaje que ha elegido Rosey para el acontecimiento de hoy?

—Sí, me gusta. Estás adorable, Rosey.

—Estás muy hermosa —dijo Van—. Dios mío...

—Pues, sí, creo que lo estoy —replicó Rosey, haciéndole una mueca.

—Cuidado, no vaya a caerte una bofetada.

—¿De quién?

—Mía.

—Prueba. Mi padre está aquí para defenderme.

—Y también el mío para exigirte que me respetes.

Aquel inesperado giro de la conversación sugirió nuevas ideas a Rosey.

—Mi padre le puede al tuyo —dijo.

—Tu padre echaría a correr despavorido si el mío le mirase —replicó Van.

—Basta, terció el padre—. Mi padre podría con vuestro padre.

Miss MacDougal rió y dijo:

—En mi casa, en Glasgow, solíamos tener discusiones como ésta todos los días del año.

—¿Tu padre podía con todo el mundo? —preguntó Rosey.

—Con todo el mundo, menos con mi madre —aclaró Jenny—. Era una mujer diminuta, pero todo lo que tenía que hacer para amansar a mi padre era dirigirle una mirada. Mi padre dejaba de gritar, exhalaba un suspiro y se iba.

Acabó de prender el ramillete en el traje de Rosey, un vestido de tejido ligero, de color azul, lleno de pliegues en la falda y rayas verticales blancas y rojas en la blusa.

—Bien, ya pueden marcharse los dos.

—¿No sería mejor que llevase un abrigo para la última hora de la tarde?

—Aquí está el abrigo —dijo Jenny—. Ha estado colgado desde las seis de la tarde de ayer.

Era un abrigo de terciopelo también rojo, con ribetes negros.

—No pienso ponérmelo ahora —protestó Rosey—. Lo llevaré por si más tarde me hace falta.

—Van —dijo el padre—, que lo pases bien en el partido, y no permitas que el resultado te afecte demasiado.

- ¿Pretendes que me resigne si pierden los «Dodgers»? Es imposible.
- A pesar de todas tus inquietudes y amarguras han perdido los dos primeros partidos, ¿verdad?
- Ya sé que es una tontería, papá. Pero no puedo limitarme a estar en el estadio sin experimentar emociones.
- Bueno, que te diviertas. Rosey y yo volveremos entre las cinco y las seis de la tarde, Miss MacDougal. Recogeremos a Van e iremos a cenar a «El mar negro». Después, es posible que vayamos a ver la comedia cómica del «Palace». Eso quiere decir que no regresarán a casa hasta las diez o las once, si no hay inconveniente.
- Al contrario. Será un día de vacaciones para mí. Que lo pasen bien.
- ¿Vais a ir al partido, papá? – preguntó Van.
- Rosey es quien debe decidirlo.
- No, eres tú, papá.
- Bien, entonces, iremos, si encontramos entradas.
- Coged el Metro – aconsejó Van –. Es lo que hacemos Kitty y yo. Siempre se encuentra a alguien a quien le sobra una o dos entradas.
- ¿Quieres que lo intentemos, Rosey?
- Sí, papá.
- De acuerdo. Primero daremos un paseo por la Quinta Avenida.
- No estamos en Pascua, papá.
- No, pero es el primero de octubre, y siempre que estoy en Nueva York el primero de octubre doy un paseo por la Quinta Avenida.
- Cogió a la niña de la mano y se dirigieron hacia el ascensor.
- Al cabo de unos instantes estaban en la calle, bañados por el sol de uno de los días más bellos del año.

LA NIÑA SIEMPRE HABÍA insistido en que la cogiesen de la mano mientras caminaban. Era una mano delicada, como la de su madre, aunque más pequeña. Mientras paseaban, la mano de la niña parecía hablar. De pronto, él sentía que le apretaba con fuerza, levantaba la vista y comprobaba que se acercaba a ellos alguna mujer elegante. Cuando la mujer pasaba a su lado, la mano daba unos cuantos apretones, rápidos y fuertes. Entonces, él oprimía con decisión la mano de la pequeña hasta dejarla inmóvil.

Pronto, sin embargo, volvía a notar los apretones repentinos, y al mirar hacia adelante descubría un pajarillo posado en la rama de algún árbol. La niña se detenía para contemplar el pájaro. Y si éste cambiaba de posición, la pequeña mano repetía sus continuadas presiones. Si, por casualidad, trinaba, la mano apretaba con insistente firmeza. Cuando el pájaro cantaba, la mano también parecía cantar.

De vez en cuando se encontraban con algo desagradable, un viejo marchito y caduco, una mujer vestida con harapos negros husmeando en un cubo de la basura. La mano de la niña apretaba la de su padre una sola vez y la presión continuaba durante algunos minutos.

Cuando era pequeña y salían de paseo, a veces solía pedir que la llevaran en brazos, expresando a veces en palabras sus deseos, deteniéndose y levantando las manos. Siempre había sido una criatura despierta, observadora, alegre e inteligente.

Apenas sabía andar, cuando tomó por costumbre negarse a ir a la cama y dormir. Se revolcaba en su cuna y gateaba sobre las manos y las rodillas, golpeándose la frente contra la cabecera de su pequeña cama. Después de cinco o diez minutos, saltaba la barandilla de madera y se presentaba corriendo en el cuarto de estar. Si alguien la reintegraba inmediatamente a la cuna, nunca lloraba, sino que procedía a realizar las mismas operaciones que antes: gatear y golpearse la cabeza contra la cama.

—Se hará daño —decía él—. Cuando entra corriendo en el cuarto de estar, lo hace con tal decisión que parece una criatura venida de otro mundo. No sabe decirnos qué es lo que le inquieta y ella espera que la comprendamos. No lo hacemos. No entendemos lo que nos quiere comunicar.

—La comprendemos perfectamente —replicaba Laura—. Dile que se esté quieta. Si no duerme, iré a su habitación y le daré unos azotes.

—¿Estás loca? No debes pegar a los niños. Debes amarlos.

—Eres un escritor. Siempre estás escribiendo. Está haciendo méritos suficientes para una paliza. Y si tú no se la das, lo haré yo.

—Eso es lo que tú crees. Nuestra única misión es quererla.

—¡Rosey, acaba de menearte! Iré a tu habitación y te daré unos azotes.

El ruido cesaba y se producía un silencio que nunca excedía de medio minuto. Después, volvían a oírse los porrazos contra la cabecera de la cuna y el crujir de las barandillas de madera. La madre se ponía en pie. El padre la cogía por un brazo.

—Déjala tranquila. Si no somos capaces de comprenderla, al menos no la castigamos.

—Se aprovecha de la situación, y lo sabe. Se ríe de nosotros. No de mí, porque yo soy sólo su madre. Se burla y abusa de ti. Sabe que eres un hombre y le consta que puede contigo.

El crujir de la cuna cesaba cuando ellos levantaban la voz.

—También le halaga que discutamos en voz alta. Comprende que está haciendo pasar un mal rato a otra mujer, a su propia madre. En este mismo instante nos está escuchando. ¡Rosey, duérmete ya!

Dejaban de hablar y la casa se envolvía en silencio durante un minuto o dos. Después, volvía a crujir la cuna una vez más y retumbaban los porrazos de su cabeza contra la madera.

—Dejemos que se aplaste los sesos, si es eso lo que deseas que haga — protestaba la madre.

—Estoy seguro de que te sentirías feliz queriéndola cuando ella necesita comprensión y amor.

Siempre discutían acerca de Rosey. Algunas veces estaba convencido de que Laura se equivocaba, pero otras veces se mostraba menos seguro. Sólo sabía que amaba a la niña, que todo lo que hacía referencia a ella le encantaba y le preocupaba.

—¿Quién puede llamarse padre de una mujer?

Siempre había comprendido al chico, porque el chico era igual que él.

El niño había revelado al padre los peores defectos de su propio padre. Cuando decía *ahora*, quería decir ahora, y si no se podían satisfacer sus deseos en el instante preciso se ponía furioso.

Una tarde, penetró en el dormitorio de su hijo, adonde le había enviado su madre por sus malos modales y su descaro. Se encontró con el niño paseando de un lado a otro de la habitación, tocando o señalando objetos y maldiciéndolos. El suelo, las paredes, el techo, el escritorio, los cristales de la ventana, el patio exterior, el cielo, las nubes, el sol.

Aquella vez, había querido que le llevaran al Zoo para observar de nuevo a los animales allí encerrados, a los que había identificado como personas. Pero su madre recibía a unos amigos y no le pudo acompañar. Días antes, en el Zoo, Van había estado hablando con el canguro, que se acercó a las rejas. Le ofreció pan que llevaba en una bolsa. El joven canguro se había incorporado sobre sus cuartos traseros y movió las manos como si perteneciesen a un ser humano, accionando incluso los dedos. Sin embargo, no aceptó el pedazo de pan.

—Vamos, cógelo — insistió el muchacho —. Es bueno.

Y para demostrárselo mordió el pan y permaneció ante el canguro, masticándolo con solemnidad. Al fin, dijo:

—¿Qué te pasa? ¿Acaso no te resulto simpático?

Van nunca había sido un niño difícil, y Rosey jamás fue fácil, porque era una niña, una mujer, una hija de su madre, un ser perteneciente a otra especie animal, a otra raza: una raza encantadora, incomprensible, difícil, avasalladora y hermosa.

Ahora, en la Quinta Avenida, en el esplendor del sol de un domingo, paseaba con la pequeña y arisca mujercita, con la luminosa criatura que conoció desde sus primeros días, cuando solía emitir aquellos trágicos suspiros infantiles o aquella risa contagiosa ante situaciones que debían constituir para

ella chistes enormes y secretos. Caminaba ahora con una joven dama, con una muchachita espigada, de rostro alargado y ojos negros, una niña de diez años, ingeniosa, inteligente y sensata, que amaba la diversión y los juegos, las discusiones y los argumentos y los vestidos bonitos.

El primer día de octubre en Nueva York, en la Quinta Avenida, entre las Calles 66 y 65, se sintió, por un instante, transportado de este mundo. Era inmortal, como siempre creyó que algún día llegaría a serlo. Amaba todos los seres y todas las cosas, porque sostenía a su hija de la mano y caminaban juntos por el mundo. La amaba tiernamente, sin importarle quién fuese: quienquiera que fuese para él y para su verdad desconocida, quienquiera que fuese para su madre y para su verdad desconocida. Porque quienquiera que fuese Rosey, *era* amor y ahora aquel amor se encontraba a su lado, cerca de él. Penetraba sin cesar en su espíritu, a través de la pequeña mano que sostenía en la suya y sanaba sus heridas.

Llegó a olvidar, incluso, el agujero en su maxilar, con el drenaje impregnado de desinfectante. Olvidó el sabor de éter en su boca, el dolor que sentía en la nuca, la sordera de su oído derecho y su inacabable zumbido. Olvidó las adiposidades acumuladas a lo largo de los años difíciles sobre los músculos y los huesos. Olvidó su prisa crónica, su impaciencia, su irritabilidad, su arrogancia, su ira, su rudeza, su necesidad vital de encontrarse siempre inmerso en un trabajo, el impulso irresistible de hacer siempre algo. Olvidó sus deudas, su pobreza, sus pérdidas en el juego y la muerte de sus familiares. Olvidó la locura que había heredado de su familia y a los muertos y a los locos que habían sido sus amigos. Lo olvidó todo, excepto el amor, el amor que fluía sin interrupción de la mano de su hija a la suya.

Dio un salto repentino, como había hecho Zak en el Bowery. Uno, dos, los pies juntándose en el aire.

La niña se detuvo. Retiró su mano.

—Jamás creí que pudieses hacer eso.

—Claro que puedo hacerlo.

—Inténtalo otra vez.

Lo hizo de nuevo.

—¿Qué es eso, papá?

—Bueno, es lo que los armenios llaman «el salto de los enamorados». Lo aprendí de las cabras montesas de la sierra de Nairi.

Se disponía a dar otro salto, cuando la niña le dijo:

—Ahora no, papá. Alguien nos mira.

Distinguió a un joven policía en la esquina de la calle.

Dio el salto y la pequeña pateó el suelo en demostración de protesta.

—No te asustará la presencia de un policía, ¿verdad? —preguntó.

—No, papa —murmuró la niña—. Pero no te conoce y creará que estás loco. Cogió de nuevo la mano de la niña y pasaron junto al joven policía, quien les guiñó el ojo y les saludó con la cabeza, mientras Rosey procuraba esconderse detrás de su padre.

Cuando cruzaron la calle, miró hacia atrás.

—No sabe quién eres, papá.

—No tiene por qué saberlo.

—Ignora que eres el escritor más grande del mundo.

—¿Qué?

—Oh, papá, ya lo sé. Antes lo ignoraba, pero ahora lo sé. Miss Effinan me lo ha dicho,

—Dios la bendiga.

—Es una mujer que está enterada de muchas cosas.

—Sin duda.

—Ha leído todo lo que has escrito. Pero, ¿cómo puede saber quién eres un policía que está de servicio en la esquina de una calle? Si das delante de él «el salto de los enamorados», como si fueses una cabra montés, a la fuerza tiene que pensar que estás loco.

Miró otra vez a su alrededor y después añadió con rapidez y en voz baja:

—Hazlo otra vez.

Lo hizo otra vez, casi con tanta agilidad como Zak había saltado, a pesar de que Zak era más joven —un mes más joven—, y no fumaba ni bebía y hacía gimnasia y tenía el cuerpo atiborrado de centenares de miles de pequeños y grandes músculos flexibles, como correspondía a un cantante de canciones italianas callejeras, o al menos a un cantante callejero de canciones italianas.

Rosey rió e intentó ella misma el salto.

—Es divertido —dijo—. Es raro que no nos lo enseñen en la clase de baile.

—¡Vaya...! ¿Asistes a clase de baile?

—No exactamente a clase de baile. Aprendo *ballet*. En «Carnegie Hall». Mi profesora ha bailado en todas las partes del mundo. Se llama Madame Totovskaya.

—¿Te divierten las clases?

—¿Que si me divierten...? Mi única ilusión es llegar a ponerme algún día las zapatillas de baile. ¿Sabes cuánto tiempo tuvo que trabajar y ejercitarse Madame Totovskaya antes de que le diesen las zapatillas?

—¿Dos años?

—Seis. Estaba en Rusia y ya sabes cómo son los rusos. Madame Totovskaya dice que podré calzar las zapatillas tan pronto como mis piernas sean lo suficientemente fuertes para caminar de puntillas.

—Ese día llegará pronto.

- Eso espero.
- Me sentiré muy orgulloso cuando te vea bailar de puntillas.
- Mamá también. Al menos, eso dice. Espero no tener que esperar mucho tiempo. ¿Cuánta fuerza habrá que tener en las piernas? ¿Lo sabes, papá?
- No, no lo sé. De todas formas, considero que tus piernas ya son fuertes ahora. Pero hay que dejar a Madame que decida.
- Totovskaya.
- Sí. Tan pronto como estés preparada, estoy seguro de que tendrás tus zapatillas.
- ¿Cómo se fortalecen las piernas?
- Tampoco estoy muy seguro acerca de eso. Supongo que intervienen muchos factores. Primero, poseer buena salud, y creo que tú la tienes. Después, saber mantenerla, lo cual implica comer muchos alimentos sanos y descansar y dormir lo necesario. Por último, por supuesto, practicar el *ballet* para permanecer en forma.
- ¿Te gustaría asistir alguna vez a una de mis clases?
- ¿De verdad podría hacerlo?
- Cualquier lunes o viernes, a las cuatro, sala 516 del «Carnegie Hall».
- Estaré allí el lunes.
- ¿De veras, papá? ¿No tendrás otras cosas más importantes que hacer?
- Las aplazaré. Estaré allí a las cuatro y no me iré hasta que acabe la clase. Después, iremos con mamá a tomar el té a «Rumpelmayer».
- Nunca salgo con mamá. Voy siempre con Miss MacDougal.
- Claro, mamá tiene trabajo. Iremos a tomar el té con Miss MacDougal.
- No, papá. Preferiría darle esquinazo.
- No, no debemos hacer semejante cosa. Me resulta simpática. ¿A ti, no?
- Sí, es simpática. Me ha enseñado a hacer punto.
- ¿De verdad?
- Sí. He confeccionado toda clase de vestidos para mis muñecas. ¿Te gustaría que hiciese algo de punto para ti?
- Me entusiasmaría.
- De acuerdo. Te haré algo. ¿Qué prefieres?
- Oh, no lo sé.
- ¿Un gorro para la nieve?
- ¿Sabrías hacerlo?
- Me llevaría mucho tiempo, pero lo haría.
- Muy bien.
- ¿Rojo?
- Es el color que prefiero.
- Entonces, un gorro rojo para la nieve.

- Muchas gracias.
- Todavía no está hecho, papá.
- Pero yo te agradezco la intención.
- Oh.
- Bueno, ¿adónde vamos?
- Sigamos paseando, papá. ¿Te parece bien?
- Me encanta andar.
- Y yo tengo que fortalecer las piernas.
- Tus piernas son fuertes.
- Me consume la impaciencia por tener las zapatillas de *ballet*.
- Eso es cuestión de tiempo, y no puedes precipitar los acontecimientos.

Hay que saber esperar un poco.

– No puedo esperar. Quiero ponerme las zapatillas y bailar como se lo he visto hacer a Madame Totovskaya. Es vieja, pero aún está ágil y resulta muy hermoso contemplarla cuando danza. Debe de tener cincuenta años.

- ¿Tantos?
- Creo que sí. Cuenta que bailaba hace ya muchos años.
- Estoy impaciente por conocerla.
- Te agradará. Parece una chica joven.
- ¿Cuántas alumnas sois?

– A veces, seis, a veces, cinco, y en ocasiones, sólo tres. Todas han perdido ya alguna clase, excepto yo. Aunque vaya sola, Madame Totovskaya me da la hora de clase como si asistiesen las demás.

– Me será simpática.

– Sí, es muy simpática. Pero cuando hacemos algo mal hay que andarse con ojo.

– ¿Qué ocurre?

– Hace que se detenga el pianista. Es su sobrino, aunque parece más viejo que ella. Creo que debe ser aún mayor que tú, papá. Después, fija la mirada en la que se ha equivocado y se limita a esperar. Por fin, repite ella misma el movimiento, tal y como debe hacerse, hace una seña con la cabeza a su sobrino, que se llama Michael, y éste empieza a tocar otra vez y nosotros reanudamos el baile.

– Yo no soy viejo.

Rosey rió.

– Por favor, papá. Eres viejo..., viejo..., viejo. Cuando te casaste con mamá tenías diecisiete años más que ella. ¡Diecisiete años, papá! ¿Cómo te las arreglaste?

– Es una especie de tradición familiar. Pero no soy viejo. Sólo tengo cuarenta y siete años.

- Está bien, papá. Pues no eres viejo. No mucho.  
– La verdad es que no me siento viejo. Me siento joven y me siento rico.  
– ¿Rico?  
– Muy rico.  
– Pero, ¿tienes dinero?  
– Claro que lo tengo.  
– ¿Cuánto?  
– Diez mil dólares.  
– ¡Papá, eso es una fortuna...!  
– Por desgracia, iré a parar al Gobierno hasta el último centavo.  
– ¿Por qué?  
– Impuestos.  
– ¿Cuánto debes?  
– Según mis cálculos, más de cincuenta mil.  
– ¿Dólares?  
– Sí.  
– ¿A quién tienes que pagárselos, papá?  
– A los inspectores de impuestos. En cuanto se cumpla el plazo que me han concedido, se lanzarán sobre mí.  
– ¿Por qué no los matamos?  
– ¿Te gustaría?  
– Desde luego. Lo merecen por egoístas. Quieren tu dinero para su maldito Gobierno.

– No te quepa duda de que lo harán.

Pasearon por Quinta Avenida.

«Espero que algún día me sea permitido recordar estos momentos, del mismo modo que he recordado últimamente la vieja pradera de amapolas», pensó.

PENSÓ QUE CUANDO LLEGARAN al «Plaza» comería con Rosey.

Entraron en el hotel y allí, junto, al puesto de periódicos, distinguió a Zak, en compañía de un muchacho de doce o trece años.

– Rose – dijo –. Te presento a mi amigo Zak Avakian. Zak, esta es mi hija Rose.

Zak permaneció unos instantes contemplando a la niña y después le cogió la mano y la sostuvo entre las suyas, mientras Rosey doblaba la rodilla.

– Mi querida señorita – dijo Zak –, es un gran honor. Te conocí hace muchos años en San Francisco. Entonces eras hermosa. Pero ahora estás mucho más guapa.

Pasó una mano por encima del hombro del muchacho y dijo:

—Rose, te presento a mi hijo Juan.

El chico le ofreció la mano y la niña se la estrechó, doblando nuevamente la rodilla.

—Es una afortunada coincidencia —dijo Zak—. Me proponía llevar a Juan al partido de béisbol. Ahora podemos ir todos juntos. Pero antes vamos a comer algo.

Entraron en el comedor y se sentaron a la misma mesa que habían ocupado la mañana anterior.

Juan, bajo la mirada satisfecha de Zak, acomodó a Rosey en su silla.

Eligieron la comida, y Zak dijo:

—Yo no soy bebedor, pero como se trata de una ocasión especial voy a tomar una copa.

Se dirigió al camarero y pidió una botella de champaña.

El camarero se marchó y Zak continuó hablando:

—A los barcos los bautizan con una botella de champaña, ¿no es cierto? Pues bien, hoy se me antoja la ocasión propicia de bautizar algo.

—¿Quizás a un nuevo borracho de cuarenta y siete años?

—¿Cuarenta y siete años? —preguntó Rosey dirigiéndose a Zak—. ¿También tiene usted cuarenta y siete años?

—Tu padre y yo nacimos el mismo mes del mismo año. Nos educamos y crecimos juntos.

Pasó el brazo alrededor de los hombros de Juan y los estrechó con fuerza. El chico miró a Zak y después a Rosey y a Yep.

El camarero llegó con la botella y Zak le pidió que llenase las dos copas. El camarero cumplimentó la orden y se marchó. Zak apuró su copa de un trago.

—Es el día más feliz de mi vida —dijo.

Llegó la comida y comieron. Cuando el camarero colocó la cuenta encima de la mesa, Yep la cogió con rapidez. Zak se la arrebató de las manos.

—No, por favor. Es la primera comida que celebro en compañía de mi hijo y constituye una suerte para nosotros dos haberos encontrado.

Extrajo la cartera del bolsillo, sacó un billete de cien dólares y se lo entregó al camarero.

—Juan —dijo—, déjame ver tu cartera, por favor.

El muchacho sacó una cartera del bolsillo interior de la chaqueta.

—¿Qué llevas ahí dentro?

El muchacho se sonrojó.

—¿Puedo verlo?

—Toma.

Zak paseó sus cortos y rollizos dedos por los distintos compartimientos de la cartera. En uno de ellos encontró una fotografía. La miró y luego la pasó a Yep: Zak y una mujer joven y morena, sonriendo.

—Mi padre y mi madre —dijo una, con voz leve—. Se separaron cuando yo era muy pequeño. Mi madre se volvió a casar y mi padre siguió su ejemplo. Esta es la primera vez que veo a mi padre.

—¿Corresponde a la idea que te habías formado de él?

—No, señor.

—¿No, señor? —inquirió Zak—. ¿Te he producido una desilusión tan considerable como para afirmar eso?

—No, señor —repitió el muchacho.

Yep observó los ojos de Zak. Llenó de nuevo su vaso y Zak bebió un sorbo de champaña. Sin embargo, esta vez no apuró la copa. Después de beber, frunció el ceño y se quitó las gafas. El camarero regresó con el cambio. Zak metió el dinero en la cartera del chico y se la devolvió.

—Toma, Juan —dijo—. Rose, ¿nos vamos?

Salieron del hotel. Mientras caminaban, Yep le preguntó en armenio:

—¿Qué te pasa, Zak?

El chico y la niña bajaron las escaleras de la entrada, que conducían a la acera de la calle.

—Escucha —repuso Zak al instante—. No sé explicar el porqué, pero cuando anoche llegué a casa decidí probar suerte y la llamé a su domicilio. Después de diez años. Imagino que esperaba que ya se hubiese marchado de allí. Sin embargo, me encontré hablando con ella sin darme apenas cuenta. La última vez que la vi no me dijo nada acerca de su intención de poner al niño mi apellido. El chico cree que es mi hijo.

—Se parece a ti, Zak. ¿Estás seguro de que no lo es?

—No digas eso —protestó Zak—. La duda me está torturando desde el primer instante en que le he visto. Pero es una estupidez. Definitivamente, no es mi hijo. Nació dos años después de que su madre me dejara. Ignoro por qué le dio mi apellido. ¿Qué voy a hacer con él?

—Ser su padre. ¿Qué otra cosa puedes hacer?

—Pero, ¿cómo?

—Hasta ahora lo has venido haciendo bastante bien. Sigue igual.

—¿No te das cuenta? Me gustaría llevármelo a Utah, pero me resulta imposible.

—¿Por qué?

—Porque no es mi hijo.

—Pero él cree que lo es. Por otra parte, tú siempre has deseado un hijo.

—Sí, lo he deseado y eso es lo que me está enloqueciendo. Para ti y para mí puede pasar por mi hijo. Para el resto de las personas que conozco, no. Y se lo dirán. Entonces, ¿qué?

—No les creará, Zak.

—¿No les creará? Puedo ser un buen padre, a menos de que sea demasiado tarde.

—¿Por qué tiene que ser demasiado tarde? Es un niño. Es tu hijo. Ha sido tu hijo desde el principio de su vida.

—Agradezco a su madre que le haya puesto mi nombre. Ignoro la razón por la que lo ha hecho, pero se lo agradezco profundamente.

—Lo ha hecho porque tú *eres* su padre. En realidad, lo eres y te consta, Zak.

—Estoy borracho —exclamó Zak, de repente—. En el preciso instante en que tengo un hijo, ¿qué se me ocurre hacer? Emborracharme.

—Es lo normal.

—Tengo que serenarme.

—¿Por qué no subes a tu habitación, mientras voy con los niños a dar una vuelta por el parque?

—No, no puedo hacer eso. Paseemos juntos hasta que me desaparezca el mareo.

—De acuerdo.

Zak sacudió la cabeza varias veces y después dijo:

—Tienes que ayudarme, Narizotas. No me refiero a la borrachera. Tienes que ayudarme a solucionar todo el problema. No quiero perder a mi hijo, aunque sé que pertenece a su madre. Ella le ha cuidado durante todos estos años. Dios sabe cómo, pero lo ha hecho. Yo no me he preocupado en absoluto de él.

—Crees que no te has preocupado. Procura olvidarlo todo durante unas horas y vamos al partido.

—Lo intentaré.

Bajaron las escaleras y se unieron a los niños.

LLEGARON A LA QUINTA AVENIDA. La niña caminaba al lado de su padre y el niño junto al suyo.

—Rose —dijo Zak—, supongo que no te importará que tu padre y yo hablemos en francés. ¿Y a ti, Juan?

—Muy bien —contestó Juan.

Rose dio, asimismo, su asentimiento.

—Escucha, hermano —dijo Zak—. Siento malestar en la cabeza, en el estómago y sobre todo, en el alma. No sé cómo salir de esta situación sin ponerme en ridículo.

– Buscaremos un lugar donde puedas dejar de encontrarte enfermo.

Llegaron a un restaurante y Zak entró en él, mientras los otros siguieron caminando. Cuando llegaron a la esquina, dieron media vuelta y regresaron hasta la puerta del establecimiento, pero Zak permanecía aún dentro.

– Rosey, Juan, esperad aquí un instante.

Entró en el restaurante y se dirigió hacia los servicios. Zak estaba apoyado contra la pared, pálido y sudoroso y con los ojos cerrados.

– Estaré bien dentro de un minuto – dijo –. No creo haberme encontrado tan mal como ahora en toda mi vida. Estoy temblando como un perro medio ahogado. ¿Cómo podéis beber semejantes porquerías?

– Cuarenta y siete años no es la edad más apropiada para empezar a beber, Zak.

Dejaron la habitación, y Zak dijo en armenio:

– Bebamos algo. Este lugar me ha salvado la vida.

– Tómate una taza de café.

– ¿Me sentará bien?

– Siempre sienta bien.

– ¿Qué has hecho de los niños?

– No te preocupes. Están bien.

Zak comenzó a sorber el café.

– Primero, champaña y después café – dijo –. Dos cosas que nunca suelo beber. Cuando se empieza por un veneno siguen todos los demás. Cojamos un taxi y vamos a ver el partido. Tengo que pensar en muchas cosas. El partido me ayudará. ¿Qué equipo es tu favorito?

– ¿A qué viene eso?

– Quiero apostar. Una apuesta fuerte. Si gano, será señal de que tendré que hablar con su madre.

– ¿Quieres apostar?

– Sabes que nunca juego, pero ya que estoy violando las normas esenciales de mi vida, voy a infringir una más. Deseo estar pendiente de una apuesta durante el partido. No sé por qué, pero lo necesito. ¿Sabes dónde puedo apostar?

– Desde luego. ¿Cuánto vas a jugarte? ¿Diez dólares?

– ¿Diez? Llevo encima nueve billetes de cien dólares. Están aquí, en mi cartera, y quiero jugarlos todos. ¿Por quién lo hago? ¿Por los «Yanks»?

– Si te gustan...

– ¿A ti no?

– No es que me disgusten, pero si tuviese dinero lo apostaría a favor de los «Dodgers».

– Tengo el presentimiento de que los «Yanks» ganarán este partido.

– Apuesta por ellos.

– ¿Sabes dónde?

– Sí

– ¿Me aceptarán novecientos dólares a favor de los «Yanks»?

– Sí

Zak dejó un billete de un dólar junto a su taza y salieron en busca de los niños.

Pararon un taxi y subieron. Al llegar a la floristería, Zak dijo:

– Juan, quiero enviar unas flores a tu madre.

Ambos padres penetraron en la tienda. El griego les saludó con afabilidad.

– Zak quiere enviar flores a una amiga.

– Rosas – aclaró Zak –. Tres o cuatro docenas.

– En estos momentos no tengo tres docenas – replicó Big Sam –. Sólo queda una docena de rosas blancas y todas las que usted desee de tamaño pequeño.

– Entonces, hágame un ramo a la moda antigua.

Escribió la dirección con rapidez y, después, unas palabras en la tarjeta.

– ¿Hay bastante con veinte dólares?

Colocó un billete de veinte sobre el mostrador.

– Hay de sobra – contestó el griego.

Zak extrajo su dinero del interior de la cartera.

– A favor de los «Yanks» – dijo.

Las apuestas andaban a la par. Zak apostó setecientos cincuenta dólares y metió de nuevo el resto en la cartera.

– Esto significa mucho para mí – dijo en armenio –. Si los «Yanks» ganan, sabré a qué atenerme.

Se detuvo un momento y añadió con voz velada:

– *Seré su padre, sin condiciones ni reservas mentales.*

Regresaron al taxi y, de pronto, Yep exclamó:

– ¿Qué diablos me ocurre? Yo también tengo que enviar flores.

Regresó a la tienda y dijo:

– Yo prefiero los «Dodgers».

– ¿Cuánto?

– Mil quinientos. ¿Quiere un cheque?

– No es necesario.

– Entonces, le veré después del partido.

– Cuando usted guste.

Corrió de nuevo al taxi y el conductor tomó el camino de Ebbets Field.

– Zak, debes tener en cuenta que es posible que no encontremos entradas.

– ¿Por qué no?

El chófer se volvió hacia ellos.

—¿Por qué no? Es imposible obtener entradas para un campeonato del mundo en Ebbets Field, a menos de que se esté dispuesto a pagar veinte o treinta dólares por cada una. ¿Siguen decididos aún a ir al campo?

—Desde luego —afirmó Zak—. Encontraremos entradas.

—Tendrá que pagarlas bien. El estadio no es grande y esa gente de Brooklyn ha estado haciendo cola toda la noche.

—Ya se nos ocurrirá algo.

Cuando descendimos del taxi, en el lugar reinaba un gran bullicio.

Pronto encontraron a un revendedor.

—Quiero cuatro entradas —dijo Zak.

—Cuarenta cada una —replicó el hombre—. Tómelo o déjelo. La verdad es que se están pagando ya a cincuenta.

Zak tomó las entradas, penetraron en el recinto del campo, subieron por las escaleras y dieron unas vueltas. Las localidades resultaron mejor de lo que Yep había esperado. Aunque muy altas, se encontraban frente a la tercera base. La visibilidad era excelente y en ellas se encontraba uno bien.

El partido resultó competido —realmente emocionante, como la gente de la Prensa dijo después—, y ganaron los «Dodgers» por ocho carreras a cinco.

—He perdido —dijo Zak en armenio—. No me importa el dinero. He perdido y no sé qué línea de conducta seguir.

—Oye, voy a llevar a Rosey y a Van a cenar a «El mar negro» y después al «Palace». Juan y tú podríais venir con nosotros.

—Es imposible. Me gustaría, pero es imposible. Estoy preocupado y voy a dejarle en casa ahora mismo. Tengo que hablar con su madre. Tengo que determinar qué debo hacer. Estoy lleno de confusión. Mañana tendría que regresar a Utah. ¿Qué harías en mi lugar?

Caminaron a lo largo de tres bloques de casas y por fin encontraron un taxi. Zak pidió al chófer que les llevase al «Plaza», adonde llegaron tras cubrir una larga distancia. Penetraron en el «Patio de palmeras» y se sentaron a una mesa.

Cuando los niños encargaron la merienda, Yep dijo:

—Perdonadme un momento.

Salió del hotel y cogió un taxi.

—Bien —dijo el griego—, supo usted escoger el equipo apropiado. Unos ganan y otros pierden. Así es la vida.

Regresó al taxi que le estaba esperando y reintegrose al «Plaza». Al llegar a la mesa, comprobó que Zak se encontraba solo.

—Los niños han ido a lavarse las manos.

Yep colocó un puñado de billetes ante Zak.

—No podía permitir que lo hicieses —dijo—. Volví a la tienda y cambié tu apuesta. Has doblado tu dinero.

—Pero, ¿cómo te atreviste a hacer una cosa como ésta? Supón que los «Yanks» hubiesen ganado.

—Perdieron y tú ganaste, Zak. Ahora, ven a cenar con nosotros.

—No, no he ganado. Yo aposté a los «Yanks» y perdieron y, por lo tanto, yo he perdido también. Ese dinero es tuyo, no mío.

—Escucha, Zak. Este es un día difícil para ti. Yo he tenido días difíciles en mi vida. Sólo pretendo hacerte un pequeño favor. No me ha costado nada. Sencillamente, probé suerte. Toda mi vida he estado tentando a la suerte. Un día u otro espero escribir una buena novela sobre el juego, y si por casualidad la lees comprenderás por qué te hablo de los días difíciles de mi vida. Esto no significa nada. Mete el dinero en tu bolsillo y márchate a hablar con la madre del muchacho. Sé amable y correcto con ella. Yo estaré de vuelta en el «Great Northern» a eso de las once. Llámame por teléfono o ven a verme. Dijiste que si ganabas sabrías qué camino seguir. Has ganado y debes saber lo que hay que hacer. Hazlo.

—¿Estás seguro, Narizotas? ¿Estás seguro de que he ganado?

—Sí, has ganado.

—De acuerdo. Pero tienes que quedarte con la mitad de ese dinero, o lo rechazaré en su totalidad.

—Te cobraré el diez por ciento y te diré por qué. Lo necesito. Me quedaré con ciento cincuenta dólares y no acepto más discusiones armenias acerca del asunto.

Tomó su parte y entregó el resto de los billetes a Zak, quien los guardó en el bolsillo interior de la chaqueta.

Llegó el camarero con chocolate caliente, pequeños bocadillos variados y pasteles, en el preciso instante en que Juan y Rosey volvían a sentarse a la mesa. Los niños comenzaron a comer, mientras Zak los observaba y movía la cabeza.

En el taxi, Rosey dijo:

—Es un chico muy simpático.

—Sí, lo es.

—Dice que ha estado toda la vida deseando conocer a su padre y que ahora le parece increíble haber logrado su deseo. También me ha confesado que le gustaría vivir con él y que teme que no le caiga simpático.

—¿De verdad le gustaría vivir con él?

—No ha dejado de repetírmelo cada vez que hemos estado solos. No me ha hablado como si yo fuese más pequeña que él. Al contrario, me ha tratado como si fuese mayor. No hacía más que preguntarme si creía que había causado buena impresión a su padre. Yo le he dicho que desde luego, que todo padre

quiere a su hijo. Él parecía dudarlo. ¿Cómo es posible que un padre no quiera a su hijo? Sería una locura, ¿verdad?

– Sí, lo sería. Su padre le quiere. Le quiere más que a nadie en el mundo.

– Sin embargo, no más de lo que tú quieres a Van.

– Es posible que no más, pero sí lo mismo.

– Tampoco más de lo que me quieres a mí.

– Nunca nadie puede querer a otra persona tanto como yo te quiero, Rosey.

– ¿De verdad, papá?

– De verdad.

– ¿Me quieres aún más que Van, a pesar de que me consta que le quieres mucho?

– Sí, te quiero aún más que a Van.

– Oh, papá. ¿Por qué?

– Porque eres una niña y los padres aman más a sus hijas que a sus hijos.

Así debe ser.

– ¿Por qué, papá?

– Es imposible de explicar. Tiene que ser así, eso es todo.

– Me alegro, papá. También una hija tiene que querer más a su padre que a su madre. Tampoco sé por qué.

Llegaron al edificio de Park Avenue y subieron al apartamento. Laura se encontraba en casa, pero Van y Kitty no habían regresado aún.

– Kitty es tan tacaña... – protestó Laura –. Siempre trae a Van en el Metro. No es extraño que enferme después de cada partido.

Sonrió, colocó a la niña sobre sus rodillas y comenzó a azotarla en el trasero:

– Te estás poniendo demasiado guapa.

Siguió riendo y la niña unió sus carcajadas a las de su madre. Miss MacDougal observaba y sonreía, enarcando las cejas.

– No sé si me pagan para cuidar de la madre o de la hija.

– Usted ha sido contratada para cuidar a esta pequeña – contestó Laura, refiriéndose a sí misma –. Para meterla en la cama cuando venga borracha. Para despertarla con cuidado. Para contarle mentiras por teléfono. Para otorgarle el favor de un consejo materno. Para amarla.

Las tres mujeres rieron a la vez, y el hombre se dirigió adonde estaban las botellas para servirse una copa.

NO TE OLVIDES DE MÍ, por favor – dijo Laura.

Mientras combinaba las bebidas, escuchó como Rosey hacía un resumen del día, respondiendo a las preguntas que le dirigían su madre y Miss MacDougal.

- ¿Zak? – preguntó Laura – . ¿Quién es Zak?
- Crecimos y nos educamos juntos.
- Creía conocer a toda tu familia.
- No pertenece a mi familia. Su madre y la mía eran íntimas amigas, desde niñas, en nuestro país de origen, y vecinas en Fresno.
- También creía conocer a todos tus amigos – siguió Laura – . No recuerdo a ningún Zak, pero debo convenir que, de acuerdo con la versión de Rosey, debe de tratarse de una persona muy agradable. ¿Cuarenta dólares cada entrada? ¿Está loco?
- ¿Lo está, Rosey?
- ¿Zak? Oh, no. Sencillamente, es rico.
- Tiene que serlo – accedió Laura – . ¿Es también escritor?
- No, es cantante.
- ¿Dónde canta?
- En las calles.
- Y ¿cómo ha hecho su fortuna?
- Le entregó una copa y se sentaron ante la mesa del pequeño cuarto de estar.
- Uranio.
- Hace poco leí un artículo en *Life* acerca de uno de esos negociantes en uranio – comentó Laura – . Cada día su fortuna aumentaba... no sé, tantos millones que no merece la pena de mencionarlos. ¿Es Zak tan rico como eso?
- No lo creo.
- Quizá debieras pedirle algún dinero prestado para salir de deudas y respirar tranquilo.
- No.
- ¿Por qué no?
- Porque no, y basta.
- Pero, bueno, ¿es o no es rico?
- Lo ignoro. Puede serlo y puede no serlo. Sin embargo, parece que tiene grandes probabilidades de hacerse rico.
- ¿Muy rico?
- Probablemente.
- Si es tan buen amigo, como dice Rosey, que puede considerarse como un hermano, ¿por qué no puedes pedirle dinero prestado hasta que puedas estabilizar tu economía?
- Porque, por una parte, mi economía está estabilizada y, por otra, porque no me agrada hacerlo.
- Opino que es una tremenda estupidez. ¿Es tu amigo o no lo es?
- Cuando él era pobre yo era rico y nunca le presté dinero.

— ¿Por qué no lo hiciste? Prestaste a otros. A muchos más. ¿Por qué no a él también?

— ¿Qué tal está el «Martini»?

— Muy bueno. Pero contesta a mi pregunta.

— No se lo di, eso es todo.

— Resulta extraño en ti.

— No es nada extraño. No iba por el mundo repartiendo dinero. ¿Cómo ha ido el ensayo?

— Todos están nerviosos y nos hacen trabajar como perros. Los que presenciaron anoche el ensayo general se limitaron a quedarse sentados en las butacas y a no abrir la boca.

— Eso no significa nada. Cierta clase de público se comporta así.

— Pero no estaban *muertos*. Se encontraban allí y para ellos nada resultaba gracioso. Las carcajadas animan. El teatro es algo maravilloso, aunque incomprendible.

— Nosotros vamos al teatro esta noche, ¿verdad? — preguntó Rosey.

— Había pensado llevarles al «Palace», después de cenar. Es el único lugar de Nueva York donde aún se puede ver una comedia cómica. En Nueva York y en todo el país. Creo que se divertirán.

— Estoy segura de ello — concedió Laura.

— ¿Quieres venir a cenar con nosotros?

— Me encantaría, pero no puedo. Tendría que darme mucha prisa y os estropearía la noche.

— No. Ven.

— No. No vengas — dijo Rosey.

— Rosey, te ganarás unos azotes — dijo Laura—. De verdad, no puedo. Quiero tomar un baño y descansar. Llévate a Kitty.

— Oh, no, mamá...

— Rosey, deja de comportarte como una niña mal educada, ¿me oyes?

— ¿Por qué te empeñas en fastidiarnos la noche?

— Estoy hablando con tu padre, si no te importa.

— Y yo estoy escuchando a mi padre y también a mi madre. Muchas gracias.

— Te voy a dar unos azotes, jovencita.

— No te preocupes — dijo el padre—. Vamos a pasar una noche estupenda.

— Si Kitty Delmonico viene a cenar con nosotros, lo dudo.

— ¿Qué tienes tú contra Kitty? — preguntó Laura—. Es mi mejor amiga. Incluso mejor amiga que mi hermana.

— No me importa.

— Jenny, ¿está bien de la cabeza esta niña?

—Sí, lo está —contestó Miss MacDougal—. Lo único que desea es presidir la mesa con su padre, ser la única mujer en la cena.

—¡Oh, se trata de eso! —exclamó Laura—. Quizá tenga razón.

—Ese asunto debe decidirlo mi padre —replicó Rosey.

—Kitty se ha mostrado siempre encantadora con tu madre —dijo él—. Y con Van y contigo también.

—Conmigo, no —protestó Rosey.

—Lo mejor es ignorarla —dijo Laura.

—Ignórame. Verás lo que me importa.

—Rosey, no me pongas nerviosa, por favor.

—Pide disculpas a tu madre, Rosey —dijo el padre.

—Perdona, mamá.

—Así es mejor —dijo Laura—. Ahora, acompaña a Jenny para que te escoja un traje bonito para la noche. Sea como sea, supongo que Kitty debe tener otros planes con respecto a la cena.

Rosey salió con Miss MacDougal.

Laura añadió:

—A veces, se parece tanto a mí que me pone furiosa. No puedo aguantar la idea de que sea como yo. Me molesta que yo me parezca a alguien.

—¿Dónde has encontrado a alguien que se parezca a ti?

—De vez en cuando, sucede. Concretamente, el otro día, en una reunión, encontré a alguien que me recordaba a mí misma.

—¿Cómo era?

—Oh, una mujer elegante y admirada por todos. Me produjo verdadero asco.

—Lo que te ocurre es que te agradaría ser admirada y famosa.

—Pero seguir siendo yo misma, sin parecerme a nadie.

—Es un punto de vista razonable. No creo que pudieses obtener el menor éxito si te dedicas a imitar a otras personas.

—No pretendo eso, ni deseo lograrlo. Pero, a fin de cuentas, el éxito entraña una cierta similitud con todos los que triunfan. Todos los que tienen éxito imitan a otros. ¿Te divertiste con Rosey?

—Su sola presencia me alivia.

—¿Te alivia?

—Sí, me alivia.

—¿Por qué? ¿Estás enfermo?

—Desde luego, lo estoy. Todo el mundo lo está, algunos leves y otros graves.

—¿Cuál es mi estado de gravedad? —preguntó Laura.

—Por el momento, desesperado.

– Es una comedia estúpida. Pero, ¿qué puedo hacer para remediarlo?

– Exactamente lo que estás haciendo: esforzarte para ser la mejor. Intentas rendir al máximo, ¿verdad? Sería una idiotez si no lo hicieses. Si piensas dedicarte al arte, aunque sea arte malo, el peor, tu entrega debe ser completa y sincera. Debes proponerte llegar a la cumbre. Tienes, pues, que representar tu papel como si fuese el papel más importante de la mejor comedia.

– Procuero esforzarme. Pero no sé si mi buena voluntad resulta suficiente. Nadie parece tener tiempo para fijarse en mi papel y, por lo tanto, ignoro si voy bien encaminada o si, por el contrario, me equivoco. Me gustaría que asistieses a una representación y te fijases en lo que hago mal.

– Cabe la posibilidad de que no hagas nada mal.

– Me refiero a mi interpretación personal, no al papel de la comedia. ¿Por qué no vienes mañana por la noche?

– No estoy seguro de que pueda asistir, pero si me es posible iré. ¿A las ocho y media?

– Sí. Empezaremos con un poco de retraso. Siempre ocurre lo mismo.

– ¿Estás segura de que quieres que vaya? ¿Estás segura de que deseas que corrija tus defectos?

– Claro que lo estoy.

– Bien. Entonces, en caso de que mañana no pueda asistir a la función ¿por qué no me representas aquí mismo tu papel?

– ¿De verdad quieres que lo haga?

– Desde luego.

Laura explicó la situación ambiental de la comedia y después representó la escena en la que intervenía.

– ¿Qué te parece? – preguntó.

– No – dijo él –. ¿No hay nadie que se tome la molestia de dirigirte?

– Hago exactamente lo que el director y el productor me ordenaron que hiciera. Los dos me dijeron lo mismo.

– Deben de ser un par de idiotas. El tono de tu voz es totalmente equivocado. Demasiado grave. Deduzco que se trata de una comedia, ¿no es así? Una farsa, quizá. Eso significa que tu voz debe sonar agradablemente artificial, como si, más o menos, estuvieses cantando. No puedes limitarte a hablar cuando se supone que la situación es descabellada y ridícula. También es necesario que te muevas con ligereza, con rapidez un poco alocada. Pon un poco de música e intrascendencia a tu voz y a tus músculos, cuando te muevas, y repítelo de nuevo.

Laura intentó hallar el tono de voz frívolo y la suficiente desenvoltura en sus movimientos y representó la escena una vez más.

— Ahí lo tienes — dijo él—. El texto es abominable, pero tu manera de decirlo y tu forma de moverte resultan ahora deliciosos.

— ¿De verdad?

— Hablo en serio. Inténtalo así esta noche.

— ¿Estás seguro? Jamás hubiese creído poder aprender tanto en cinco o seis segundos.

— No se trata de aprender. Es, simplemente, buscar el tono de voz y la elasticidad muscular que resultan útiles y efectivas.

— ¿Me dejas que lo pruebe otra vez? Sólo para fijarme mejor en todo y no olvidarlo.

— Sí. Creo que mejora considerablemente. Recuerda esto: antes de aparecer esta noche en escena, ensaya un poco esa voz cantarina y procura relajar y prestar ligereza a tus músculos; métete en la cabeza la situación intrascendente y alocada de la comedia y procura sentirla en el corazón. Después sal a escena.

— De acuerdo. Voy a intentarlo de nuevo. Antes, me concentraré un rato. Creo que aún puedo hacerlo mejor que la primera vez.

Laura se llevó la mano a la frente y dio unas cuantas vueltas por la habitación, describiendo un círculo. Después, recitó la escena y estalló en carcajadas.

— No me engañes — exclamó—. ¿De verdad crees que lo hago bien?

— Si logras hacerlo como ahora en la representación de esta noche, opino que no habrá nadie en el teatro incapaz de divertirse y disfrutar de la escena. Algunos reirán, otros sonreirán. Pero todos, sin excepción, se sentirán interesados. La gente es siempre distinta. Expresa su satisfacción en diversas formas.

— ¿Crees que he mejorado el papel?

— Sí, lo has mejorado.

— ¿Asistirás a la representación, mañana por la noche?

— Lo intentaré.

— Comprendo que resulte aburrido para ti, pero, por favor, déjame que lo repita otra vez desde el principio, ¿quieres?

— Adelante.

Estaba representando nuevamente la escena cuando Van apareció en la habitación, seguido por Kitty Delmonico.

Laura pidió silencio con un gesto y continuó con el ensayo. Van cerró la puerta con cuidado y Kitty permaneció de pie, observando, hasta que Laura concluyó la escena.

Van rió y aplaudió, y Kitty dijo:

— Pretendiendo eclipsar a La Belle Eleonora Duse, ¿verdad? ¿Qué estás representando?

—¿A ti que te importa, burguesa inculta? —exclamó Laura—. ¿Por qué no has traído en taxi al pobre chico? Anoche estuvo enfermo.

—¿Es cierto eso, Van? —preguntó Kitty.

Yep le entregó una copa. Kitty se sentó y tomó un trago.

—Te garantizo que esta tarde no se ha puesto enfermo.

—Ya lo has visto, papá —dijo Van—. Lo hemos conseguido. Por fin logramos derrotarlos. Mañana les sacaremos los sesos. Has estado muy bien, mamá. Mucho mejor que en Filadelfia.

—Rosey y él vieron la comedia en Filadelfia —aclaró Laura.

—Estuviste magnífica en Filadelfia —siguió Van—. Pero aún lo has hecho mejor ahora.

—Tu padre me ha estado dando algunos consejos.

—¿También eres actor, papá?

—Sé dirigir a los actores. Kitty, ¿quieres venir a cenar con Van, con Rosey y conmigo?

—Me encantaría, pero tengo un compromiso. Mi madre, por desgracia.

—Bien, entonces ven con tu madre a cenar con nosotros.

—¿Y con su nuevo marido?

—¿Y por qué no él también?

—Ah, papá... —exclamó Van.

—Eres muy amable, Van —dijo Kitty—. Bien, La Belle, aquí tienes a tu hijo sano y salvo... Hasta mañana, Van.

—Hasta mañana, Kitty —contestó Van—. Y muchas gracias. Lamento que los «Yanks» perdiesen.

—Oh, me consta lo mucho que lo sientes.

—¿Por qué tanta prisa? —inquirió Yep.

—Tengo que tomar un baño y vestirme. Apesto a derrota.

—¿Qué hace tu marido en California?

—Lo de siempre, pobre hombre... ¿Qué quieres que haga? Trabajar como un esclavo.

—¿Acotaciones teatrales?

—Sí, como le llaméis a eso. ¿Para qué tiene que escribir acotaciones un escritor?

—Para ganar dinero —aclaró Laura.

—Sí. Hemos tenido dinero desde hace diecisiete años. ¿Por qué no intenta ahora escribir otras cosas? Lo que sea, no importa.

—No es fácil —afirmó Yep—. Sin embargo, creo que debiera haber venido a Nueva York para asistir al campeonato del mundo.

—Compró las entradas la primavera pasada, pero le retuvieron allí para reescribir no sé qué escenas hasta el último minuto.

Acabó su bebida.

— Bien, lo único que puedo decir es que, en su caso, lo mismo da escribir que reescribir. Constituyen la misma cosa y ninguna de las dos es verdadera literatura.

— Eres una esposa fiel — dijo Yep.

— Sí, puedes apostar lo que quieras a que soy una esposa fiel: fiel al béisbol y a este amiguito.

Cosquilleó con el dedo a Van debajo de la nariz, saludó con la mano y salió de la habitación.

Yep la acompañó hasta la puerta del ascensor y regresó al cuarto de estar.

Laura estaba representando de nuevo su escena, esta vez para Van, Rosey y Miss MacDougal. Lo hizo mejor que nunca y todos rieron y aplaudieron. Corrió hacia Yep y le abrazó precipitadamente. Le besó en la boca.

— Gracias — dijo —. Tenías toda la razón. Sabía que algo no marchaba bien, pero ignoraba qué era. Estoy rabiosa con todos esos estúpidos que no han sido capaces de decírmelo.

— Es posible que no supiesen verlo.

— Se van a llevar una buena sorpresa esta noche. Queda mucho mejor ahora, ¿verdad, hijos?

— Oh, sí, mamá.

— Bien, Van — dijo Laura —; tú y Rosey vais a ir a cenar a «El mar negro» con vuestro padre y después os llevará al «Palace» a ver una comedia cómica. ¿Quieres cambiarte de ropa?

— ¿Para qué? — preguntó Van.

— Vámonos, entonces.

— Lo siento, mamá — murmuró Rosey.

— Sientes, ¿qué?

— Lo de Kitty.

— Anda, id a cenar. ¿Qué derecho tiene Kitty a acompañar a cenar a tu padre? Es su táctica habitual. Siempre está esperando que alguien la convide a comer. Me cuesta trabajo comprender la frescura de ciertas personas.

Rosey miró a su madre y después a su padre. Se encogió de hombros con indiferencia y compuso una expresión de azoramiento en la que se mezclaba el enfado, la admiración y el amor. Se adelantó unos pasos y se colocó junto a su padre. Él la cogió de la mano y dirigió una mirada a Miss MacDougal, que movía la cabeza con gesto de incredulidad. Van los observaba a todos, sonriendo.

— No te olvides de cómo tienes que representar tu escena — dijo Yep —. Procura darle la naturalidad que siempre has tenido. Esa es la forma adecuada

de hacer tu papel. Tienes gracia personal y todos los que te han tratado lo saben.

– Comprendo – respondió Laura –. Muchas gracias.

– De nada.

– Bien, vosotros, hijos de una gran actriz, corred hasta ella y dadle un abrazo.

Abrazaron por turno riguroso a su madre, que dio a cada abrazo una serie de diez o doce variantes. Atenazó a los niños hasta obligar a ambos a protestar y después les dejó marchar.

– Nos vamos temprano – dijo Yep a Miss MacDougal –. Por lo tanto, creo que estaremos de vuelta a una hora razonable. A las diez o a lo sumo a las diez y media.

– Por favor, olvídense del tiempo – replicó la mujer.

– BUENO – DIJO VAN EN EL TAXI –. Lo conseguimos.

– Vimos el partido – replicó Rosey.

– ¿De verdad? ¿Cómo os las arreglasteis para entrar?

– Zak compró cuatro entradas. Cuarenta dólares cada una.

– ¡Cuarenta dólares cada una! ¡Cuatro entradas! ¿Quién más fue con vosotros?

– Su hijo. Juan. Se llama así porque el nombre de su madre es Juanita.

– ¿Es rico, Zak?

– ¿Que si es rico? Es propietario de uno de los yacimientos más importantes de uranio, en Utah.

– ¿Quién te lo ha dicho?

– Juan.

– ¿De qué está hablando, papá?

– Según he deducido, Zak se fue a Utah hace cinco o seis años. Realizó muchos trabajos de prospección y, por fin, dio con un yacimiento.

– ¿Es importante el yacimiento?

– No lo sé con exactitud, pero, probablemente, es importante.

– No empleamos el tiempo suficientes en aquella ocasión – dijo Van.

– ¿En qué ocasión?

– La vez en que tú y yo fuimos en coche de San Francisco a Bakersfield y nos detuvimos a buscar uranio. Hubiésemos debido llevar un contador «Geiger».

– Me proponía pedir uno prestado, en caso de que descubriésemos alguna roca que hiciese suponer la existencia del mineral.

– Papá, ¿por qué crees que alguien interesado en descubrir uranio te iba a dejar su contador «Geiger»?

— ¿Por qué no iba a hacerlo? — preguntó Rosey —. Papá es escritor.

— Pero el hombre a quien pretendía pedirselo no lo era — añadió Van—. Era un tipo llegado de Nebraska, o de algún lugar parecido, que iba a unirse a los buscadores de uranio de Bakersfield. Toda la región estaba atestada de gente que había venido de todas las partes de América en sus automóviles. Nunca olvidaré la manera en que iban y venían por los montes, aplicando sus contadores «Geiger» a todas las rocas que encontraban a su paso. Era la fiebre del uranio. Y lo único que hicimos papá y yo fue permanecer allí, de pie, y mirarles. Nos contentamos con echar un vistazo al mapa que habíamos comprado por un dólar y contemplar a la gente.

— ¿Por qué no me llevasteis con vosotros? — inquirió Rosey.

— ¿A buscar uranio? — replicó Van—. No es trabajo para una chica. Todos los agentes del sheriff del condado de Kern estaban en las colinas para evitar que se liasen a tiros los que reclamaban para sí el mismo terreno.

— ¿Qué significa reclamar para sí el mismo terreno?

— Cuando alguien encuentra un pedazo de tierra que contiene uranio, tiene derecho a reclamar su propiedad. Si llega otra persona y, a su vez, afirma que aquella tierra es suya, puede poner en peligro los derechos sobre el uranio del primer poseedor. Papá y yo íbamos provistos de impresos para declarar nuestros descubrimientos. ¿Cuánto nos costaron, papá?

— Tres dólares con veinticinco centavos.

— No llegamos a presentar ninguno, ¿verdad?

— Presentamos uno — dijo Yep.

— ¿De verdad? — exclamó Rosey —. ¿Encontrasteis uranio?

— No — contestó Van—. Sí, ahora recuerdo que presentamos una solicitud reclamando la propiedad de un tronco de árbol caído que había en el cauce seco de un río, en el cual nos sentamos y observamos cómodamente cómo los demás corrían como locos con sus aparatos «Geiger». Comimos sentados allí. ¿Cuánto costaban aquellas comidas, papá?

— Setenta y cinco centavos cada una.

— Allí todo costaba dinero. Por cierto que los bocadillos no eran muy buenos. Mortadela, en lugar de jamón. Dos o tres patatas fritas y una manzana seca y vieja. Las comidas consistían en eso. Las compramos a un hombre que estaba en la carretera. ¿Qué decía el letrero de su tenderete?

— «Bolsas de almuerzo para los buscadores. Setenta y cinco centavos.»

— Compramos dos bolsas para no perder tiempo yendo a comer en un restaurante.

— ¿Dónde depositasteis la petición de propiedad? — preguntó Rosey.

— La dejamos cuidadosamente sobre el mismo tronco del árbol.

— ¿Por qué? ¿Acaso tenía el tronco uranio en su interior?

- No. Sencillamente, la dejamos allí.
- ¿Qué escribisteis en la solicitud?
- Papá la escribió.
- ¿Qué pusiste, papá?
- «Yep Muscat, de cuarenta y cinco años de edad, y su hijo Van, de diez, comieron una de las “Bolsas de almuerzo para buscadores” sentados en este árbol, cuyas medidas, aparentemente, son de unos cinco metros de largo y de setenta y cinco centímetros de circunferencia. Este tronco constituye un banco cómodo y excelente, aunque tiene insectos y hormigas.»
- ¿Insectos y hormigas? – se extrañó Rosey –. ¿Y qué hay del uranio?
- No encontramos uranio – replicó Van.
- Oh, papá – exclamó Rosey –. Debierais haber buscado y buscado, como hacía el resto de la gente. Apuesto a que ahora deben de ser todos tan ricos como Zak.
- No teníamos contador «Geiger» – explicó Van.
- ¿Por qué no lo teníais?
- Intentamos comprar cuatro o cinco en una tienda de Bakersfield, pero resultaban demasiado caros.
- ¿Cuánto costaban?
- El más barato, ciento veinticinco dólares. Pero el mismo vendedor nos confesó que no era muy bueno.
- Yo lo hubiese comprado, papá. Lo hubiese comprado, y probablemente habría descubierto uranio.
- Todos los montes estaban llenos de gentes excitadas – dijo el padre.
- Debiste haberme llevado contigo. Te hubiese enseñado dónde encontrar uranio. Siempre he sido la primera en encontrar cosas: botones, monedas.
- Quizá te lleve la próxima vez.
- ¿Hay uranio en Nueva York?
- Sólo en las pocas piedras que Zak trajo de Utah.
- ¿Tienen mucho valor?
- Si pesasen toneladas, sí.
- A este paso nunca seremos ricos. ¿Por qué no descubriste uranio, papá?
- Lo intenté.
- Estuvimos allí más de una hora, ¿verdad? – dijo Van.
- Cerca de dos, creo.
- ¿Y fuisteis totalmente incapaces de encontrar uranio...?
- Sí – confesó Van –. Pero vimos a un boy-scout paseando por la carretera con el contador «Geiger» en la mano y oímos perfectamente el ruido que hace el aparato cuando se le coloca junto a una piedra que lo contiene.
- ¿En qué consiste ese ruido?

- Hace clic, clic. Algo parecido.
- Y ese boy-scout, ¿encontró uranio?
- No. Tenía una piedra de muestra para que el contador hiciese ruido. Después de observarle, comenzamos a caminar por la carretera y papá *hizo* de contador «Geiger». Llegamos juntos a una gran roca, al pie de una colina, y papá se inclinó sobre ella y murmuró: clic, clic.
- ¿Había uranio en la roca, papá?
- No lo sé.
- Entonces, ¿por qué hiciste clic, clic, clic?
- Bueno..., en aquella piedra alguien había escrito un mensaje con pintura blanca y yo hice clic, clic, clic para demostrar que lo había descubierto.
- ¿En qué consistía el mensaje? ¿«Aquí hay uranio»?
- No. «Hay que gozar de la vida.»
- ¿Lo mismo que se canta en las iglesias?
- Eso es.
- Entonces, sigo sin comprender lo del clic, clic, clic.
- El hombre que escribió aquello afirmaba que había que gozar y alegrarse. Yo me alegré de aquella forma.
- No veo la razón. Si no encontraste uranio...
- Estaba alegre sin necesidad de descubrirlo.
- Y yo también – dijo Van.
- Pero, ¿por qué, papá? ¿Acaso porque llevabais las bolsas de comida de los descubridores?
- No, ya nos habíamos comido lo que había en las bolsas.
- Entonces, ¿por qué?
- Porque hacía un hermoso atardecer. Creo que me sentía alegre precisamente por no ir corriendo arriba y abajo por los montes.
- O sea, que hiciste el viaje desde San Francisco a Bakersfield para unirme a la fiebre del uranio, y todo lo que se te ocurrió hacer fue sentirte alegre.
- Sí, temo que sí.
- También nos quedamos sin gasolina en las afueras de Fresno, durante el viaje de regreso – dijo Van –. Tuvimos que caminar más de un kilómetro. Papá dejó en prenda su reloj en la estación de gasolina porque no llevábamos dinero encima. Al día siguiente, nos vimos obligados a volver desde Fresno para recuperar el reloj de papá con el dinero que pidió prestado a sus primos, los cultivadores de viñas. Aquella noche dormimos en su casa. Y papá escribió un poema acerca de la niña pequeña de su primo para demostrar su gratitud. El primo afirmó que lo iba a enmarcar y que lo colgaría encima de la cuna de la pequeña.
- ¿Cuánto le pediste prestado, papá? – preguntó Rosey.

- Diez dólares.
- ¿Nada más?
- Lo necesario para llegar a casa. Se los devolví por correo, inmediatamente. No son ricos.
- ¿Y fuiste a descubrir uranio sin llevar un céntimo en el bolsillo, papá?
- Cuando salí de San Francisco creí que tenía suficiente, pero resultó que no.
- ¿Por qué no lo comprobaste y cogiste lo necesario?
- No tenía un centavo. Esa fue la razón que me indujo a intentar descubrir uranio.
- ¡Vaya descubridor...!
- Papá llevaba las botas del Ejército –rememoró Van—. Tenían muy buen aspecto. Era el calzado más adecuado para aquella clase de trabajo.
- ¡Pero si no hicisteis ninguna clase de trabajo! –protestó Rosey—. Os limitasteis a recorrer una larga distancia, a comprar un mapa, solicitudes de propiedad y bolsas de comida. Y después os alegrasteis ante una piedra y gozasteis de la vida. Para eso no merecía la pena de que os hubieseis movido de San Francisco. ¿No podías haber hecho clic, clic, clic en San Francisco?
- Si alguien me hubiese invitado a hacerlo, imagino que sí. Pero en San Francisco nadie me lo pidió.
- ¿A qué distancia está Bakersfield?
- A cuatrocientos kilómetros.
- ¿Y recorriste cuatrocientos kilómetros para que alguien te invitase a gozar de la vida?
- No, recorrí cuatrocientos kilómetros para buscar uranio, pero al llegar allí me encontré con la invitación y pensé que no podía negarme a aceptarla.
- Debiéramos haber planeado mejor aquella excursión –concedió Van.
- Si hubiésemos hecho planes, jamás la habríamos realizado y eso hubiera constituido una gran pérdida.
- ¿Por qué? –preguntó Rosey—. Si no descubristeis uranio... Gastasteis todo el dinero que llevabais encima, os quedasteis sin gasolina, tuvisteis que pedir prestados diez dólares a un primo y escribir un poema para su hijita. ¿Por qué hubiese sido una gran pérdida?
- Disfruté de aquella excursión en compañía de Van.
- Debiste haberme llevado a mí también.
- No –opinó Van—. La búsqueda de uranio no es ocupación para chicas.
- ¡Pero si no buscasteis uranio...! Vuestra actividad se redujo a comer y a gozar de la vida. ¿Por qué no podíais haberme llevado a mí?
- No estabas allí.
- ¿Dónde estaba?

- Con tu madre, en Nueva York.
- ¡Oh! – exclamó Rosey –. ¿Fue durante aquel verano en que mamá y yo cogimos el avión para Nueva York y Van se instaló en tu apartamento cercano a la playa?
- Sí, fue aquel verano – dijo Van.
- ¿Me hubieses llevado contigo si hubiera estado allí, papá?
- Desde luego.
- Gracias, papá. Estoy segura de que habría descubierto uranio.
- Crees saber mucho y no tienes la menor idea de nada – opinó Van.
- Lo sé todo.
- ¿Quién es el jugador de béisbol más grande de todos los tiempos?
- Ty Cobb.
- ¿Se lo has dicho tú, papá?
- No. Pero, en mi opinión, el mejor jugador de todos los tiempos ha sido Ted Williams.
- ¿Estás loco, papá? No se pueden ni comparar...
- Además – siguió Rosey –, no me importa en absoluto quién haya podido ser el mejor jugador de béisbol de todos los tiempos. ¿Quién ha sido la mejor bailarina?
- Anna Pavlova – dijo Van.
- ¿Se lo has dicho tú, papá?
- No, pero creo que sí ha sido la mejor.
- Yo voy a ser todavía más importante.
- Oh, desde luego... – exclamo Van.
- Y, además, voy a encontrar uranio.
- ¿Dónde? ¿Dentro de tu cabeza?
- Rosey pegó un codazo a su hermano. Van cerró los puños y se enfureció.
- ¡Cuidado! – exclamó el padre – Pediros disculpas. Rápido, por favor. Rápido, porque tenemos que apearnos del taxi. Ya hemos llegado.
- Perdona – dijo Rosey.
- Perdona – replicó Van.
- Les ayudó a descender del taxi y pagó la carrera.
- ¿Encontró uranio alguno de aquellos buscadores? – preguntó el taxista.
- No lo sé. Sin embargo, de acuerdo con el mapa del Gobierno había uranio en aquella zona.
- ¿Y corrían por los montes arriba y abajo?
- En efecto, corrían como locos.
- ¿Todos con un contador «Geiger», menos usted y el chico?
- Exacto.
- ¿Clic, clic?

– Sí, ese es el ruido que hacía.  
– ¿Quién puso la inscripción?  
– ¿Qué inscripción?  
– «Gozad de la vida.»  
– Probablemente alguno de los santos patronos de las carreteras.  
– ¿Tienen ustedes santos patronos de las carreteras en California?  
– No lo sé. Lo cierto es que se escriben mensajes en todas las rocas de la región.

– ¿Qué más dicen esos mensajes?  
– «Tened fe.»  
– ¡Vaya...! Eso sí que es bueno. Tened fe y lo demás se os dará por añadidura, ¿no es así?

– Sí.

– ¿Cómo se llamaba la pequeña?

– ¿Qué pequeña?

– La hija de su primo al que pidió prestados diez dólares.

– Shakay.

– Es un bonito nombre.

– Sí, lo es.

– Le deseo que tenga usted siempre muy buena suerte – dijo el taxista.

El taxi se alejó.

– ¿Qué quería ese tipo? – preguntó Rosey.

– Charlar un rato.

Penetraron en «El Mar negro». Archie Sailor acudió a recibirles.

– Bueno – dijo –. Me alegro de ver a los niños otra vez. Pero, ¿dónde está mamá?

– No ha podido venir – contestó Rosey –. Está ocupada con su comedia.

– Entonces, la espero la próxima vez. Subid arriba. Vuestra mesa está preparada.

Subieron arriba y ocuparon la mesa del rincón, desde la que se distinguía la calle.

– ¿TENÉIS HAMBRE? – preguntó Archie.

– Queremos comer todo lo que nos puedas dar por cincuenta dólares.

– ¿Ganaste?

– Ganaron los «Dodgers».

– Muy bien – dijo Archie.

Tomó el billete de cincuenta dólares que Yep le ofrecía y añadió, en armenio:

– Me gustaría que tu padre pudiese ver a esta pareja.

- Puso sus manos alrededor del rostro de Rosey y la besó en la frente.  
Después se inclinó hacia Van.
- ¿Sabes lo que acabo de decir?  
— Algo en armenio.  
— ¿Qué?  
— No lo sé.  
— Yo sí — dijo Rosey.  
— ¿Qué he dicho, Rosey?  
— Que los «Dodgers» han derrotado a los «Yanks».  
— Ah, eso no vale — gritó Archie — . Tú entiendes el armenio.  
— Vi cómo derrotaron a los «Yanks». Mi padre me llevó al partido.  
— Tu padre te llevó... — comentó Van — . Hablas como si hubiese regresado a San Francisco. Está ahí, sentado delante de ti.  
— Papá, ¿por qué se empeña Van en discutir constantemente conmigo?  
— No vuelvas a molestar a tu hermana, Van.  
— De acuerdo.  
— Cuando éramos niños, nuestra madre solía decirnos que nunca teníamos que pelearnos antes de comer — explicó Archie — . «Esperad a que hayáis comido», solía decir. Voy a ordenar a los chicos lo que tienen que servir. ¿Un «Martini», Yep?  
— Sí. Pero ven y siéntate con nosotros.  
— No te preocupes, yo también tomaré un par de copas. Rosey, Van, lo que he dicho a vuestro padre es esto: me gustaría que *su* padre pudiese veros. Vuelvo en seguida.  
— Archie conoció a mi padre hace muchos años, cuando estuvo en Nueva York.  
— ¿Conocías tú a tu padre cuando Archie le conocía a él? — preguntó Rosey.  
— Todavía no había nacido. En aquel entonces, Archie era un muchacho de dieciséis o diecisiete años.  
— ¿Qué edad tiene ahora?  
— Sesenta y seis o sesenta y siete.  
— ¡Sesenta y seis! — exclamó Van — . Aparenta cincuenta.  
— Sí. Cada vez que vengo a Nueva York y le veo, mantiene el mismo aspecto. Y hace veintisiete años que paso temporadas aquí.  
— ¿En qué trabaja?  
— Es el propietario de este establecimiento.  
— No me refiero a eso. Quiero decir qué hace, en realidad. ¿Es escritor?  
— Archie ha sido luchador profesional.  
— ¿Puede luchar aún?  
— Podría hacerlo, pero se retiró hace ya años.

Archie volvió a la mesa con dos «Martinis» dobles en una bandeja. Colocó la bandeja sobre la mesa y se sentó entre Rosey y Van.

– A la salud de Rosey y Van – dijo.

– A la salud de tus hijos y de tus nietos, Archie.

– Felicidad para todos.

– Mi padre dice que ha sido luchador – dijo Van.

– Sí, he practicado la lucha libre, Van.

– ¿Le gustaba luchar?

– Era una buena manera de ganarse la vida en un mundo nuevo y desconocido. Era muy joven y acababa de llegar de nuestra vieja patria. Solíamos luchar en las calles para divertirnos. El padre de tu padre era amigo del mío antes de que llegásemos a Nueva York. Me buscó un trabajo y un lugar donde alojarme.

– ¿Qué clase de trabajo?

– Bueno, Van. Yo era un jovencito ignorante, recién llegado de mi patria. ¿Qué clase de trabajo podía haberme buscado? No sabía hablar más de veinte palabras en inglés. Me coloqué de portero en un Banco del Bowery. Vivíamos todos en aquel barrio. Todos los inmigrantes armenios. Cada noche iba a visitar a vuestro abuelo y aprendía un poco más de inglés. Él dominaba ya el inglés en la vieja patria. Por cada día de trabajo me daban un dólar.

– ¿Sólo un dólar?

– En aquellos tiempos era mucho dinero para un muchacho inmigrante, Rosey. Trabajaba, ahorraba y cada mes enviaba dinero a casa.

– ¿A quién se lo mandaba?

– A mi hermano pequeño. También quiso venir a América, pero mi padre no pudo hacerlo, porque sólo tenía dinero para enviarme a mí. Mi padre deseaba que alguien de la familia estuviese en América, y como mi hermano mayor no se avenía a dejar a su mujer, un buen día, me dijo: «Quiero que vayas a América, Arshag.» Ese es mi verdadero nombre. «¡Quiero que seas un buen muchacho, que trabajes mucho, que ahorres dinero, que aprendas un buen oficio y que vivas una vida feliz!» Mi padre me entregó todo el dinero que había ahorrado durante veinte años y me mandó a América. Mi hermano pequeño quiso venir conmigo. Sólo tenía once años y se llamaba Krikor. «Tienes que llevarme contigo, Arshag», me dijo. Yo le contesté: «Krikor, no puedes venir conmigo. Trabajaré fuerte y cuando haya ahorrado dinero te lo enviaré. Lo enviaré a Krikor Solarian.» Arshag Solarian en la vieja patria, Archie Sailor en América. Bien, llevaba ya en Nueva York cerca de un año, fregando el suelo del Banco del Bowery, ahorrando cinco dólares a la semana y remitiéndolos a mi hermano pequeño. Por fin, le escribí diciéndole que viniese a América. ¿Y qué sucedió? Me contestó que todavía no contaba con suficiente dinero. Entonces

decidí ir a ver al padre de vuestro padre y le planteé la situación. «Vahan Agha, trabajo y ahorro, trabajo y ahorro y envió dinero a mi hermano Krikor desde hace un año, pero todavía no ha reunido el necesario para venir a América. Dime qué puedo hacer.» Vahan Agha se puso a cavilar profundamente. «¿Qué hacías en la vieja patria?», me preguntó. «Trabajaba en los viñedos.» «¿Qué más?» «Hacía de recadero para los comerciantes.» «¿Qué más?» «Nada más.» «¿Absolutamente nada más?» «Bueno, jugaba. Luchaba en las calles con mis amigos.» «Déjame pensar», concluyó Vahan Agha.

Llegó un camarero con aperitivos, pan y queso, y Archie dijo:

– Comed, niños. Es una larga historia. Procuraré abreviar.

– Oh, no – interrumpió Van –. Cuéntela entera, sin dejar ni un detalle.

– Sí – corroboró Rosey –. Es emocionante.

– De acuerdo – siguió Archie –, pero comed. Comed despacio y en cantidad.

Hizo un movimiento con la mano al camarero para que trajese dos «Martinis» más.

– Bien – dijo –, pasaron los días y pensaba: «Creo que Vahan Agha se ha olvidado de mi problema.» Pero, un día, apareció Vahan Agha en el Banco y me dijo: «¿Quieres luchar por dinero?» «¿Por dinero? – exclamé –. Me gusta luchar para divertirme, me encanta luchar.» «Después del trabajo, ven a verme.» Así, pues, aquella noche me puse el mejor traje que tenía y acudí a visitar a Vahan Agha. Con él estaba un hombre corpulento, más fuerte que yo. Nos sentamos y comenzamos a hablar. Después, fuimos a un gimnasio y aquel desconocido me entregó unos pantalones de deporte y unas zapatillas. «Veamos qué aspecto presentas en el ring», me dijo. Me puse los pantalones y las zapatillas y me sentí a gusto. Me agradaba luchar y hacía mucho tiempo que no practicaba aquel deporte. Subí al ring y al cabo de unos segundos lo hizo también el hombre y preguntó: «¿Preparado?» Contesté: «Preparado.» Comenzamos a luchar. Era un buen luchador, fuerte y rápido. Yo tenía especial interés en no perder, porque Vahan Agha estaba presente. Luchamos y luchamos, y después de veinte o veinticinco minutos el hombre comenzó a cansarse. Yo no. Yo era un muchacho y pronto logré ponerle de espaldas a la lona. Nos levantamos los dos. «Gracias – me dijo –. Puedes ponerte de nuevo tu ropa.» Me cambié y salí en compañía de Vahan Agha. «Vamos», me dijo. «¿Qué ocurre? – pregunté –. ¿Hice algo malo?» «¿Sabes a quién has puesto de espaldas? A Mr. Dan Fuller, campeón de lucha libre del Estado de Nueva York.» «Lo siento – me lamenté –. No sabía quién era.» «Si aceptas luchar contra él el sábado por la noche, te pagará cien dólares. ¿Aceptas la oferta?» «Sí», dije.

El camarero trajo las dos bebidas.

– Luché contra él y envié los cien dólares a mi hermano pequeño.

– ¿Quién ganó?

– Yo gané el primer asalto y Dan Fuller ganó el segundo. Él propuso que me cambiase el nombre por el de Archie Sailor y siempre fuimos buenos amigos. Después de aquello luché todas las semanas. Pronto, mi hermano pequeño llegó a Nueva York y me dijo: «Tenemos que hacer dinero para traer a toda la familia a América, porque todos quieren venir.» Yo le contesté: «Te enseñaré a luchar.» Pero mi hermano no era aficionado a la lucha y buscó otro trabajo.

– ¿Qué clase de trabajo?

– También de portero. Pero no en un Banco, sino en una escuela. Trabajaba medio día y estudiaba el otro medio. Le daban habitación y comida y un dólar a la semana.

– ¿Qué estudiaba?

– Quería ser médico.

– ¿Llegó a serlo?

– Sí, fue un médico muy bueno, Van. Yo seguía luchando y luchando. Contra el primero que se me pusiese a mano, contra todos. Ganaba y perdía, ganaba y perdía. Y seguía enviando dinero a casa. Muy pronto, mi hermano mayor, su esposa y sus dos hijos pudieron venir también a América. Pretendían poner una tienda de ultramarinos. Continué luchando y luchando y al final inauguró la tienda. Poco más tarde, llegaron a América mi hermana mayor, su marido y sus tres niños. Luché y luché sin descanso hasta que mi cuñado pudo abrir un restaurante, al que aún voy, de vez en cuando, a sentarme un rato. Luchaba, luchaba, y ganaba y perdía. Y enviaba el dinero a mi padre y a mi madre. Mi amigo Dan Fuller abandonó la lucha libre. Era demasiado viejo. Se convirtió en organizador de veladas. Contrató a otros tres luchadores y nos dijo: «Muchachos, vamos a viajar.» Y viajamos. Nos enfrentamos a los luchadores de Pittsburgh, de Chicago, de St. Louis, de Kansas City, de Denver, de Salt Lake y de San Francisco. Mientras estábamos en San Francisco alguien me habló de Fresno, fui a Fresno y me pareció que volvía a encontrarme en la vieja patria. Así que escribí a mi padre y le dije: «Éste es el lugar apropiado para ti, para mamá y para los pequeños. Venid.» Vinieron y los llevé en tren desde Nueva York a Fresno, donde les instalé en una casa propia, rodeada de viñedos, también de su propiedad. Regresé a Nueva York y me dije: «Ahora que tienes aquí a toda la familia, será mejor que te cases y formes una familia.» Así, pues, busqué a la mujer que había de ser la mía, la encontré y nos casamos. Luchaba, luchaba y ahorraba dinero para poder tener una gran familia. Tuve el primer niño, después una niña, más tarde, otro niño, otra niña, un niño más y, por fin, otro. Mi mujer propuso: «Vamos a California, compremos viñedos y ganémonos así la vida. Ya has luchado bastante.» «Es una buena idea.» Y nos

fuimos. Compramos un hermoso viñedo de uvas de Alicante, de Málaga y *emperadoras* y se me antojó que con aquella vida yo resucitaba. Nos sentíamos todos sanos, fuertes y felices. Se había acabado la aventura de luchar sobre las lonas. Gozábamos del sol, de la buena comida, del agua cristalina y fresca y de innumerables amigos.

Archie se interrumpió sonriente.

– Cuéntenos el final – pidió Van.

– Sí, por favor, siga contando – dijo Rosey.

El camarero trajo la cena y comenzaron todos a comer.

– Bien – siguió Archie –. Sólo os diré esto: todo era hermoso y debe seguir siéndolo aún. Cuando sobrevino la gran crisis económica perdí los viñedos. Perdí todo el dinero que había ganado luchando. Tuve que empezar otra vez de nuevo. Intenté reanudar mi carrera de luchador, pero era demasiado viejo. ¿Qué podía hacer? Pensé que mi bienestar tuvo su principio en Nueva York y decidí volver a Nueva York. Era en 1933 y contaba cuarenta y cuatro años. Llegué a Nueva York y busqué trabajo.

– ¿Qué clase de trabajo? – preguntó Van.

– Otra vez, portero.

– ¿De un Banco?

– No, no me agradaban ya los Bancos. Se habían quedado con todos los ahorros de la gente como yo. No quería ni siquiera acercarme a un Banco. Conseguí un empleo en unos grandes almacenes. Y así, poco a poco, me establecí de nuevo, esta vez con un restaurante. Ahora estáis en ese restaurante. ¿Os gusta la comida?

– Es fantástica – dijo Van.

– Lo que más me gusta son estas uvas con arroz – opinó Rosey.

– Comida armenia – dijo Archie.

– Ya lo sé – continuó Rosey –. Las he estado comiendo durante toda la vida. La cocinera de mi madre conoce el plato, ¿comprende?

– ¡Bien por Laura! – exclamó Archie.

– Mi padre también lo conoce.

– Claro. Yo le enseñé a condimentarlo.

– Y él enseñó a mi madre. Espero aprenderlo uno de estos días.

– Es fácil. Si se quiere formar un hogar, es imprescindible que huela a comida. Una casa sin olor a comida no es un verdadero hogar.

Después de cenar se despidieron de Archie, salieron a la calle y caminaron hacia el «Palace», en Broadway.

– CREO QUE LAS VARIEDADES os gustarán – dijo el padre al muchacho y a la niña.

- ¿En qué consiste? — preguntó Rosey.
- Bien, en mi opinión constituye el verdadero teatro americano, aunque sus orígenes hayan que buscarse en Europa. Muchas cosas genuinamente americanas nacieron en Europa.
- ¿Existe algo realmente americano que haya nacido en América? — preguntó Van.
- Pocas cosas. Y las pocas que había, han desaparecido.
- ¿Qué quieres decir?
- La mejor y la más importante de las cosas americanas nacidas en América, era la constante bienvenida que se otorgaba a gentes procedentes de todas las partes del mundo cuando llegaban a este país. Eso ya se ha acabado.
- ¿Cómo?
- Por disposición de las leyes.
- ¿Por qué?
- Para evitar que puedan llegar a América gente de Europa y de Asia, naturalmente.
- Pero, ¿por qué?
- Existe la teoría popular de que ya hay demasiada población en América.
- ¿Y es verdad eso?
- En mi opinión, no. Si alguien de Europa o de Asia quiere venir a América no puede hacerlo.
- ¿Nadie en absoluto?
- Quizá unos pocos. Se permite la entrada a cierto número de gente de las distintas naciones de Europa. Por ejemplo, pueden venir mil de Inglaterra. Sin embargo, de Italia sólo trescientos. Por otra parte, es posible que en Inglaterra haya apenas un centenar de hombres y mujeres al año que deseen venir aquí y en Italia, por el contrario, puede haber diez mil. No pueden hacerlo.
- ¿Por qué hay tanta gente en Italia que quiere emigrar a América?
- Porque desean vivir una vida mejor.
- ¿Y no pueden vivir mejor en Italia que aquí?
- No es fácil.
- ¿Por qué no?
- Italia es una nación relativamente pequeña y con una gran población.
- ¿Y qué ocurre en la India?
- En la India la situación es todavía peor. Pero los indios que quieren venir a América a vivir tampoco pueden hacerlo.
- ¿Ni siquiera unos pocos, como ocurre con las otras naciones?
- Ni siquiera unos pocos.
- ¿Por qué no?

—Llegar hasta aquí cuesta dinero, y la mayor parte de la gente de la India que quiere venir no tiene un centavo.

—¿Cómo se las arreglan?

—Se quedan donde están, sin posibilidad de albergar la menor esperanza. Ni siquiera pueden ponerse a trabajar de firme, ahorrar y poder trasladarse a América un día u otro, porque, aun suponiendo que tuviesen dinero suficiente, no les dejarían entrar. Cuando mi padre llegó a América, el mayor problema consistía en reunir el dinero necesario para el viaje. Cualquier persona en el mundo que deseara una vida mejor, sabía que trabajando y ahorrando podía llegar a obtener esa vida en América. La bienvenida a los inmigrantes estaba garantizada. Ahora se ha acabado.

—Pero, bueno, ¿en qué consiste las variedades? —inquirió Rosey.

—Perdona un minuto, Rosey —interrumpió Van—. Suponte que la bienvenida que recibió tu padre no hubiese existido cuando él llegó a América. ¿Dónde estaríamos ahora?

—Estaríamos en la ciudad de Van que, por cierto, lleva tu mismo nombre.

—No nos encontraríamos mal allí, ¿verdad que no, papá?

—Es difícil opinar sobre eso. Yo nací en California. América es el único país que conozco.

—¿Qué son las variedades?

—¡Rosey! —se irritó Van—. Te la vas a ganar...

—Bueno, déjame que le explique a Rosey en qué consisten las variedades. Es una representación teatral en siete u ocho actos. El primer acto está dedicado, por lo general, a acróbatas y a animales domesticados. Está considerado como la parte más floja del programa. En el segundo acto suele aparecer algún conjunto de música y baile. A veces, es un matrimonio que baila y canta. A veces, dos hermanos, o tres o cuatro. O dos hermanos y dos hermanas. En ocasiones, hasta una familia entera.

—¿Como los Foys? —preguntó Van—. Les vi en el cine.

—Exactamente. Pero cuando se trata de una familia como los Foys no trabajan en el segundo acto, sino en el sexto o en el séptimo. Son las figuras estelares. Eso significa que su acto es el que despierta más interés en el público.

—¿Por qué? —preguntó Rosey.

—Porque resultan ser mejores artistas que los que actúan en el resto del programa. Tiene más gracia, o cantan o bailan mejor. Bien, después del segundo acto suele salir a escena un cantante. Un buen cantante. O alguien que toque bien el piano o el violín. Incluso, a veces, un ventrílocuo o un malabarista. El cuarto acto consiste en una breve representación cómica. Por ejemplo, la clase de un colegio con hombres y mujeres en papeles de niños y niñas. Estas cosas siempre divierten a la gente.

- ¿Veremos una escena como esa esta noche?
- Temo que no, Rosey.
- ¿Por qué? Es lo que más me gustaría ver. Hombres y mujeres actuando como si fueran niños y niñas.
- La razón por la que no la veremos es que la comedia cómica constituye otra de las cosas americanas que van dejando de existir.
- ¿Cómo puede haber dejado de existir, si vamos a ver una dentro de unos minutos?
- Temo que lo que vamos a presenciar hoy no sea un verdadero programa de variedades.
- ¿Qué es, entonces?
- Algo parecido a ellas. Posee la misma forma e idéntica presentación, pero la esencia es distinta.
- ¿Por qué es distinta?
- Porque los grandes actores de la comedia cómica carecen de público. Tampoco tienen teatros en los que actuar. El «Palace» es el último teatro de variedades que queda en toda América. Por eso asisto siempre a una de sus representaciones, siempre que vengo a Nueva York. En otros tiempos, cuando un artista de variedades llegaba a actuar en el «Palace», podía tener el convencimiento de que era bueno. Debutar en el «Palace» era como graduarse en una universidad después de años de estudio. Significaba algo importante. Hoy en día, los artistas que cultivan ese género no se han consagrado como figuras en ningún sitio. Y no son, realmente, verdaderos artistas de variedades. Se trata de gentes sin personalidad en el mundo del teatro. Para ellos, trabajar en el «Palace» constituye un empleo como otro cualquiera. Es posible que alguien introducido en el cine, en la televisión o en las salas de fiestas los vea actuar y les ofrezca otro empleo. A pesar de todo, vamos al «Palace» y creo que os gustará lo que vais a ver, sea lo que sea.
- ¿Por qué han echado por tierra los letreros de bienvenida? – preguntó Van.
- Supongo que por miedo.
- ¿Qué temen?
- Que llegue alguien de más valía que nosotros y que nos quite el pan de las manos.
- ¿El pan?
- O el pastel – añadió Rosey.
- Te la vas a ganar, Rosey...
- ¿Por qué me la voy a ganar? La gente también come pasteles, ¿no es verdad?

—Creo que Rosey tiene razón. No es el pan lo que les preocupa. Es más bien el pastel y las demás pretendidas golosinas que poseemos aquí.

—Si no pueden venir a América, ¿les es posible, al menos, ir a cualquier otro lugar y comenzar una nueva vida?

—Algunos de ellos marchan a Europa. O, mejor dicho, *regresan* a Europa, aunque suelen, pronto o tarde, volver a sus países de origen.

—¿Por qué? ¿Acaso América es lo único bueno que existe en el mundo? —preguntó Rosey.

—Lo fue hace tiempo, pero todos mantienen la idea de que lo sigue siendo.

—¿Ahora no es el mejor país?

—Es el mejor entre la mediocridad general de los demás. Pero temo que, poco a poco, vayamos empobreciéndonos hasta igualarnos al resto de las naciones. Lo que nos hizo verdaderamente grandes fue nuestra negativa a comportarnos como una comunidad sensata y previsor. Antes, todo nos resultaba indiferente. Ahora, por el contrario, todo nos preocupa.

—Hay que ser previsor —opinó Rosey—. Todo el mundo tiene que ser previsor.

—La previsión mata el espíritu. Elimina la alegría de la vida.

—Hay que ser previsor hasta para cruzar la calle.

—Te lo suplico papá —dijo Van—. Déjame que le pegue una bofetada.

—Una vez más Rosey tiene razón. Es prudente cruzar las calles con cuidado. Pero preocuparse de quién pueda venir hacia uno desde la otra acera, resulta, simplemente, enfermizo.

—¿Quién viene desde la otra acera? —preguntó Rosey.

—Sea quien sea, nunca debe ser considerado como un enemigo. Bien, ya hemos llegado al «Palace».

Cuando penetraron en la sala estaban proyectando aún la película. El teatro ofrecía un aspecto desolado; estaba casi vacío. Tomaron localidades de primera fila, detrás de la orquesta, y fijaron su atención en la pantalla. Se trataba de una comedia que transcurría en un ambiente invernal, con nieve abundante. Al parecer, constituía el resultado de la colaboración de media docena de escritores. Un solo guionista no hubiese sido capaz de escribir algo tan mezquino y vulgar. Aquel guión no podía ser otra cosa que la obra de muchos colaboradores. Resultaba falso, histérico, ofensivo, patético, ridículo y hasta inintencionadamente divertido. Los chicos disfrutaron con la película. A los cinco o diez minutos, Van preguntó:

—¿Qué te parece, papá?

—Que me parece, ¿qué?

—Eso.

—Creo que lo puedes imaginar.

– ¿Repelente?

– Desde luego, repelente. Sin embargo, me gusta la nieve.

– ¿Es nieve de verdad? – preguntó Rosey.

– Sí, la filmación es de exteriores. Probablemente, algún lugar de una sierra cercana.

– La interpretación es mala – opinó Van.

– No lo creas. Actúan como lo harían los mejores actores. En conjunto, me parece una película estupenda. Me gusta.

– A mí también – afirmó Rosey.

– Es repelente – dijo Van.

– Es posible. Pero ciertas cosas abominables pueden poseer también una especie de significación y de importancia. Cuando comiencen las variedades iremos a un palco.

Dos hombres malos y una mujer mala, que calzaban unos enormes esquís, pretendían huir llevando con ellos una bolsa de dinero robado.

Parecía como si encontrasen dificultades en poner en práctica sus planes.

Pero estar allí, sentado junto a los niños, tenerlos cerca, al alcance de la mano, lo convertía todo en algo maravilloso.

CUANDO ACABÓ LA PELÍCULA SE apresuraron a ocupar sus asientos en el proscenio de la derecha. En el palco de enfrente, había dos parejas jóvenes.

Los músicos se instalaron en sus puestos y esperaron a que concluyese el noticiario cinematográfico. El noticiario trataba acerca de toda clase de acontecimientos y de personas, pero parecía como si en la pantalla se sucediesen sombras fantasmagóricas y deformes, puesto que se hallaban sentados en uno de los extremos de la sala. Por lo tanto, decidieron observar a los músicos.

– El tambor tiene que trabajar mucho – comentó Rosey –. Pero me gusta más el aspecto del tipo del trombón.

– Yo prefiero el director – dijo Van –. ¿Es bueno este director?

– Bastante bueno.

– ¿Tan bueno como Toscanini?

– No. Y, probablemente, pega a su mujer.

– Oh, papá – exclamó Rosey –. ¿Por qué dices eso?

– Se me antoja que ella odie la música y que él le pegue con ese bastoncillo.

– Ese bastoncillo es para dirigir la orquesta. No para pegar a su mujer.

– Quizá se vea obligado a hacerlo en defensa propia.

– ¿Tú has pegado alguna vez a mamá?

– Van, ¿estás loco? – protestó Rosey.

—No, nunca le he pegado, pero ella me golpeó a mí un par de veces con un libro.

—¿Con qué libro?

—Si no recuerdo mal, con dos de los míos, recién publicados.

—¿Por qué, papá? —preguntó Rosey—. ¿Por qué te pegó?

—Lo hizo sin mala intención. Se sentía desgraciada.

—¿Qué es lo que quería?

—¿Quién sabe?

—¿Quizá una muñeca?

—¿Una muñeca? —se extrañó Van—. ¿Cómo pueden hacer feliz las muñecas a una mujer adulta?

—Mamá no es una mujer adulta. Se comporta como una niña.

—Es mi madre —dijo Van—. Y la tuya. ¿Cómo puede ser una niña?

—Lo es. De verdad, papá. Lo es. Me consta. Me doy cuenta al verla y al hablarle. Siempre será una niña. Las muñecas harían muy feliz a mamá. Debieras haberle traído una buena colección

—Si la conoces tan bien —inquirió Van—, dinos qué es lo que quiere ahora.

—Quiere a papá.

—¿Lo crees así, papá?

—En cierto sentido, sí. Pero no casados. Divorciados. Aunque tampoco demasiado divorciados, sino lo imprescindible. Sin embargo, creo que, sobre todo, desea triunfar en el teatro.

—¿Por qué?

—Porque eso le permitirá continuar siendo siempre la niña que quiere ser, rodeada de amigos y de dinero.

—¿Puede convertirse en una mujer famosa y rica?

—Sí, creo que puede hacerlo.

—¿De verdad lo crees, papá? —insistió Rosey.

—Estoy convencido.

—Sería maravilloso si lo lograra.

—Lo está intentando, y el que trabaja con constancia y con esfuerzo, un día tras otro, puede lograrlo todo.

—¿Tu podrías, papá?

—Desde luego.

—Pero es preciso saber cómo, ¿verdad?

—Es fácil aprender.

—¿Cómo se puede llegar aprender a hacerse rico y famoso en el teatro?

—Cumpliendo a la perfección con el trabajo.

—¿Se puede llegar así a ser el mejor actor del mundo?

—Se puede llegar a ser el mejor, o casi el mejor.

— ¿Crees que mamá logrará llegar a la fama?  
— Si realmente lo desea, sí.  
— Bien, lo desea, ¿no es verdad?  
— Creo que sí. Al menos, parece desearlo. En estos momentos, debe de estar en el escenario, intentando perfeccionarse.  
— Sin embargo, no me gusta la comedia en la que toma parte — opinó Van.  
— A mí tampoco — corroboró Rosey.  
— ¿Por qué no?  
— Es una tontería.  
— Está concebida para hacer reír — añadió Van— y no tiene la menor gracia. Resulta aburrida, eso es todo.  
— ¿Cuál es su argumento?  
— Bueno — empezó Van—, hay una chica, que se hace llamar Roxanne Lapolo, aunque no es este su nombre. No recuerdo el nombre verdadero. Sólo se menciona una vez, pero es distinto. Algo así como Mary Smith. Es una camarera de una pequeña sala de fiestas de Nueva York, a la que acude una noche un productor de películas de Hollywood, borracho y desesperado porque su última producción le ha costado tres millones de dólares y los ha perdido todos. Mamá dijo que aquella escena pretendía ser muy graciosa, pero no se ríe absolutamente nadie. El problema de ese productor consiste en no haber encontrado para su película a una de esas chicas italianas que aparecen, de vez en cuando, en la portada de *Life*. Entonces, se fija en Mary Smith, o como se llame, y le parece perfecta, inmejorable. Se convence de que con esa chica su próxima película será un éxito sin precedentes y la contrata por cincuenta años, por cien dólares a la semana. Como es lógico, la muchacha firma gustosa el contrato porque cree que va a vivir mucho más de cincuenta años. En la sala de fiestas solamente cobra treinta y cinco dólares semanales, más las propinas, y, por otra parte, es muy distinto trabajar como camarera o hacerlo en el cine. El productor cambia su nombre por el de Roxanne Lapolo. La razón de ese extraño apellido está en que el hombre se dedicó un año a jugar al polo y en uno de los partidos recibió un golpe en la cabeza, procedente del mazo de Darryl F. Zanuck. Cuando salió del hospital, Darryl F. Zanuck le proporcionó trabajo como productor. Resultar golpeado en la cabeza por Darryl F. Zanuck constituye el hecho fundamental de su vida, según confiesa repetidamente él mismo. Hasta entonces, su única actividad había consistido en vender fincas y coches usados. Contrata a un actor para que enseñe a Mary Smith a hablar con acento italiano, y cuando la chica está preparada se la lleva a Hollywood y afirma haberla descubierto en Venecia, en Italia. Comienza a exhibirla en bikini y en traje de baño y se convierte en el objeto mimado de los periodistas y de los fotógrafos. Ella también los mima. Todo esto *sale* también en la comedia. La

chica aparece en la portada de *Life* y en todas las revistas, a pesar de no haber realizado aún ninguna película. Finge aprender a pronunciar el inglés sin acento extranjero, y el productor —Jerry Walpole— la hace actuar en su próxima película, *Amor loco*. Causa verdadera sensación. La película produce millones. De pronto, un individuo de Nueva York, recuerda que la muchacha siempre había deseado casarse con él y decide marchar a Hollywood. Se la lleva a Las Vegas y se casan. La noticia irrita a Jerry Walpole. Ofrece al marido cincuenta mil dólares para que se divorcie, pero el hombre cree que puede obtener más dinero y se traslada con la estrella a Nueva York, después de anunciar que Mary se retira del cine para ser su esposa. Eso hace volver loco a Jerry Walpole. Marcha a Nueva York. Intenta que un actor guapo y famoso del cine la separe de su marido y lo logra. Pero al marido parece no importarle. Además, la muchacha espera un hijo. Jerry Walpole se encuentra en un callejón sin salida, va a ver al marido y le dice: «De acuerdo, ¿cuánto quieres?» El hombre responde que desea un nuevo contrato para su esposa. Exige una participación en los beneficios de cada película que ella interprete y, al mismo tiempo, que se le nombre vice presidente de la productora para la que trabaje su mujer. Jerry Walpole llora y grita y afirma que matará al muchacho, valiéndose de alguno de sus antiguos amigos del hampa. Entonces, el marido se lleva a su mujer a Puerto Rico. Establece allí una productora, porque en Puerto Rico no hay impuestos. Adquiere los derechos de una narración aparecida en una revista, la adapta al cine y hace venir desde Francia a un famoso actor para que protagonice con ella la película. Entonces, Jerry Walpole coge el avión para Puerto Rico y dice que de acuerdo. Firma un contrato con el muchacho y comienzan a rodar la película inmediatamente. El guión trata de una hermosa joven que va a tener un hijo. La idea central sobre la que gira toda la película es el nacimiento de la criatura. Al final, resulta que Mary tiene gemelos: un niño y una niña, que presentan las mismas orejas de Jerry Walpole, carnosas, grandes y prominentes. El productor se ve obligado a regresar a Hollywood y a buscar otra pareja de gemelos, que, al fin, encuentra en Omaha. Estos niños son los que, en realidad, aparecen en la película, en lugar de los verdaderos hijos de la muchacha. La película constituye un éxito aún más sonado que la primera y todo concluye felizmente.

—¿Y qué hace mamá en todo ese lío? —preguntó el padre.

—Mamá hace el papel de la esposa celosa de Jerry Walpole —explicó Rosey—. Tiene que mostrarse excitada en extremo todo el rato y llora y se comporta como una loca. Imagino que eso es lo que estará haciendo en estos precisos instantes.

—¿Y qué ocurre con los gemelos?

—Nada —dijo Rosey—. Únicamente que tienen unas orejas grandes, carnosas y prominentes.

—Bueno, ya se han acabado las atracciones preliminares. Ahora comienza la comedia cómica.

—Vamos a ver en qué consiste —concluyó Rosey.

EN EL PRIMER ACTO APARECIERON unos acróbatas que trabajaban sobre un trampolín, al ritmo de una música estridente, dinámica y alegre, El grupo estaba compuesto por cuatro hermanos y una hermana, de procedencia española.

Rosey los observó con fascinación. Van parecía inmerso en fantásticas imaginaciones. Seguramente estaban considerando las ventajas y los inconvenientes de la profesión de acróbata, de saltar, volar, dar saltos mortales y de aterrizar de nuevo sobre la tierra.

El segundo acto fue interpretado por un muchacho joven que se presentó corriendo en el centro del escenario, con un acordeón en la mano. Poseía una enorme sonrisa que dejaba al descubierto su dentadura blanca y perfecta. Interpretó tres canciones ligeras, haciendo una verdadera creación de cada una de ellas, y, por fin, anunció que se disponía a ofrecer al auditorio el *Ave María*, de Bach-Gounod. Y así lo hizo, con lentitud y esmero. Su actuación mereció un número fuera de programa, cosa que no había ocurrido con los acróbatas. Si lo hubiesen hecho, nadie habría sido capaz de predecir las diabluras que el público hubiera podido contemplar. Su número fuera de programa consistió en la interpretación al acordeón de parte de *La rapsodia azul*, de George Gershwin. La tocó mal, pero intentó compensar su mediocre actuación gesticulando hasta límites inimaginables y emocionándose intencionadamente con su propia música.

—Italiano —dijo el padre.

—¿No te agradan los italianos? —preguntó Van.

—Me entusiasman. Pero, concretamente, éste no me fastidia.

—Toca muy bien —afirmó Rosey.

El tercer acto consistió en la presencia en escena de un hombre con expresión angustiada y con un modo de caminar y estar de pie aburrido y cansado. Se acercó despacio al micrófono, lo colocó a la altura de su boca, se despojó del sombrero que pretendía hacer de él una figura graciosa —era una especie de sombrero de colegial—, y después volvió a encasquetárselo sobre la nuca.

—Esto va a ser divertido —anunció Van.

—A mí me ocurren todas las cosas imaginables —comenzó el hombre, con voz aguda e irritada—. Emprendo el camino hacia mi Banco. Un tipo sale

precipitadamente por la puerta, con un saco de billetes en la mano. El policía de guardia corre tras él. En seguida sale del Banco otro tipo con otro saco de dinero y comienza a correr en dirección opuesta, sin que nadie le persiga. El primer individuo vuelve sobre sus pasos, deposita el saco en mis manos y huye. El policía me agarra por un brazo, me pone las esposas y me dice: «Está usted detenido.» «¿Por qué?» «Por robar al Banco», me contesta. «¿Por robar al Banco? Yo no he robado a nadie.» «Usted ha robado al Banco —repite el policía—, yo le vi.» Me obliga a entrar en el Banco y se crea una situación embarazosa. Llegan coches de la policía desde todos los puntos de la ciudad. Los policías descienden de los automóviles y entran en el Banco. Al penetrar en el local, cada uno de ellos me propina un empujón o una bofetada. ¿Son esos los medios adecuados de prevenir el crimen? ¿Es esa la manera de evitar los atracos? ¿Pegando bofetadas? Un tipo de uniforme me golpea la cabeza. Otro, me martillea la espalda. Otro, un brazo. Otro más, me tira de una pierna. ¿Para qué tanto pegar? ¿Qué puedo hacer? Un nuevo policía. Un nuevo golpe. Un boy scout. Bofetada. Una niña exploradora. Bofetada. Un bebé en su cochecito. Bofetada. Todo el mundo dándome bofetadas. Están pegando al ladrón del Banco. ¡A mí! Yo no sé nada de nada. Pero, al parecer, está previsto que afirme no saber nada de nada. No aceptan mi ignorancia porque he ido al colegio. Aparece el director del Banco. Puñetazo. Sale el subdirector. Puñetazo. El empleado que ha sido robado. Puñetazo. «Es él —exclama—. ¡Rata asquerosa! Aunque viva mil años, jamás olvidaré su cara criminal.» Puñetazo. El director del Banco abre el saco del dinero. Puñetazo. El saco lleno de hojas de papel secante. «¿Qué has hecho con el dinero?», pregunta. Bien, la paciencia de un hombre tiene su límite. Me irrito. «Vendí el dinero al por mayor. A precio de ganga.» Aparecen los periódicos. Yo permanezco aún en el Banco, continuo siendo golpeado, mientras los periódicos están en la calle con todos los detalles sobre el atraco. Entra un niño que vende la Prensa y reparte periódicos a todos. Me pregunta: «¿Quiere un periódico, señor?» Mis manos están aprisionadas por las esposas. Bofetada. El director del Banco lee el periódico. Quiere enterarse de lo ocurrido. Lee un párrafo y me atiza un puñetazo. Otro párrafo y otro puñetazo. «Oiga —le digo—, llévenme a la cárcel, pero dejen ya de pegarme.» «Es culpable», grita el director del Banco. «Claro que es culpable —dice uno de los policías—. Acaba de confesar, ¿verdad?» Así, pues, me llevan a la cárcel, en compañía de alguien encargado de contar las hojas de papel secante. Hay cincuenta paquetes de hojas y cincuenta hojas en cada paquete. Los envuelven todos en un periódico. Dos mil quinientas hojas de papel secante. Un periódico afirma que si cada hoja de papel secante hubiese sido un billete de mil dólares, el saco habría contenido doscientos cincuenta mil dólares. Los periodistas saben mucha aritmética. Al poco rato, mi mujer llega a la cárcel y dice: «¿Por qué lo

hiciste, Johnny?» Mi nombre es Sam. Pero ella repite: «¿Por qué lo hiciste, Johnny?» ¿Cómo voy a saber lo que aquella mujer está pensando? A lo mejor, acaba de ver una película acerca de un robo a un Banco y recuerda que la protagonista acude a la cárcel y pronuncia aquellas palabras, posiblemente porque el nombre del ladrón es Johnny. En consecuencia, a mí me llama Johnny. La mujer está llamando Johnny a Sam. ¿Qué es lo que he hecho? No he hecho nada. Y, sin embargo, me he convertido en un atracador de Bancos y mi mujer me llama Johnny. ¿Cómo me llamarán mis hijos cuando vengan a verme? «¿Por qué robaste el Banco, Johnny?», me pregunta ahora. «Beckie –le digo–, por favor, no estamos en el cine. Soy Sam. ¿No recuerdas a Sam? ¿Hace veintidós años? ¿Sam? Te casaste con él. Tres hijos. Sam. No seas estúpida, Beckie, y búscame un abogado.» Pero, de pronto, recuerda otra película. «Maldito seas –exclama–. Nos has cubierto a todos de vergüenza. ¿Cómo voy a enfrentarme de nuevo con el reverendo Washoe?» Jamás he oído hablar del reverendo Washoe, pero ella insiste en saber cómo va a presentarse de nuevo frente a él. «Beckie, escúchame», le digo. No me dirijas la palabra –se lamenta ella–. «Esto es el final, Blackie.» ¡Ahora, pues, soy Blackie! Antes me llamaba Johnny, «Beckie, soy Sam. Búscame un abogado.» «Eres culpable. Debes pagar la factura contraída con la sociedad», dice ella. No siquiera sabe lo suficiente para decir que debo pagar mi deuda, en lugar de mi factura. Me golpea en la cabeza con su bolso y se marcha. Así, pues, la sociedad me provee de abogado de oficio. Le cuento exactamente lo ocurrido, pero está convencido de que le miento. El ladrón del Banco –el tipo que efectivamente, robó al Banco– envía una carta al fiscal del distrito. En ella manifiesta que la policía ha detenido a un hombre inocente. Afirma que él y su cómplice planearon así el golpe y manifiesta que los periodistas son una cuadrilla de falsarios y de mentirosos. El producto del robo no pasó de doscientos ochenta dólares. No doscientos cincuenta mil. Dice que sólo el papel secante les costó dos dólares y ochenta y cinco centavos y que por el saco, de segunda mano, tuvieron que pagar tres dólares. ¿Qué interés pueden tener en castigar a un hombre inocente? El fiscal del distrito viene a visitarme y me enseña la carta. Dice: «Que declare el testigo de cargo y le dejaremos libre.» Al día siguiente vuelve a verme otra vez. «Sabemos que los tres trabajan juntos. No tiene objeto intentar encubrir a un par de asquerosas ratas. Que declare el testigo de cargo.» Y lo mismo al otro día. Así, pues, ¿qué alternativa me queda? Digo que sí, que de acuerdo. Me llevan a la sala de justicia. Todo es descabellado e incomprensible. Unos dicen una cosa, otros afirman otra, todos hablan, todos opinan, a excepción de los dos verdaderos ladrones del Banco. Manifiesto que soy sastre. Digo que no sé nada acerca de atracos a entidades bancarias. También afirmo que ignoro todo lo que pueda referirse al papel secante. El juez se sienta y medita. Es un hombre

prudente y sabio. Cierra los ojos y medita. Después, dice: «Culpable.» Culpable, ¿de qué? ¿De robar papel secante? Beckie se levanta y comienza a gritar: «No sabía lo que estaba haciendo — exclama —. Quería reunir dinero para comprarle al padre Murphy un nuevo confesonario.» De repente, me he convertido, pues, en un católico romano, salteador de Bancos que se dedica a robar dinero para comprar nuevos confesonarios. Si el padre Murphy necesita un nuevo confesonario, mi deber es proporcionárselo, porque soy Sam, el sastre, y mi orgullo me obliga a ello. El juez golpea la mesa con su mazo. «Orden», exige. Así que Beckie se sienta. Está llorando. Irwing también llora. Esther llora. David llora. Yo me dirigía al Banco para sacar diez dólares de mi cuenta corriente. Pero el juez dice: «Visto para sentencia.» Y me condena a cadena perpetua. Señoras y señores, como es lógico, esta historia nunca ha sucedido. Se trata de una simple narración cuya única finalidad es divertirles.

A continuación, el hombre contó dos o tres historias más y Van rió hasta asomarle las lágrimas a los ojos. Se levantó de un salto de su butaca cinco o seis veces. Por el contrario, Rosey se limitó a escuchar con compostura.

El cuarto acto consistió en la actuación de un ventrílocuo que tocaba el banjo con notable maestría.

En el quinto acto aparecieron en escena un hombre con traje a rayas y sombrero de paja y una mujer que vestía un breve corpiño. Cantaron y bailaron, pero, en verdad, no eran muy buenos. El hombre anunció que le agradaría presentar a su hijo al auditorio. Y salió un niño de unos once años que cantó y bailó con su padre y su madre. Después, el hombre pidió permiso para que actuara su hija, y apareció una niña de ocho o nueve años. Después, apareció en el escenario otro niño de seis años, otro de tres y, por fin, uno más en un carrito, tirado por un perro. Éste era el número estelar del programa. Los niños eran excelentes cantantes y bailarines, y las niñas, delicadas y hermosas, rebosaban alegría y espíritu retozón.

El sexto acto consistió en un payaso que arrastraba una carretilla y que vestía un traje desmedidamente holgado. Comenzó a extraer los objetos más inesperados del interior de sus bolsillos, mientras emitía extraños gruñidos. No pronunció una palabra durante su actuación, pero a Rosey fue el número que más le agradó. No paró de reír en todo el acto.

En el séptimo acto se presentó a un hombre con una foca domesticada.

— Le recuerdo de 1928 — dijo el padre —. Entonces ya actuaba.

— ¿De verdad, papá?

— Sí. La primera vez que vine a Nueva York, el primer día en que, al fin, me encontré en Nueva York, vine al «Palace». Me senté en la última fila del gallinero, porque aquellas localidades sólo costaban veinticinco centavos. James

Barton era entonces el número estelar y cantaba «Ríe, payaso». Y este hombre de la foca abría el programa. Naturalmente, tenía otra foca.

El viejo trabajó con la foca y, de vez en cuando, en pequeños apartes, hablaba al público acerca de sí mismo: había debutado en las variedades hacía más de cincuenta años, siempre con las focas. Explicó cómo había viajado por todo el país, sus experiencias con la foca en los trenes y en los hoteles y cómo logró debutar en el «Palace», en 1928. Contó también que sus viejos amigos y muchas de sus focas habían muerto y cómo le agradaba volver a encontrarse de nuevo en el «Palace».

Rosey cogió la mano de su padre cuando el hombre comenzó a contar la historia de su vida, y siempre que decía algo que la emocionaba la estrujaba con fuerza.

El último acto contó con la actuación de cuatro negros con levita y pantalones a rayas, que realizaron una exhibición de baile rápido y taconeado.

Después de aquel número concluyó la función.

—Ha sido precioso —exclamó Rosey.

—El tío de los chistes ha estado a punto de matarme —comentó Van—. Papá, quedémonos a ver la película desde el principio.

—No merece la pena.

—¿Qué importa? Ya estamos aquí. Hemos pagado nuestras entradas y es justo amortizarlas.

—¿Quieres que nos quedemos, Rosey?

—No me importa, papá. Como tú quieras.

—De acuerdo. Volvamos donde estábamos antes.

Leyó los rótulos en la pantalla, el nombre de los que habían realizado el engendro y, tal como había imaginado, el guión era obra de cinco o seis escritores. Volvieron a ver la película, desde el principio.

Cuando acabó la proyección, Van y Rosey estaban medio dormidos. Se levantaron, salieron a la calle y cogieron un taxi.

Miss MacDougal les estaba esperando.

—Laura ha telefonado —anunció—. Me ha dicho que le agradecería hablar con usted desde bastidores.

Abrazó a los niños y les dio las buenas noches.

—ESTOY VERDADERAMENTE emocionada —le dijo Laura por teléfono—. El público se ha mostrado encantado con mi actuación. Me ha salido todo de maravilla. Por primera vez, he logrado hacer sonar carcajadas. Tenía que comunicártelo. Estamos en el segundo entreacto y tengo que darme prisa. ¿Te importaría venir a buscarme a la puerta del escenario?

—Prefiero no ir.

– ¿Por qué no?

– ¿Por qué no coges un taxi y vienes a casa?

– ¿Estarás ahí? Me siento tan emocionada y tan feliz... Todos los del reparto me han dado la enhorabuena. Nadie podía creer que era capaz de interpretar tan bien mi papel. El productor y el director, después del primer acto, también han venido a felicitarme. Me han dicho: «Pero, Laura, ¿qué ha ocurrido?» Creo que aún puedo hacerlo mejor. Tengo mucho que aprender todavía. ¿Me ayudarás?

– Desde luego.

– Si la obra se mantiene en cartel, estoy segura de que, al fin, me abriré camino. Te quiero. De verdad, te quiero.

– ¿Tú crees?

– Lo digo en serio. Te quiero. Siempre te he querido y siempre te querré, pase lo que pase. ¿Me quieres tú a mí? ¿Un poco, al menos?

– Dejemos eso. Prepárate para regresar a escena en el último acto.

– Eres incorregible – rió Laura –. Tengo que darme prisa, en efecto. Pero antes de colgar, deseo que respondas a mi pregunta. ¿Me quieres aún un poco?

– Te quiero mucho.

– Pero, ¿mucho, mucho?

– Sí.

– ¿De verdad?

– De verdad.

Hubo un silencio más bien largo; después, ella dijo:

– Entonces, espero que te nombren presidente. Iré a casa en seguida.

Adiós.

Colgó el auricular y llamó al «Great Northern».

– ¿Algún recado?

El conserje de noche le leyó cinco o seis mensajes, incluyendo uno de Harry Baragaray y dos de Zak.

– Ahora se encuentra en el bar – dijo el conserje de noche.

– ¿Quién?

– Zak.

– ¿En el bar?

– Sí, señor.

– ¿Qué está haciendo allí?

– Supongo que beber.

– ¿Quiere hacerme un favor? No le diga que se ponga al teléfono, pero mande a un botones a que le eche un vistazo.

– Con mucho gusto. No cuelgue.

Después de unos instantes, el conserje dijo:

- Aquí viene el botones.
- Está bebiendo.
- ¿Se encuentra bien?
- Eso parece.
- Vigílelo, por favor. Si se marea, súbalo a mi habitación.
- De acuerdo.

Después llamó a Harry Baragaray.

– Ya es hora de que contestes a mi llamada – protestó Harry –. Jessica me ha dicho que tengo que darme prisa en poner en escena *Bésame, bésame, bésame*.

– El título de la obra es *Mi dinero*.

– Se llame *Mi dinero* o *Bésame, bésame, bésame*, lo cierto es que la comedia carece en absoluto de argumento.

– Mi obra está basada en los personajes, y todo personaje es en sí mismo un argumento. Son los únicos que existen.

– En una comedia musical es preciso una trama. Tiene que ocurrir algo en escena.

– Ocurre algo en mi obra.

– Sin embargo, no puede considerarse como argumento.

– ¿Qué argumento sugieres tú, Harry? ¿Qué línea argumental darías a la obra?

– Mi único argumento es producir comedias musicales y hacer dinero.

– Ya has hecho bastante dinero.

– Quiero seguir haciendo más.

– ¿Por qué?

– Sería estúpido poner en escena comedias musicales y perder dinero.

– Me parece bien. Ahí tienes el argumento de *Mi dinero* o, al menos, parte de él. Tú ignoras la razón por la que te sientes obligado a hacer dinero, y a los personajes de la comedia les ocurre lo mismo. Tienen que hacer dinero, eso es todo. Lo intentan por todos los medios. Cuando tienes en la mano una comedia con un argumento original, es cosa tuya hacer que obtenga un éxito irresistible.

– Ignoro cómo voy a poder hacerla irresistible.

– Pues aprende. ¿Qué persigues? ¿Quedarte anticuado?

– Estoy seguro de que al público no le gustará.

– A mí me gusta.

– Eso no me produce dinero.

– No debes mostrarte demasiado seguro en ese punto.

– Tú crees en tu comedia, ¿eh?

– Me consta que es una buena obra. ¿Cuánto hace que la has leído?

– Cerca de un año. Jessica me ha traído una copia a casa y en cuanto tenga un rato libre volveré a leerla.

– Léela y después llámame, ¿quieres?  
– Estoy en la cama.  
– Léela en la cama.  
– Sabes que me levanto al amanecer. Quiero dormir.  
– Harry, léela ahora y llámame.  
– ¿Por qué no te pasas por aquí mañana por la mañana? Reuniré a alguno de mis colaboradores y podrás leerla tú mismo.  
– Léela ahora y yo la leeré mañana a tus colaboradores.  
– No puedo dormir después de leer una comedia.  
– Pues no duermas. Toma este número. Estaré aquí durante un rato.  
Dio el número de Laura.  
– Si vas a leerla mañana, tenemos qué concretar antes muchos detalles. Te llamaré tan pronto la haya leído.  
– Hazlo *con atención*.  
– Necesitaré, como mínimo, una hora.  
– ¿Eres capaz de leer a semejante velocidad?  
– Sin perder ni una sola palabra. No te preocupes. Sigo opinando que no va a convencerme, pero la leeré.  
Pidió a Miss MacDougal una hoja de papel.  
– Van tiene un cuaderno de colegio rayado.  
– Magnífico. Necesito tomar unas notas. ¿Están dormidos?  
– Se durmieron en el mismo instante en que se metieron en la cama.  
La mujer le llevó una docena de cuartillas de papel de hilo y comenzó a elaborar ideas para incorporarlas a *Mi dinero*, con el fin de aclarar un poco la línea argumental, ya que si Harry, Jessica y los colaboradores financieros creían que carecía de argumento, era preciso subrayar más la trama. Hizo una lista de los personajes. Reseñó, asimismo, todos los lances que sucedían en la comedia. Consideró también el ambiente que mantenía unidos a los personajes y a los acontecimientos.  
– ¿Quiere una taza de café? – preguntó la mujer.  
– Muchas gracias.  
Tomó el café mientras trabajaba. Se sorprendió al darse cuenta de que Miss MacDougal le llevaba una segunda taza, en el instante en que más la necesitaba, y, después, una tercera. Imaginó un nuevo personaje. Un anciano que apenas intervenía en la comedia y se limitaba a observar a los demás. No pronunciaba una sola palabra.  
Observaba y oía.  
También compuso letras para las canciones. Se encontraba aún trabajando cuando llamó Harry.

—No sé, Yep. No es tan mala como suponía. El diálogo es magnífico. Sin embargo, le falta algo. Le falta argumento, o como quieras llamarlo.

—He estado trabajando. Creo que he ideado unas cuantas cosas buenas.

—¿Más argumento?

—Exactamente.

—¿Tienes ahí una copia del original?

—No, estoy trabajando de memoria.

—Ven mañana, a las diez, y léela a mis colaboradores. Vendrán a eso de las once.

—De acuerdo. ¿Conocen la comedia?

—No. Por lo que a mí respecta, no la he dejado leer a nadie.

—Bien.

—Si no te gusta *Bésame, bésame, bésame*, piensa en otro título, ¿quieres? Uno que resulte alegre. Se trata de una comedia musical. Debes comprender que *Mi dinero* no es un título apropiado para el género.

—Lo pensaré. ¿Tienes sueño?

—Estoy completamente desvelado. No sé si es porque no he tomado la pastilla o por la comedia.

—Pues tómate la pastilla y yo haré mi trabajo.

—Yo también tengo parte en ese trabajo.

—En estos momentos, no te corresponde hacer nada. Tómate la pastilla.

Tus ideas no harían más que confundirme

—¿Por qué será que echo de menos la presencia de otro personaje?

—No lo sé. ¿Por qué? En cualquier caso, tengo ya otro.

—¿Quién es?

—Un viejo.

—¿Qué hace?

—Observa.

—¿Qué más?

—Nada más.

—Me gusta. Pero, quizá debiera ser una vieja.

—No hay que descartar tal posibilidad.

—Te diré por qué. De pronto, en alguna escena de la comedia, podría resultar emotivo que se convirtiese en una mujer joven y hermosa. La mujer joven y hermosa que fue en tiempos. Y entonces, podría cantar una melodía. No olvides que tengo a una de las mejores cantantes del país que ha interpretado hasta óperas.

—Es una sugerencia digna de tenerse en cuenta.

—Entonces, me tomaré la pastilla.

—Te veré a las diez.

Estaba aún trabajando cuando llegó Laura.

— ¿CÓMO FUE LA FUNCIÓN?

— De locura. Nunca he visto nada igual

— Es posible que hayas tenido un público especialmente benévolo.

— Entonces, ¿por qué ninguno de los otros actores suscitaron las carcajadas que provocó mi actuación?

— Bien, de acuerdo.

Dobló las cuartillas de papel de hilo y se las metió en el bolsillo.

— Tienes que seguir ayudándome.

— Van me explicó con gran profusión de detalles el argumento de tu comedia durante la proyección del noticiario, en el «Palace». Parece que se trata de una obra de dudoso gusto, aun cuando puede alcanzar un verdadero éxito. Me refiero a la taquilla. Sin embargo, no me atrevo a emitir un juicio definitivo hasta que la vea.

— Fue escrita para ganar un millón de dólares. Hay que reconocer que es vulgar y ordinaria y que resulta, además, aburrida y estúpida. Pero, de repente, esta noche, mi papel ha comenzado a parecerme emocionante y real. ¿Quieres tomar una copa?

— No, gracias.

— Bebe algo. Yo voy a hacerlo. ¿Whisky con hielo?

Laura sacó una botella de whisky y dos vasos. Los sirvió y tomaron unos sorbos.

— ¿Dónde está Jenny?

— Estaba aquí hace un momento. Supongo que se habrá acostado.

— ¿No te parece encantadora?

— Sí, lo es.

— Ha logrado maravillas con Rosey. Imagínate... Rosey haciendo punto.

— Me impresionó verlo.

— Rosey y yo somos muy distintas, ¿sabes?

— En mi opinión, os parecéis bastante.

— Estás equivocado.

— Es exactamente igual que tú. Ríe de la misma manera.

— ¿Tú crees? Entonces, tengo que corregirla.

— ¿Por qué vas a corregirla?

— Reír como yo lo hago hace pensar a la gente que una es estúpida, y Rosey no lo es.

— Y supongo que tú lo eres, ¿no?

—Tú debes saberlo mejor que nadie. Tú has sido el único que me has llamado estúpida durante muchos años, aunque te consta que también soy capaz de comportarme inteligentemente. Casi con brillantez.

—Sí, es cierto.

—Lo que ocurre es que, en ciertos aspectos, soy más estúpida que el resto de las mujeres de este mundo. Pero no me importa. De veras, no me importa. Quiero vivir mi vida y no la de mi marido, sin que me preocupe demasiado la opinión de la gente. Yo también estoy loca, ¿comprendes?

—¿Qué quieres decir con eso de *también*?

—Quiero decir que un hombre puede comportarse como un loco y no provocar las críticas ajenas. Pero cuando una mujer actúa con independencia de criterio, todos se sorprenden y en especial los hombres. Los que más se escandalizan son los maridos. ¿Por qué razón no puedo estar tan loca como, por ejemplo, tú?

—No existe en el mundo ninguna razón para negarte ese derecho.

—Quiero sentirme libre.

—Me parece muy bien.

—Deseo estar preparada para cualquier acontecimiento que pueda sobrevenir.

—¿Qué clase de acontecimiento?

—Cualquiera.

—Eso carece de sentido. Tú quieres ser libre porque estás convencida de que es la única manera como puedes llegar a comprenderte a ti misma, o porque crees que es el único medio de avanzar por el camino que te has propuesto recorrer.

—No, señor. Quiero ser libre, simplemente por serlo. Para gozar de la propia naturaleza de la libertad. Libre para cometer errores, libre para hacer las cosas mal, libre para echar a perder mi vida, para no llegar jamás a comprenderme, para odiar a otros, libre para todo y por todo.

—Loca. Completamente loca.

—¿Y por qué no? ¿No es acaso divertido? ¿Crees que no lo es? En el fondo de tu corazón, sabes que sientes lo mismo que yo.

—Y aunque así fuese, ¿qué importa? Todavía aspiro a pasar lo mejor posible el resto de los días de mi vida.

—Eres incapaz de disfrutar de una sola hora de tu existencia.

—Estás cegada por el éxito de tu actuación y no dices más que tonterías.

—Me molesta hablar de estas cosas. Resulta demasiado patético. Pero no puedo evitarlo. No sirvo para casada. No soy rica. No soy famosa. Carezco de verdadero talento.

—¿Qué buscas en la vida? ¿Que te digan que mientes?

- ¿Tú crees que poseo verdadero talento?
- Todo el mundo tiene una cierta dosis de temperamento. Lo que pueda existir detrás de ese temperamento es desconocido.
- ¿Qué clase de temperamento es el mío?
- Muy acusado.
- ¿De verdad?
- Uno de los más acusados que he encontrado en mi vida.
- ¿Qué me aconsejas que haga?
- No lo sé, y temo que tú también lo ignores. En el teatro, ya que en estos momentos es lo que más te interesa, te aconsejo que te esfuerces en superarte. Llegar a la perfección, aun cuando objetivamente represente un esfuerzo, no entraña mucha importancia. Me refiero, en general, a todo el mundo. La competencia no es grande. Es casi imposible no llegar a hacer algo mejor que los demás que intentan realizar el mismo trabajo. Todo lo que se requiere es un poco de concentración y de entusiasmo.
- Ya lo intento – dijo Laura.
- Pues es suficiente.
- Supón que puedo llegar a superar a..., bueno, ¿quién es la mejor actriz del momento?
- Existen varias actrices de gran experiencia, la mayor parte de las cuales rebasan los cincuenta años.
- Y una gran cantidad de actrices jóvenes, alegres y entusiastas, entre las que no conozco a ninguna que merezca el calificativo de insuperable.
- ¿No me engañas?
- No. No es lícito calificar a una actriz como insuperable, mientras las mujeres que se dediquen al teatro no dejen de compararse entre sí y lo hagan con aquellas a las que imitan en la escena. Podríamos dejar ahora este piso y caminar durante un rato hacia el río. Podríamos llamar a cualquier puerta y nos encontraríamos con seres reales y, por lo tanto, insuperables, como temas de arte. Podría tratarse de una madre, de una solterona, de una viuda.
- Desde el punto de vista de tema artístico, ¿qué clase de mujer soy yo?
- Algo muy especial.
- ¿Que merece o no la atención del arte?
- No existe nada que no merezca la atención del arte.
- Entonces, ¿por qué no escribes una comedia acerca de mí, para mí, y en la que actúe yo de protagonista?
- ¿Por qué no la escribes tú?
- Porque no sé hacerlo.
- Pero *sabes* desearlo. Eso es suficiente.
- No crearás semejante tontería, ¿verdad?

- Sí, creo.
- De acuerdo. Quiero escribir una comedia. Dime, ¿qué tengo que hacer?
- No tengo inconveniente en decírtelo. Quieres escribir una comedia en la que puedas aparecer como figura estelar, convertirte en una actriz famosa, para que la gente te conozca, te resulte posible ganar todo el dinero que desees para ser libre y seguir escribiendo después más obras para conservar todo lo que hayas adquirido con la primera. La cosa es, aparentemente, sencilla. Pero debajo de todo ello debe existir una corriente irresistible de amor, de amor deseado y no recibido, o de amor entregado y despreciado. Y el amor, como sabes, es algo que no se logra con facilidad.
- Yo amo los momentos fugaces.
- Los momentos fugaces también deben ser amados.
- Yo amo las diversiones.
- Ya lo sé.
- Pero no amo nada más. Las demás cosas, las odio.
- El tiempo es también un factor importante y, pronto o tarde, llega la ocasión apropiada para divertirse, para trabajar y para todo lo demás.
- Me encanta divertirme. Deseo pasar bien el instante presente, sin aceptar aplazamiento alguno.
- Pues ya has aplazado ese instante. Lo has perdido.
- Entonces, si deseo algo, ¿tengo que esforzarme por conseguirlo?
- ¿De qué otro modo podrías hacerlo?
- Quizás encontrando a alguien que me lo diese hecho.
- El amor es lo único que puede darse. Nada más. Si el amor no basta, es preciso emprender una búsqueda dolorosa hasta descubrir lo que pueda satisfacer con plenitud. Si, por ejemplo, se trata de obtener un buen papel en una obra, no esperes que nadie te la ofrezca. El único modo de lograr ese papel es escribiendo la obra de arriba a abajo.
- Pero, ¿cómo?
- Si lo deseas de verdad, resulta fácil. Si crees desearlo, no. Es muy difícil, quizás imposible.
- ¿No hay otro medio de lograr lo que una persigue?
- No. Hay muchas maneras de obtener lo que no se desea o de lograr cosas inesperadas, ya sea por simple ignorancia, o por negarse a tomar una decisión. Pero el único camino para alcanzar lo que se persigue es esforzarse por lograrlo. Es posible que no se desee nada. Muchas veces, la gente cree necesitar algo y resulta que no es así.
- Supón que yo quiero un millón de dólares.
- Entonces, escribe una comedia como la que estás representando ahora. Dijiste que había sido escrita para ganar un millón de dólares.

- ¿No hay otros medios para obtener un millón?
- Cásate con un hombre que tenga dos.
- ¿Otro medio?
- Tener un padre rico.
- ¿Otro?
- Inventar algo raro.
- ¿Cómo se inventa algo raro?
- Lo ignoro. Pero invéntalo, yo estoy seguro de que ganarás tu millón.
- ¿Por qué no nos emborrachamos? – propuso Laura.
- No.

Sin embargo, volvió a llenarle el vaso y se sirvió otra copa. Tomaron un trago al mismo tiempo y permanecieron en silencio, sin mirarse.

- ¿Qué te pasa? – preguntó Laura.
- Estoy preocupado por mi hija.
- Todos los padres se preocupan por sus hijas.
- Es exactamente igual que su madre.
- No se parece en nada a su madre. No hay nadie que se parezca a su madre.

Tomaron otro trago y callaron de nuevo.

- Yo también estoy preocupada – dijo Laura –, pero no acerca de Rosey ni de Van, ni de ti, ni siquiera de mí misma. Me preocupa Tahití.
- Nunca he considerado los problemas íntimos desde ese punto de vista.
- Soy ingeniosa y brillante, ¿verdad?
- Sí. Vamos a dar un vistazo a los niños y después me iré.

Encontraron a los pequeños semidormidos en sus camas metálicas del cuarto de estar. Les contemplaron durante unos instantes; después, Laura alargó una mano y él la cogió entre las suyas. La retuvo durante largo rato.

Después caminaron hacia el recibidor y él abandonó la casa.

«BIEN –PENSÓ–, HE AQUÍ la historia, he aquí el argumento, he aquí los personajes, he aquí el tiempo y el lugar, he aquí el ambiente, he aquí el clima. Y nada puedo hacer con todo ello, a excepción de lo que estoy haciendo. Es posible que resulte bueno o malo, pero es lo único de que dispongo y tengo que levantarme temprano por la mañana.

»Me gusta beber, pero ya no me produce la satisfacción de tiempo atrás. Mis sueños siguen hablándome mientras duermo, pero ignoro lo que significan. Lo mismo ocurre con mi memoria.

»Me consta que estoy poseído, sé que la muerte se ha instalado en el interior de mi alma y no me importa. Cada día tengo algo nuevo que hacer, trabajos que nunca acabaré, y tampoco me importa. Si todo hubiese sucedido

del modo que yo había esperado, quizás habría resultado mejor. Pero nunca puede asegurarse nada. Esta es la manera cómo, en realidad, se ha desarrollado todo, o la manera como se está desarrollando todo. Sería ridículo intentar resistirse.

»Lo he olvidado casi todo y sólo conservo unos pocos recuerdos. Creo comprender todo lo que sucede a mi alrededor, pero sólo porque comprendo que no comprendo nada.

»Amo a Rosey, una niña. Amo a Van, un muchacho. Amo a su madre, una mujer. Los amo porque los conozco. Los conozco por causas accidentales, pero tampoco eso me importa, ya que nada tengo en contra de lo accidental.

»Rosey es mi hija; Van, mi hijo, y Laura, es su madre. En consecuencia, amarlos me resulta fácil. Sin embargo, amo también al resto del mundo.»

Cuando atravesó Madison, siguió pensando: «Amo a los muertos. Los amo con especial unción. Pero no más de lo que amo a los que aún no natos, como amé, antes de nacer, a Rosey, a Van, a todos. Amo la sorpresa que constituyen los rostros nuevos de la Humanidad, sus ojos, sus pequeñas manos, proyectadas en el vacío. Amo el amor que todos ellos persiguen. Amo a los aún no nacidos que nunca llegarán a nacer, los seres que podrían ser míos, de Laura, de Rosey, de Van, de cualquier otro mortal. Amo a los que aún no han nacido y a los que nunca nacerán, con mayor fuerza aún que a los nacidos. Amo la especie secreta y perdida que constituyen los no natos que, a pesar de ser idénticos a la especie revelada, carecen de rostro y se cubren de misterio.»

Caminó Madison abajo, contemplando los escaparates, deteniéndose aquí y allá, cuando su mirada descubría en ellos algo que atraía particularmente su atención: pan, carne, gallinas, fruta, detergentes, juguetes, libros, sombreros, chaquetas, pantalones, zapatos, corbatas, porcelanas, radios, televisores, cuadros, esculturas, alfombras, fotografías de actores y de actrices, letreros, palabras, mensajes, provisiones, cosas.

Paseó por la calle, como un ser más, ausente en el mundo, mientras la hora del día declinaba hacia la medianoche, hacia la divisoria que marcaba su fin y, a la vez, el principio de un nuevo día, un día que sucede a otro, saltando sobre otro y todos los días concluidos con trabajos inacabados, con cosas que hacer, palabras que pronunciar, un hombre inacabado e inacabable, inacabable en la muerte y en el nacimiento, un caminante peregrino a través de días y de noches, hasta haber llegado a cumplir, de repente, cuarenta y siete años. Nada espera a nadie. Todo permanece en continuo movimiento y siempre se pierde el autobús. Todos lo ven marchar. Todos lamentan haberlo perdido y pretenden consolarse con un trago, con un chiste, con una oración, llorando, besando o jurando.

«Ésta es la historia –pensó–, y no pienso desaprovecharla. He intentado ya escribir algunas notas. Seguiré escribiendo un poco más. Otros lo hicieron también. No pretendo destruir o hacer olvidar lo que escribieron. Sin embargo, ¿merecía la pena de que lo hubiesen hecho? ¿No resultó, acaso, aburrido, rebuscado y ridículo? ¿No malgastaron demasiado tiempo en decir cosas totalmente inútiles? ¿No intentaron también ellos sentarse y escribir? ¿Sentarse y escribir, esforzándose en coger un autobús inalcanzable, esforzándose por concluir una labor inacabable? ¿No pretendo yo hacer lo mismo? ¿No he intentado extraer arte de un puñado de barro, reblandecido al calor del fuego de mi alma?

»Uno camina y eso es todo lo que puede hacer. Uno se dirige a algún lugar y habla con alguien, sea quien sea. Ese es el argumento. Uno corre o uno camina. Uno ve y uno habla. La mayor parte de lo visto y oído resulta malo y desagradable, pero incluso en lo peor hay algo bueno, hay algo que mantiene el calor de un fuego desconocido, palabras y agua, aire e ideas, pensamiento y palabra, recuerdo y silencio.»

Cuando llegó al bar del «Great Northern», eran las doce y media. Se encontraba, pues, en el segundo día de octubre y ya no era sábado, sino domingo. No obstante, todo el ambiente del sábado permanecía aún en el aire, esperando que alguien lo recogiese para devolverlo a la vida días más tarde. Se encontró bien, en paz consigo mismo, y distinguió a Zak sentado ante la mesa de un rincón.

– ¿Cómo estás?

– Bien.

– ¿Qué has bebido?

– Whisky.

– ¿Mucho?

– No lo sé. Pero no me he mareado.

– ¿Quieres otra copa?

– Desde luego.

Yep se aproximó al bar. El camarero alemán sirvió dos whiskies. Los tomó con ambas manos y regresó a la mesa. Se sentó.

– ¿Qué proyectos tienes?

– Marcharme mañana por la mañana. ¿Qué otra cosa puedo hacer? He dejado tu dinero en un sobre en el casillero de tu llave.

– ¿Mi dinero?

– Sí. Te agradezco la delicadeza. Hemos pasado un día muy agradable con los niños, ¿verdad?

– Sí, muy agradable.

– ¿Qué tal la cena y las variedades? ¿Les gustó a Rosey y a Van?

– Se entusiasmaron. Y a ti, ¿cómo te ha ido?

– También muy bien. He llevado al niño y a su madre al «Colony». No telefoneé para reservar mesa. Nunca lo hago. Le di al camarero veinte dólares y encontró sitio para colocarnos inmediatamente. Todo se compra con dinero, Narizotas. *Todo*. A todo el mundo. Y generalmente, nunca resulta demasiado caro. Cenamos espléndidamente. Pensé en obsequiarles con champaña, pero temí marearme. Tuvimos una larga sobremesa después de cenar. Ella no cesó de hablar. El chico y yo escuchábamos. El niño no puede venir conmigo.

– Lo siento, Zak.

– Bah, no importa. Ella fue mi primera mujer y a la única que, realmente, he amado. Pero no importa. Está envejecida y aún se me antoja atractiva. Se esfuerza en aparecerlo. Esta noche se ha maquillado cuidadosamente y se ha puesto su mejor vestido. Ha intentado aparecer joven y feliz, y la verdad es que casi lo ha logrado. Es afable con el niño y le quiere.

Y el niño es amable con ella y le quiere también. Me consta que a él le gustaría venir conmigo. No me lo dijo, pero me consta que lo siente así. Sin embargo, no puedo llevármelo. Tú y yo sabemos que no es mi hijo, sino el hijo de la única mujer que he amado, de una mujer convertida ya en un vejstorio y que, tiempo atrás, fue alegre y hermosa. Sin embargo, no importa. Tú y yo sabemos que su padre es otro hombre, pero, a la vez, comprendemos que esa verdad no es cierta. Sabemos que *es* mi hijo. Quizá por el simple hecho de que su madre le pusiese mi apellido, no lo sé. Quizá porque él ha creído, durante toda su vida, que es mi hijo, quienquiera que yo fuese, un extraño, un desconocido, hasta esta mañana en que me ha visto por primera vez. Es posible que se haya convencido a sí mismo de que es mi hijo. Sin embargo, voy a confesarte algo. El chico no es tonto. Es tímido, pero no tonto. Sabe que no soy su verdadero padre. Tampoco me lo ha dicho, pero sé que lo sabe. Lo he leído en sus ojos, dos o tres veces. No obstante, ese convencimiento no parece afectarle. Ni tampoco me afecta a mí. Me ha elegido para padre y yo le he elegido para hijo.

Yep regresó al bar en busca de dos whiskies más.

Cuando volvió a sentarse, Zak cogió uno de los vasos y bebió.

– Esta porquería no me produce el más mínimo mareo. No creas que bebo porque me considere un hombre desgraciado. No ha habido ni un solo día en toda mi vida en el que no me haya sentido infeliz pero tampoco ha habido un solo día en que no me haya sentido dichoso. Incluso los peores días. Bebo para compensar el mucho tiempo que he estado sin hacerlo y porque beber es una actividad que debe practicarse. ¿Por qué me mareará el champaña?

– Puede no haber sido el champaña.

– Algún día volveré a probarlo.

– Te gustará.

– Le he dejado ir con ella porque es lo único que esa mujer tiene en el mundo, lo que realmente ama. Sin embargo, ese detalle no impidió que ella le sugiriese la posibilidad de venir conmigo. El chico no hizo comentarios, ni yo tampoco. Al darse cuenta de nuestro silencio, la pobre mujer respiró tranquila, dejó de sentir un miedo invencible. No sé por qué se me ocurrió telefonarle.

– No te arrepentirás de haber conocido al chico, ¿verdad?

– No. Así sé lo que es ser padre. Sé lo que es no albergar en la cabeza ningún pensamiento, a excepción de aquellos que puedan beneficiarle a él y a su madre y que puedan resultar más favorables para ambos. ¿Qué puedo hacer por ellos? ¿Mantenerme en contacto con los dos? ¿Escribirles? ¿Telefonarles? ¿Verlos? ¿Mandarles dinero? Lo ignoro. No sé qué puede convenirles más. No hago más que pensar en ello. Por ahora, lo único que se me ocurre es que lo mejor para todos es que vuelva a mi trabajo. Así tendré tiempo para tomar la decisión más apropiada. A ella le entregué un poco de dinero. Soy un estúpido, ¿verdad? Le di mil dólares. No sé para qué. Mil dólares no es una cantidad lo suficientemente elevada para constituir una verdadera ayuda. Por otra parte, no existe ninguna cantidad capaz de garantizar un futuro indefinidamente. Le metí el dinero en el bolso. No sé. Quizá lo mejor que pueda hacer por el chico sea dejarle tranquilo. Dejarle tranquilo, de verdad y para siempre. En estos momentos me obsesiona la idea de la paternidad. De la paternidad, en general, no referida exclusivamente a él y a mí. Referida a cualquiera, a todos. ¿Qué quieres que haga?

El mundo en que vivimos es así. ¿Qué puede hacer un padre por su hijo? Lo ignoro y ese es el motivo por el que mañana cojo el avión. Y tú, ¿qué vas a hacer, Narizotas?

– Tengo que quedarme unos días más.

– Quiero decir qué vas a hacer con respecto a Van.

– Lo mismo que he hecho hasta ahora, Zak. Algo parecido a lo que vas a hacer tú por tu propio hijo, con la única diferencia de que te llevo doce años de ventaja.

– Juan también tiene doce años. ¿Crees que se parece a Van?

– Se parecen mucho.

– Bien, ¿qué vas a hacer? ¿Qué has decidido hacer?

– Lo que haga uno depende siempre de las circunstancias, Zak. Sólo existe algo que no cambia jamás. Es el amor. Deja llevarte por el amor y haz lo que creas oportuno.

– Un muchacho necesita una madre – dijo Zak –. Pero también precisa de los cuidados de un padre.

—Sí, es cierto. Necesita de los dos. También las hijas necesitan a ambos. Y una madre necesita de su hijo. Y un padre también. Se necesitan los unos a los otros. Incluso cuando no viven en familia, deben procurar todos constituir una familia. Si uno no pone nada de su parte, exige un sacrificio mayor a los demás. Todos los componentes de una familia se necesitan entre sí, hasta aquellos que creen no necesitar de los demás, o que no quieren, o no pueden, o les molesta valerse de los otros. No es fácil mantener una familia unida y a la vez separada, Zak. Sin embargo, tampoco es imposible. Desde luego, hay que reconocer que, en última instancia, un hijo puede salir adelante sin la ayuda de su padre y de una madre. Y lo mismo puede ocurrir con una hija. Pueden prescindir de nosotros. A fin de cuentas, un hijo es siempre un ser solitario, un hombre en sí mismo, y una hija una mujer solitaria, una mujer en sí misma. Lo único que puedes hacer por ellos dignamente es amarlos. Y eso sucede con toda clase de padres, de madres, de hijos y de hijas. Es mejor que decidas no hacer nada, Zak. No existe otra alternativa: amar o no amar. Todo se resume en eso, se reduce a eso. Si no se ama, no debe darse por supuesto que odies. Pero la verdad es que si no se ama, se muere. En cuanto uno comienza a dejar de amar empieza a morir. No hay nada, pues, que decidir. O una cosa o la otra.

—¿Qué debo hacer?

—Nadie puede aconsejarte.

—Bien, supongo que así es —dijo Zak—. Me alegro de que esta vez hayas venido a «Great Northern». He llamado aquí lo menos veinte o treinta veces. Creo que hubiese logrado localizarte en algún otro sitio, pero fue aquí, precisamente en este hotel, donde consolidamos nuestra amistad. En este hotel hay algo muy íntimo de cada uno de nosotros. Esta vez decidí llamarte al lugar donde hace años estuvimos juntos. Y en cierto modo lo seguimos estando, tal como éramos entonces. Me consta que habría disfrutado de tu compañía si te hubiese llamado al «Hampshire House», al «Pierre» o al «St. Regis», pero algo me impedía buscarte en otro lugar que no fuera este. No sé, es posible que llegase a pensar que nunca regresarías a este hotel.

—Pues he vuelto. Aquí me tienes. Y me alegro de que me llames.

Zak se levantó.

—La próxima vez que venga a Nueva York también me alojaré aquí.

—Quizá coincidamos de nuevo.

—Es posible que me oigas cantar, que abras la ventana y que me insultes a gritos.

—Es posible que así sea. Tómate las cosas con calma.

Zak se despidió. Yep apuró su whisky y se acercó al mostrador de la recepción. El conserje de noche le entregó la llave y el sobre que Zak había dejado en su casillero. Subió a su habitación.

«Tengo muchas cosas que hacer mañana —pensó—. A las diez, visitar a Harry Baragaray. Tengo que ver el partido de béisbol en algún aparato de televisión. Si me es posible, tengo que pasar otro rato en compañía de Rosey. También me gustaría ver a Van, después del partido, e ir al teatro a contemplar a Laura en escena.»

Los «DODGERS» GANARON EL partido del domingo por tres carreras seguidas. Al día siguiente, lunes, volvieron a visitar el campo de los «Yanks» y les derrotaron de nuevo por cinco carreras a cero. El tanteo fue, pues, abrumador. El partido concluyó a los pocos minutos de haber comenzado. Por fin, los «Dodgers» volvieron a enfrentarse con los «Yanks» y ganaron el partido y el campeonato por cuatro a tres. Van regresó al colegio el miércoles.

El domingo por la mañana los colaboradores de Baragaray siguieron manteniendo que no les gustaba la comedia, a pesar de la introducción del nuevo personaje y del fortalecimiento de la trama argumental.

Vio a Laura en la representación del lunes por la noche y leyó las críticas de la obra, que aparecieron el martes. Después de ocho representaciones más, la obra fue retirada del cartel.

Rosey dio clase de baile el lunes por la mañana. Enfundada en sus leotardos negros, con el cabello recogido en cola de caballo, parecía volar como si se tratase de un pequeño y hermoso insecto. Después de la clase, la llevó, con Miss MacDougal, a tomar el té a «Rumpelmayerj» y, finalmente, fue a visitar al doctor Levy para que le levantase el apósito del maxilar.

Larry Langley le remitió tres modelos de contrato distintos, elaborados por el abogado de Adolph Zamlock, los cuales le parecieron inaceptables. Poco más tarde, el agente literario telefoneaba diciendo que Zamlock quería que le devolviese los mil dólares. Una tarde, Yep recibió un emplazamiento del abogado de Zamlock que le fue entregado en el «Great Northern».

La novela que había remitido al director de una gran revista le fue devuelta.

«El mundo vivo» presentó *En un principio*, y la oficina de impuestos pasó una orden de embargo a la cadena de televisión, obligándole a ingresar en el tesoro público cualquier cantidad derivada de los derechos de autor.

Compró un par de zapatos por treinta dólares, una corbata por seis y un sombrero por veinticinco.

Un armenio de treinta y nueve años le llevó una comedia para que la leyese. Una mujer armenia de Brooklyn le llamó por teléfono para decirle que escribía letras de canciones. Una muchacha armenia que se teñía su cabello negro con un tono rojizo, fue a verle al hotel y le solicitó ayuda para que le consiguiera un papel en una comedia. Un violinista armenio, oriundo de

Grecia, le telefoneó para preguntarle si conocía a un tal Sol Hurok. Un profesor armenio de la Universidad de Filadelfia le escribió para preguntarle cómo podría componérselas para publicar un libro que había escrito sobre la paz mundial. Una madre armenia le telefoneó también para decirle que su hija, de tres años, era muy hermosa e inteligente y que deseaba que actuase en el cine. Un armenio, con una alfombra al hombro, se presentó en el hotel y le dijo que todo lo importante que había sucedido en el mundo, desde 1901, había tenido lugar encima de aquella alfombra. ¿Qué le parecía? El hijo del embajador de la Armenia libre en Francia, en 1921, le telefoneó para que le informase del grado de patriotismo de las nuevas generaciones de su país. Una delicada anciana armenia le obsequió con una bolsa de papel llena de panes armenios que ella misma había cocido. Le dio las gracias y se los comió. Un joven, llamado Gordon Muscat, le telefoneó para decirle que era su primo y cuando, tras concertar una entrevista, se encontró con él, caló en la cuenta de que ni siquiera era armenio. Ni turco, ni kurdo, ni georgiano, ni griego, ni sirio, ni asirio, ni judío, ni italiano, ni español.

Otras muchas gentes que no eran armenias le hicieron objeto de las mismas visitas y atenciones, sólo que en mayor abundancia y más molestas.

Compró a Van un traje, una gorra, un par de zapatos, una camisa y una corbata como regalo de cumpleaños, y aprovechó la ocasión para obsequiar también a Rosey con dos vestidos.

Escribió en seis días una comedia, uno de cuyos personajes decía: «Pensé que había muerto, pero imagino que habrá sido otra persona.»

Comenzó a recordar a una mosca. Fue cuando Van cayó enfermo en San Francisco. La mosca estaba en la habitación y fue a posarse, zumbando, sobre el rostro del niño de tres años. Al regresar a San Francisco, después de pasar un mes de vacaciones en Fresno, Van le preguntó: «¿Estará aún la mosca en mi dormitorio?»

Siguió rememorando la voz y los ojos de Van al formular aquella pregunta. La mosca le había aterrorizado.

Olvidó por completo la pradera de amapolas de California.

Pero, ¡ah!, a la pequeña anciana que le había obsequiado con los panes armenios cocidos con sus propias manos, no podría olvidarla jamás.

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

### CHICOS Y CHICAS JUNTOS

El héroe de esta novela es un escritor al que le gusta el juego, quiere a sus hijos e intenta comprender a su joven, inquieta e insatisfecha esposa. La comprende mejor cuando se complica la vida y pelea con sus amigos, que figuran entre los personajes mejor caracterizados de Saroyan. Se cuenta entre ellos un destacado y maduro actor cinematográfico y un viudo. Escena tras escena, el relato nos revela la habilidad de Saroyan como dramaturgo entreverado de novelista. A Saroyan le gustan sus personajes, fenómeno que no suele darse entre escritores de nuestros días, y convence al lector para que los acepte. Y, en cierto modo, le convence también para que acepte la naturaleza cómica y patética a la vez que hay en todos nosotros. (Col. *Narradores del Mundo Entero*.)

### ALLA VOY, AQUÍ VENGO

Este libro no es una mera relación cronológica de hechos, sino la exposición de la íntima personalidad de William Saroyan, quien, escritor siempre, la ha plasmado en términos de gran belleza literaria.

El autor, mediante un nuevo enfoque de género biográfico, nos ofrece una obra llena de matices, altamente reveladora de la exquisita sensibilidad de un artista. (Col. *Lauro*.)

### LA COMEDIA HUMANA

El protagonista de LA COMEDIA HUMANA es el joven Homero Macauley, cuyo máximo orgullo consiste en ser el ciclista más rápido del servicio telegráfico de Ithaca, pequeña ciudad californiana. La figura de este

personaje alcanza proporciones gigantescas, ya que el arte incomparable de William Saroyan le transforma en el símbolo de una comunidad bondadosa, optimista y esperanzada. Escrita con asombrosa sencillez la presente novela culmina en la llegada del soldado huérfano al hogar del soldado muerto en la guerra. (Col. *La Obra Inolvidable*.)

#### LO IMPORTANTE ES NO MORIR

La estancia de un año en París, acompañado de sus dos hijos, sirve de pretexto al autor para exponer sus tesis sobre la vida, el amor, el arte, el triunfo y el fracaso, entre otros muchos temas. Saroyan recuerda años difíciles de su juventud, explica la férrea disciplina que se impone para escribir todos los días y relata divertidas anécdotas cuyos protagonistas son escritores, editores y actores que ha conocido a largo de su fabulosa carrera.

Un mundo de ricos matices interpretado con exquisita sensibilidad, surge de las páginas de este libro, fundamental para comprender al autor en su perfecta simbiosis de hombre y artista. (Col. *La Vida es Río*.)

Este libro se imprimió en los talleres  
«Composición Mecánica Saturno»,  
Andrés Doria, 29-31. Barcelona.